



La historia íntima

Juan Miguel Álvarez



35 años de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz

*La
historia
íntima*



Título original: La historia íntima

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN Obra Independiente: 978-958-58047-3-9

© Fundación Universitaria Konrad Lorenz,

2018 Primera edición Digital: mayo 2018

Fotografía original de carátula: Carlos Duque Cra. 9 Bis# 62-43, Bogotá, o.e.

www.konradlorenz.edu.co

Este libro está dedicado, con inmenso cariño y entusiasmo, a todos los egresados, estudiantes, profesores e integrantes del estamento administrativo de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz. Se ha publicado con el propósito de dar a conocer las raíces de un proyecto educativo concebido por sus fundadores, para formar profesionales competentes y ciudadanos del mundo, con base en una formación académica y científica sólida y desde una perspectiva filosóficamente liberal, que no discrimina por alguna condición o atributo. El libro está hecho para las generaciones de konradistas, las pasadas, las actuales y las futuras con el fin de transmitirles el espíritu que nos animó a construir una institución universitaria basada en los principios de la tolerancia y el respeto por la dignidad de las personas, por sus derechos y por el conjunto de valores que hacen posible la convivencia y la comunicación civilizada, como reza nuestra misión. Nos mueve el deseo de dejarles estas líneas para que los animen e inspiren a conservar y a cuidar, por siempre, este legado educativo, de manera que prevalezca imperecederamente.

El libro recoge 35 años y más, de la historia de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz desde una perspectiva diferente. No se trata de un manuscrito que presente de manera formal el recuento cronológico y los hitos que marcaron el rumbo institucional, aunque estos se ven reflejados en la narrativa. Se trata de una historia novelada que revive el sendero recorrido por mi esposo Juan Alberto Aragón Bateman y por mí para lograr la creación de una institución universitaria, desde sus inicios hasta 2015, fecha en la cual me retiré de la Rectoría para continuar asumiendo la Presidencia de la Fundación. También muestra los resultados y avances a 2017, que provienen del aporte de todas las personas que se han vinculado a este proyecto educativo. Aunque su autor escribe con pluma literaria,

se trata de un recuento fiel de lo ocurrido, desde la memoria de quienes lo cuentan.

Quiero agradecer a todas las personas que hicieron posible esta publicación, la cual se inició aun cuando Juan Alberto nos acompañaba con su presencia física. Por supuesto, en primera instancia, al escritor de la Obra, Juan Miguel Álvarez, por los momentos compartidos en los cuales con risa, nostalgia, alegría e incluso lágrimas, le conté de los fracasos temporales y de los triunfos en esta aventura y aquella parte de la historia que no ha sido contada o escrita. Juan Miguel captó espléndidamente la mezcla de sentimientos y los episodios que llevan a lo que hoy es la Konrad Lorenz como una Institución Universitaria construida con el interés genuino por la calidad y un compromiso cotidiano con la buena fe y el futuro.

Agradezco a todas las personas que dieron testimonio para que se escribiera el libro, a los lectores del escrito en sus distintas versiones antes de su publicación y a todos los que con sus buenas ideas, críticas y recomendaciones, aportaron para que el libro luzca como hoy. Particularmente al Dr. Rubén Ardila por su lectura y revisión editorial, dada su valiosa experiencia como director por varios años, de la Revista Latinoamericana de Psicología RLP, así como a las doctoras María Belén García y Lina Uribe Correa y a Juan Sebastián Aragón, por sus comentarios al libro que quedaron plasmados en la contraportada.

Afirmo mis sinceros agradecimientos a los miembros de mi familia, a mi hermano Luis Fernando Fajardo, a quien quiero infinitamente y ha sido mi soporte, motor y apoyo a lo largo de mi vida, y a mis nietas Lourdes y Paz Aragón para que siempre tengan presente a su Opa Juan y a su Tatica Nubecita.

Mi gratitud también se dirige al equipo humano de la Fundación Universitaria, quienes me alentaron a continuar con el proyecto

de publicación de estas memorias, a pesar de los traspiés que tuvo el proceso. Me siento muy feliz de que se haya logrado y de esta manera. Quiero agradecer a Enrique González Ayerbe por el concepto creativo del libro en su diseño y edición, y al equipo de comunicaciones de la Konrad Lorenz en la inclusión de las fotografías relevantes para apoyar el relato y que dan cuenta de la evolución de la Institución Universitaria.

Agradezco a los lectores por su tiempo y buena disposición para leerlo. Me encantará recibir sus comentarios de la lectura. Con mucho afecto, abro mi corazón para narrar la historia íntima de lo que más he querido en mi vida.

Sonia Fajardo Forero, Cofundadora y Presidente

“

*Toda obra grande, tanto
en arte como en ciencia,
es el resultado de una
gran pasión puesta al
servicio de una gran idea*

Bertrand Russell

”

I. 2017

Las ideas y la Fundación

Desde la terraza de la sede principal de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz se ve toda Bogotá. Al frente, las cumbres arboladas de los cerros orientales con sus picos en punta de sierra, tapiadas de edificios en ladrillo. A los lados, los extremos sur y norte con su vasta línea del horizonte delineada por la silueta de la urbe. Y al respaldo, el occidente del altiplano cundiboyacense con sus cimas semidesérticas luego de que la ciudad ha agotado la última casa.

La sede principal de la Fundación es una torre de ocho pisos, con sótanos de estacionamiento, situada en el punto más céntrico de Chapinero: la calle 63 con carrera novena, a metros de la basílica de Nuestra Señora de Lourdes, bien de interés cultural de la nación.

Este punto de Chapinero conserva un aire de tradición residencial en medio del abundante comercio. En una tarde laboral los estudiantes de la Konrad Lorenz se entremezclan con el afán de los clientes de las tiendas y restaurantes, mientras los residentes tratan de acoplar el oído al tráfigo bogotano.

De pie en una esquina de esa terraza, Sonia Fajardo contempla el presente: los ocho edificios que comprenden la sede de la institución se alzan en las cuadras aledañas. Un conjunto arquitectónico de estilo contemporáneo y diseño sobrio —amplios espacios interiores, ventanales de piso a techo para la entrada de luz natural y colores grises y blancos—, construido en los últimos cinco años. Un despliegue vigoroso de infraestructura que responde a la demanda de la población estudiantil. En el segundo semestre de 2017 pasaron por estos salones 3740 alumnos.

La terraza de la sede principal conecta con un largo corredor que va distribuyendo las dependencias administrativas y la sala de juntas. Hasta mediados de 2015, Sonia Fajardo se desempeñaba como rectora y su

oficina quedaba en la esquina del costado oriental. Pero una vez entregó la Rectoría, Sonia comenzó a despachar desde la oficina del extremo opuesto que era la de Juan Alberto Aragón, su esposo y, junto con ella, fundador del claustro.

«Ahora estoy tan feliz», dice Sonia con la voz apacible. «Obtuvimos el registro calificado para el doctorado en Psicología. Es una muy buena culminación de todo el proceso. Han pasado 36 años desde que Juan Alberto y yo emprendimos este proyecto y finalmente llegamos hasta aquí».

En un pequeño escaparate de madera reposan varios álbumes con fotos de todas las épocas de la institución. Es posible ver en ellas la huella del tiempo; las maneras en que se materializa un anhelo. Allí, una imagen del patio de la primera casa que sirvió como sede; más allá, una de los encuentros deportivos en escenarios alquilados; páginas después, otra de las fiestas estudiantiles y las becerradas que terminaban con un asado. Sonia planea ampliar varias de estas fotos y colgarlas en los corredores de los edificios. Para los colaboradores más antiguos, serán una cita con la memoria; para los estudiantes, un encuentro sorprendente con la historia.

«Y saber que esta institución la empezamos con 84 alumnos en una casita pequeña», dice Sonia, sin melancolías, con el tono del agrado por el trabajo bien hecho. «Soñábamos que tendría especialización, luego la maestría y luego el doctorado. Y todos esos procesos se han dado. Pero además se han dado con buena calidad, con reconocimiento social, con reconocimiento gubernamental. Eso es lo más satisfactorio».

En la esquina superior del costado norte de la torre central ha colgado el logotipo de la institución. Ahora es una K en tres colores fríamente vistosos, lo que ha permitido que a la Konrad Lorenz algunos estudiantes y colaboradores le digan «la K», a secas y en un sonoro golpe de voz. Antes el logotipo era Fukl, iniciales que incluían la expresión «Fundación Universitaria». Pero cuando todo comenzó hace 35 años el bautizo vino con la etiqueta «Instituto Universitario de Ciencia y Tecnología Konrad Lorenz».

Konrad Lorenz, austriaco, fue reconocido con el premio Nobel en 1973, junto con sus compañeros de investigaciones: Niko Tinbergen,

holandés, y Karl Van Frisch, alemán. Como fundadores de la etología moderna, la Academia los quiso premiar porque «ellos abrieron una gran puerta para el estudio de las bases biológicas del comportamiento de los animales, incluidos los seres humanos». A Juan Alberto Aragón lo emocionó el hecho de que tres biocientíficos del comportamiento hubieran sido distinguidos con el máximo galardón de las ciencias médicas, y quiso rendirles homenaje bautizando su institución universitaria con el nombre del científico austriaco.

«Y estaba vivo», dice Sonia. «Nosotros le escribimos contándole de nuestra existencia. En ese tiempo ni podíamos ir a Europa ni podíamos enviar un canciller, pero quisimos que él supiera».

En los primeros años, este nombre fue cuestionado sobre todo por contratistas cercanos que le proveían piezas gráficas y material publicitario a la institución. Se quejaban de que era de confusa pronunciación y difícil manejo a la hora de diseñar campañas. Más tarde, cuando fueron abiertos los programas de Administración de Empresas, Ingeniería de Sistemas y Matemáticas, el cuestionamiento provino de algunas personas cercanas. Advertían que ese nombre no representaba todo lo que ya era el claustro, que sonaba acartonado, distante y muy enfático sobre el asunto de estudiar animales.

Ante la insistencia, Sonia conciliaba: si hubiera que modificar el nombre sería únicamente por el de «Universidad de Aragón». A Juan Alberto le parecía muy pretencioso que la institución llevara su apellido, pero es que además nunca se le pasó por la cabeza cambiarle el nombre original.

Poco a poco y soportado en logros académicos, la comunidad konradista ha establecido en el imaginario estudiantil el nombre de Konrad Lorenz como un centro universitario de óptima calidad, con una de las mejores escuelas de Psicología del país y con otras carreras muy competitivas en el escenario laboral. También, como una institución asequible y plural.

Entre la gente del medio, profesionales, investigadores y directivos de la educación superior, la Konrad Lorenz se ha posicionado como un centro universitario de rigor académico, sujeto a la mirada científica y al conocimiento surgido de la evidencia. Para Rubén Ardila, uno de los



Primera sede – Calle 76 # 8 – 44.
1979 – 1984

investigadores de la psicología experimental más destacados de América Latina, esta institución posee el sello que da una mirada «absolutamente internacional, contextualizada culturalmente y relevante para la sociedad de hoy». Según Patricia Valencia, destacada psicóloga clínica quien ha sido miembro del Colegio Colombiano de Psicólogos y de la Asociación Colombiana de Facultades de Psicología (Ascofapsi): «el medio tiene que reconocer que la Konrad Lorenz es una institución sólida. Más de 7000 egresados son la prueba de una marca».

Aún más: hay quienes miran a la institución como un lugar pequeño y minoritario, sobre todo cuando lo comparan con las universidades de larga historia que hoy son colosales. Pero también es cierto que el programa de Psicología lidera una serie de proyectos en Ascofapsi y en el Colegio. Y sus revistas especializadas, Suma Psicológica y Revista Latinoamericana de Psicología, son dos de las más importantes en América Latina. «Estas publicaciones nunca van a generar ingresos», dice Claudia Caycedo, decana de la facultad de Psicología, «pero eso hace parte de la filosofía de este centro universitario: lo más importante no es el dinero. La ciencia existe para ser publicada y compartida».

A lo largo de 2016 varios colaboradores y algunos estudiantes de la institución portaron en su atuendo un prendedor que decía «Orgullo Konradista, 35 años». Nadie lo usó de manera obligada: todos los vinculados al centro educativo han sentido orgullo real de pertenecer a esta comunidad.

El eslogan surgió hace un tiempo dentro de un grupo de egresados que quisieron dejar impreso —en camisetas, posters y otros elementos gráficos— el afecto y la gratitud que sentían por su institución. Desde la primera generación de graduados por allá en 1987 hasta la más reciente, los estudiantes de la Konrad Lorenz han desarrollado un entrañable sentido de pertenencia.

Se nota en cosas cotidianas de alguna simpleza, pero de impacto insoslayable: no se ve a un joven de primero o décimo semestre tirando la basura fuera de las canecas, rayando las paredes, marcando las puertas de los baños o desbaratando los útiles de los salones. Los informes

de crédito muestran que el grueso de las familias y de los estudiantes independientes mantiene sus cuotas de pago al día. En la biblioteca, las auxiliares no encuentran libros destrozados o deshojados, y los computadores de las salas de trabajo prolongan su vida útil gracias al buen uso.

Hace unos años, cuando la doctora Martha Restrepo visitó la Konrad Lorenz como par académica para revisar el proceso de la segunda acreditación del programa de Psicología confirmó lo que ya había descubierto en muchos de estos egresados: que el estudiantado se refería en los mejores términos a su institución. «Yo conozco bien el panorama de las facultades de Psicología en Colombia», dice. «Y los graduados de la Konrad Lorenz sobresalen porque se sienten muy orgullosos de su institución y están muy bien preparados. Usualmente, el sentido de pertenencia viene unido a su gratitud».

En la nómina de servicios generales, auxiliares de despacho y funcionarios administrativos ocurre algo similar: las personas profesan un arraigo institucional sólido y duradero. En las muchas ocasiones en que Sonia Fajardo ha dado la vuelta por oficinas y recovecos se ha encontrado con utensilios e implementos que dejaron de ser usados porque ya era hora de renovarlos, pero que nadie se llevó sin permiso para su casa. «Aquí no se ha perdido nada», dice. «Aquí ningún empleado va desperdiciando los insumos o va diciendo “Boten eso”. Aquí todos reutilizamos y cuidamos».

Esta actitud protectora quizá sea una respuesta correspondiente y estimulada por un sinnúmero de acciones y detalles que durante años Sonia y Juan Alberto Aragón han tenido con su equipo de trabajo. El básico —el más importante— tiene que ver con la puntualidad en el pago de salarios. Nunca, por ningún motivo, la Konrad Lorenz se ha atrasado con los sueldos de los colaboradores. Durante la primera década de vida institucional, cuando los fondos escaseaban, fueron muchas las maniobras financieras que la pareja debió realizar para no quedar mal con su gente. Buscaban créditos con bancos y entidades financieras, préstamos informales con rentistas, intercambios de servicios o sobregiros, siempre respaldados por la buena fe de la institución.

Otro incentivo ha sido el de las becas. Además de las que otorgan a los mejores estudiantes de cada programa, la Konrad Lorenz ofrece un sistema de estudio gratuito para los hijos de los colaboradores de menor rango salarial. Jaime Castro, quien lleva más de treinta años dedicado al servicio de vigilancia de la institución, tuvo la posibilidad de darles estudio universitario a sus hijos gracias a su empleo. «Todo se lo debo a esta institución», dice. «Lo que hoy tiene mi familia ha sido gracias a la oportunidad que me dieron de trabajar aquí». Luzmila Gaita, con más de quince años como encargada del aseo y de la atención básica en las oficinas administrativas, es un caso parecido. Sus dos hijos salieron profesionales de la Konrad Lorenz y se convirtieron en los primeros miembros de toda su familia en tener educación superior.

«Si yo no quiero a la Konrad Lorenz, entonces ¿a quién voy a querer?», se pregunta Luzmila.

Desde que la institución se puso en marcha, tanto Sonia como Juan Alberto Aragón estaban convencidos de que esto sería el proyecto de su vida y la proyección de sus convicciones. Muy al principio, digamos en los dos primeros semestres en que no había capital de trabajo y sí muchas deudas, la pareja siempre encontró la manera de ayudarles a sus colaboradores. El profesor Carlos Ramírez, que trabaja con la Konrad Lorenz desde antes de que fuera una institución universitaria, recuerda que cada vez que se veía alcanzado para cubrir sus gastos domésticos Sonia le facilitaba, sin dislates, un adelanto del salario. «Sonia arropaba a todos los profesores de manera especial, nos ayudaba con lo que necesitáramos y siempre nos animaba a realizar nuevos proyectos».

En la medida en que la institución iba creciendo, la pareja comenzó a realizar otras pequeñas acciones de un invaluable sentido de solidaridad. Alguna vez, una secretaria llamada Sandra Bernal debió afrontar un drama familiar: su mamá fue víctima de una enfermedad catastrófica y no estaba afiliada a una EPS; el tratamiento y las consultas debía asumirlas de manera particular. Sandra velaba por ella, pero la primera cirugía costaba una cantidad de dinero que no tenía cómo pagar. Y su estado financiero no le alcanzaba para pedir un crédito. La situación era crítica.

Una tarde, el jefe de personal de la Konrad Lorenz la llamó y le entregó un cheque por un monto suficiente para costear la cirugía y suplir otros gastos. Se lo había enviado Sonia Fajardo y Juan Alberto Aragón de sus propios bolsillos. «Eso no se olvida», dice Sandra Bernal, con los ojos llorosos. «Eso lo lleva uno en el corazón». Horas después, Sonia la llamó. «Y las palabras que me dijo nunca se me van a olvidar: que eso era un regalo de ellos y que siempre contara con ellos, que yo no estaba sola».

Por esa misma época, un día cualquiera de 1999, Juan Alberto Aragón le preguntó la edad a Beatriz Flórez, quien era la directora de la biblioteca. 45, contestó ella. Aragón le dijo que entonces era hora de subirle el sueldo, pues quería que al jubilarse pudiera gozar de una buena pensión. «Me subió casi el doble de lo que ganaba», dice Beatriz. «Y ese tipo de detalles no los hace sino un papá».

José Antonio Murillo, auxiliar en servicios generales, también siente que Sonia Fajardo y Juan Alberto Aragón han sido para él como sus segundos papás. A mediados de los años noventa, Murillo se presentó a entrevista en la Konrad Lorenz. Tenía 34 años y sufría de una discapacidad: por una puñalada que le propinaron en un atraco había perdido casi toda la movilidad de su brazo derecho. Hasta ese momento había sido muy difícil para él conseguir un empleo estable; lo contrataban para labores temporales y no siempre con todos los auxilios de ley. Pero una vez evaluado por el personal de la institución, le dieron la oportunidad de su vida: tendría empleo estable y justamente remunerado. Desde eso, llevó el sustento a su casa y le ha podido dar educación superior a sus hijos. «Una vez la doctora Sonia me dijo que yo trabajaba tan bien, que no parecía que tuviera un brazo malo», dice Murillo, agradecido.

Durante la década del noventa la institución vinculó laboralmente a varias personas con algún grado de discapacidad. Y ninguna de estas decisiones administrativas obedeció al interés de aparentar magnanimidad corporativa: ni a Sonia ni a Juan Alberto les importaba pintarse fama de caritativos por acciones políticamente correctas. Contrataron a estas personas porque podían desempeñar su trabajo de manera óptima y porque

el instinto de superación hace que las personas en condición de discapacidad sean colaboradores eficientes, dedicados, meticulosos y honestos.

Una de las virtudes que más le han reconocido a la Konrad Lorenz, pero sobre todo a Sonia Fajardo y Juan Alberto Aragón a lo largo de estos 35 años es la de haber sabido conformar un equipo de trabajo talentoso, leal y consagrado. «Conseguir gente comprometida y con sentido de pertenencia es cosa difícil», dice Patricia Valencia. «Y ellos dos solos no hubieran podido ser los gestores de esto sin el apoyo de un gran equipo».

El método para lograrlo ha estado soportado en un elemento natural: la confianza.

Primero, en el entorno. Durante su época de docente universitario, Juan Alberto Aragón fue agrupando una serie de estudiantes que destacaban por méritos académicos. Con ellos fue armando núcleos de estudio fortalecidos por la amistad. Les fue compartiendo sus saberes, los fue motivando en el camino de la ciencia y, siempre que lideró un proceso, se hizo rodear de estas personas, como si fuera la franca consecuencia de haber cultivado esa confianza. Carlos Pereira, Martha Restrepo, Hernán Escobedo, Rosa Agudelo, Blanca Victoria Barrientos, fueron algunos de estos estudiantes que con el tiempo también llegaron a ser destacados profesionales vinculados al proyecto Konrad Lorenz.

Y segundo, la confianza en lo propio. Desde la primera promoción de graduados en Psicología, Sonia y Juan Alberto fueron dándoles espacio laboral a los más comprometidos. Poco a poco muchos de los cargos del esquema administrativo y académico fueron ocupados por egresados. Aquella selección ha garantizado que estos profesionales cumplan su papel con dedicación y lealtad, como un efecto de la gratitud y un destello de la identidad institucional.

Elizabeth García, egresada y hoy vinculada a la Dirección del Medio Universitario, recuerda que cuando ella entró a primer semestre el decano de la carrera de Psicología —que en ese momento era Elvers Medellín y que también era konradista—, presentó a una joven profesional llamada Johana Barrero. Dijo que luego de haber sido estudiante, la habían contratado como docente y finalmente como coordinadora académica. «Esto quiere decir», apostilló, «que si logran ser buenos estudiantes también

podrán trabajar aquí más adelante». Maritza Sandoval. Claudia Caycedo, Ernesto Oviedo y Yadira Blanco son otros de los profesionales egresados que hoy tienen bajo su responsabilidad algunos de los despachos más importantes de la institución. Yadira Blanco, por citar un caso, es la directora de Planeación, uno de los cargos de mayor confianza y alta responsabilidad, junto con el de la Rectoría.

A finales de enero de 2016, Sonia Fajardo y Yadira Blanco fueron a Bancolombia, entidad que maneja algunas cuentas de la institución. En la recepción, las invitaron a pasar al despacho de clientes especiales. Toda la deferencia posible. La comodidad. En ese instante, Sonia tuvo una epifanía: se vio treinta años atrás en medio de la precariedad financiera, deudas con prestamistas, cuantiosos créditos con entidades bancarias, muchas veces alcanzada por la hora de pago de salarios de colaboradores y docentes. Recordó una vez que, sin fondos para pagar la nómina, ella y Juan Alberto debieron ir hasta el municipio de Tabio donde un prestamista les facilitó el dinero en efectivo que luego trajeron al banco en bolsas plásticas de basura, como en una película de gansters.

—¿Juan y yo cuándo íbamos a imaginar que los bancos nos iban a dar el trato de clientes especiales? —le dijo a Yadira—. ¡Nunca!

Y en seguida recordó la vez que las autoridades estatales estuvieron a punto de cerrar la institución porque no se había afiliado a una caja de compensación familiar. Y no lo había hecho simple y llanamente porque no había plata para pagar las cuotas. Recordó que ninguna de las cajas tradicionales de la ciudad quiso afiliar a los colaboradores de la Konrad Lorenz, y que al final fue Compensar, una caja que recién abría sus puertas, la que aceptó la afiliación de la nómina luego de que ella, casi llorando, le explicara al director la gravedad de la situación.

Entre aquellos días de precariedad y los actuales de reconocimiento y buen estado financiero ha transcurrido la vida de una pareja de enamorados que estaban convencidos de que la educación superior era su nicho ecológico y de que debían trabajar unidos y sin perder la fe para lograr que las cosas sucedieran según sus planes.

En las páginas que siguen se cuenta cómo tuvo lugar esta historia que es a la vez la de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

II. 1970–1988

La luz de los primeros años

Ciencia e ideología

La vida de educador de Juan Alberto Aragón empezó en Bogotá, como profesor del colegio de la Universidad Libre. Aragón era un adolescente llegado de Popayán con una impetuosa curiosidad por el mundo y el conocimiento. Más alto que el promedio, tenía la piel naturalmente canela, cejas anchas y pelo negro ondulado. En una conversación informal llamaba la atención por su facilidad de expresión y riqueza verbal.

Su infancia transcurrió en una casa llena de libros y de ideas. Su abuelo paterno, Arcesio Aragón, fue un influyente abogado en Popayán, docente destacado de la facultad de Derecho de la Universidad del Cauca, reconocido por el Gobierno Nacional con la Cruz de Boyacá en 1940. Su padre, Víctor Aragón Pardo, un escritor e intelectual del suroccidente colombiano, autor de varias novelas entre las que se recuerda *El despertar de los demonios*, que terminó siendo considerada por la crítica como una de las mejores cien novelas de la literatura colombiana en el siglo XX. Su madre, Lilian Bateman, descendiente de ingleses, fue una mujer de hogar, culta y refinada.

Juan Alberto creció como el mayor de los hijos y desde que tuvo conciencia del peso del trabajo buscó empleos para ayudar a la familia. Sobre todo porque su padre, bohemio que era, se alcanzaba con las cuentas. Y porque en general la situación económica del hogar no era la mejor.

En Bogotá, el joven profesor se dejó tentar por la pasión política del momento. Corrían los primeros años de la década del cincuenta y la violencia partidista arreciaba en muchas de las provincias del país. Su familia creía en ideas conservadoras, pero Juan Alberto se sentía atraído por la Izquierda y no se reconocía en los partidos tradicionales. Para un



Juan Alberto Aragón Bateman
y Sonia Fajardo Forero
2011

idealista y convencido de la capacidad de transformación del ser humano la opción restante era el anarquismo o el comunismo.

Quizás porque sabía que la violencia del anarquismo no era la respuesta a sus cuestionamientos políticos, Juan Alberto optó por vincularse a las Juventudes Comunistas de Colombia, que en esa época eran conocidas como las JUCO y consistían en grupos de muchachos de guitarra y poesía con libros de Marx y Engels en una mochila, pero que aún estaban lejos de interpretar el comunismo como la «combinación de todas las formas de lucha».

Cuando ya sumaba tiempo dentro de las JUCO fue reconocido por el Partido Comunista Colombiano con una beca para cursar la carrera en Polonia. Juan Alberto escogió Psicología en correspondencia con su interés por la conducta humana, las relaciones interpersonales y el bienestar de la gente.

Para las JUCO, la Unión Soviética y los países de Europa oriental bajo el yugo comunista eran el ejemplo del mundo posible, el rechazo frontal del imperialismo que los Estados Unidos ejercían sobre América Latina. Así que Juan Alberto llegó a Polonia convencido de que la formación universitaria que recibiría en ese país le proveería el conocimiento para ayudar a la transformación de la sociedad colombiana.

Radicado en Varsovia, no tardó mucho tiempo en comprender que la imagen del modelo soviético era magnificada y grandilocuente en América Latina. El día a día en Polonia era de precariedades, carencias de todo tipo, excesivo control militar e injerencia del Estado en la vida íntima de las personas. Una situación que no iba a apoyar por simple solidaridad de cuerpo, así que envió una carta a Bogotá en la que renunciaba a su lugar en el Partido Comunista Colombiano. Algunos miembros del partido se sintieron traicionados y dijeron que Juan Alberto Aragón se había aprovechado de su militancia solo para obtener la beca universitaria.

A su regreso a Colombia en 1970, ya graduado como psicólogo, se dio cuenta de que se había quedado sin amigos: los que tenía antes de partir hacia Polonia los había perdido tras su decisión de unirse al comunismo; y los que consiguió en la militancia política los perdió luego de su renuncia a la causa.

Lo importante de esta parte de la historia es que Juan Alberto Aragón volvió con una visión amplia de la psicología, convencido de una ciencia sobre el comportamiento humano. En otras palabras: la academia polaca lo había provisto de herramientas para entender la psicología como un hecho del conocimiento científico. Bajo este precepto, buscó empleo como docente del programa de psicología de la Universidad Nacional, en Bogotá. El director del departamento de la carrera era Rubén Ardila, quien acababa de culminar un doctorado en psicología experimental en Estados Unidos.

Si bien la carrera de psicología en la Nacional —y todas las demás universidades de Colombia— estaba muy enfocada en la interpretación psicoanalítica, en el medio flotaba la idea de que la mano de Ardila integraría al programa otras corrientes de pensamiento, sobre todo el de la psicología experimental.

Luego de la entrevista, la impresión que se llevó Ardila fue la de que Aragón era un hombre serio, bien formado, de pocas palabras y solemne. Lo notó bien informado y muy seguro de que lo que quería enseñar en el programa eran cursos de psicología de la personalidad y psicología experimental. Y quedó más sorprendido cuando Aragón desplegó su conocimiento en el área del análisis experimental del comportamiento, porque era un tema nuevo para la época y Ardila no imaginaba que en Polonia o en los países comunistas también lo estuvieran debatiendo. Sobre todo, porque en este lado del mundo este enfoque se antojaba como una línea creada y dominada por la academia estadounidense.

La planta de profesores que Ardila tenía bajo su cargo era de unos veinte contratados a tiempo completo y un puñado más como catedráticos. El 80 por ciento eran psicoanalistas y médicos, un 10 por ciento practicaba la psicometría y el 10 por ciento restante estudiaba y enseñaba temas varios como la psicología social y otros. Todos los semestres sumaban unos 500 estudiantes. Y el currículo estaba basado en el psicoanálisis, además de la psicometría.

Por demás, toda la Nacional y en general la universidad pública colombiana —y buena parte de la privada— estaba permeada por la lucha



Juan Alberto Aragón durante sus estudios
de Psicología en Varsovia, Polonia
1962 – 1969

ideológica, los extremismos políticos y el sectarismo: así como operaban grupos de profesores y estudiantes que execraban de los Estados Unidos y se alinderaban en la extrema izquierda, existían otros que ondeaban banderas azules orgullosos de su clasismo excluyente y defendían el militarismo y el intervencionismo norteamericano.

En aquel escenario, la psicología como núcleo de estudio y aplicación desde el psicoanálisis estaba incorporada dentro de las áreas defendidas por quiénes se proclamaban de Izquierda. Bajo la premisa marxista de que el hombre es libre en la medida de sus circunstancias, el estudio del comportamiento humano solo podía ser entendido desde la cultura o la suma de sus partes: el influjo familiar, el influjo social y la formación autodeterminada. Estudiarlo a partir del método científico o permitir que las ciencias exactas cimentaran conclusiones sobre la voluntad humana era entendido como un acto de extrema derecha.

Por eso, cuando el doctor Ardila asumió la dirección del programa en la Nacional e integró al currículo las áreas de psicología experimental, aprendizaje, psicología fisiológica y psicología del comportamiento no faltaron episodios en los que algunos profesores y estudiantes lo señalaran de derechista *pro-yankee*. Para Ardila era claro que el conocimiento científico fortalecería la identidad de la carrera, pero para los opositores aquellas ramas de la psicología sólo buscaban pulir métodos de manipulación del ser humano, sometimiento de la voluntad y el acondicionamiento de las decisiones de cara al contexto político latinoamericano.

Para Juan Alberto Aragón la situación no era menos delicada. Incluso podía ser un poco más atemorizante: algunos grupos de estudiantes de la carrera venían protestando contra lo que consideraban baja calidad de los profesores y del contenido de las asignaturas. Y como la crisis no era política sino académica, los estudiantes no lanzaban piedras ni rayaban paredes sino que simplemente dejaban de asistir a clase o no matriculaban tal o cual asignatura. Los más osados se medían intelectualmente con el docente.

Una de las estudiantes más activas en aquellos años era Martha Restrepo. Y el día que asistió a la primera clase de Juan Alberto Aragón iba

predispuesta porque ya se decía que el nuevo profesor había estudiado en un país comunista y todos esperaban que sus cursos estuvieran influidos por el marxismo-leninismo. «Recuerdo con nitidez que esa primera clase fue del curso de psicología clínica, en un salón del edificio de sociología», dice. «Juan Alberto nos dejó con la boca abierta». Las clases del nuevo profesor ni adolecían del tufillo comunista ni eran del modo interpretativo psicoanalítico. En sus cursos se discutía con altura académica hechos de la ciencia, de la lógica, de la filosofía y finalmente de la psicología. «Esa primera clase de Juan Alberto fue muy refrescante, sólida, argumentada. Era una persona con mucho encanto personal, además de que era muy buen mozo».

Con los días creció entre los estudiantes la imagen de Juan Alberto como la de un profesor exigente y locuaz. Y muchos estudiantes de todos los semestres empezaron a matricular las asignaturas que él impartía. Uno de quienes comenzó a asistir a esas clases fue Carlos Pereira. «Juan Alberto nos daba lo que ningún otro profesor: una visión científica de la psicología», dice. «Algunos estudiantes tenían cierta afinidad con una teoría de Piaget cercana al psicoanálisis, pero con muchos vacíos que Juan Alberto vino a llenar con datos empíricos».

Aragón entusiasmó a la muchachada proponiendo lecturas novedosas, muchas de ellas en inglés y defendiendo ideas políticas con serenidad y argumentos; nunca lo veían descompuesto ante las arremetidas ideológicas de los extremistas ni lo veían plegado a posturas radicales. Sus cursos promediaban los 35 estudiantes y poco a poco fue identificando a los que dejaban ver un profundo interés por la ciencia y el conocimiento. Con ellos superó la relación del maestro con el aprendiz para entablar un diálogo más personal. «Yo, la verdad, me pegué a él como una sanguijuela», recuerda Carlos Pereira. «Me interesaba hablar todo lo que pudiera con Juan Alberto, quería conocer lo que no conocía y ningún otro profesor me lo podía brindar».

Los encuentros con estos estudiantes también empezaron a darse por fuera del aula, en la casa de Juan Alberto, noches de fines de semana,

conversaban sobre autores, sobre hechos de la ciencia, se entretenían con juegos de mesa y así se fueron convirtiendo en amigos muy cercanos.

La situación fue menos amable con otros grupos. Aunque no de la misma manera, Juan Alberto también acudía a reuniones de estudiantes en las que se discutía sobre política y problemas nacionales. En esos espacios, los más ideologizados, los más apegados a la izquierda radical, encontraron que el profesor Aragón no mostraba mucho afán en la defensa del marxismo-leninismo ni se desgastaba especulando sobre un país gobernado por los partidos de izquierda.

Con estos estudiantes, que podían ser considerados depositarios de la «Revolución», empezaron frecuentes enfrentamientos en el salón de clase y por fuera de él. Rubén Ardila, como director del programa, notaba que algunos de ellos se sentían frustrados al darse cuenta de que el profesor Aragón no era un ideólogo. Y no fueron pocos quienes empezaron a faltar a clase y buscaron, aunque sin éxito, que uno de los cursos fuera cancelado por ausencias.

Una búsqueda personal

Cuando el doctor Ardila renunció a su cargo para irse a implementar la carrera de psicología en la Universidad de los Andes, Juan Alberto Aragón fue nombrado director. Quizás porque ya era uno de los profesores más queridos por la mayoría del estudiantado, pues se había forjado un prestigio como científico y porque era el más afín a la línea de la psicología experimental dejada por Ardila.

En este cargo, Juan Alberto se dedicó a estudiar en detalle el contenido de cada asignatura y el tiempo mínimo necesario para cada curso. Luego de lo cual decidió una reforma al currículo: la intensidad horaria de la carrera no podía seguir siendo de 16 horas semanales, debía ser de 20. Esto le valió cualquier cantidad de cuestionamientos por parte de profesores y protestas airadas por parte de estudiantes. Entre ambos le montaron un juicio público en una plaza de la Universidad para descalificar su conocimiento situándolo como conductista, tildándolo de



Juan Alberto Aragón,
en su grado de Maestría en Psicología
24 de julio de 1970

«yankee» y gritando «¡Abajo Juan Alberto Aragón!». Sólo quienes se consideraban sus amigos, entre los que estaban Carlos Pereira, Martha Restrepo y Rosa Agudelo, le fueron incondicionales en ese momento.

La situación se tornó tan agobiante que Juan Alberto se desahogó enviándole una carta al presidente de la República, Misael Pastrana Barrero, en la que sostenía que la Universidad Nacional, al menos en el programa de psicología, estaba dedicada a la ideología y no a la ciencia. Carta que terminó siendo publicada por el diario El Tiempo en la primera página. Al día siguiente de esta publicación, Juan Alberto llegó al campus con miedo de que los beligerantes fueran a agredirlo. Desde la calle y hasta abrir la puerta de su oficina caminó con un ojo adelante y otro atrás, cauteloso de que alguien se le acercara para golpearlo. Finalmente no pasó nada y tiempo después se enteró de que la publicación, de cierta forma, lo había blindado: los grupos ideológicos consideraron que si a un profesor le habían publicado una carta en la primera página del periódico más influyente del país entonces no era un profesor, debía ser más bien un agente de la CIA infiltrado en la universidad pública colombiana. A partir de ese momento, nadie volvió a meterse con él. Por esos días, Carlos Pereira había entrado a trabajar como docente al programa de psicopedagogía —que daría origen al de psicología— en la Universidad Católica de Colombia. Y allí un abogado, estudiante suyo, le comentó que las cooperativas del país iban a abrir un nuevo claustro de educación superior, que querían empezar con psicología, que si se le medía a ser el director del programa. Pereira no se sentía preparado para el cargo y aún no se había graduado. Pero se le ocurrió que la persona idónea para ese trabajo era Juan Alberto Aragón. Fue y le comentó. Aragón le contestó que sí, que le interesaba, pero no hablaron de mucho más porque tampoco se sabían detalles.

Pocos días después, Gloria Triana, esposa de Juan Alberto Aragón, llamó angustiada a Carlos Pereira. Le contó que su marido había acabado de renunciar a la Nacional, que se iba dizque a trabajar en el proyecto de una universidad de las cooperativas del país. Al igual que a ella, a Pereira esa decisión le pareció una locura: la dirección de una carrera en la

Nacional era uno de los cargos más pretendidos por quienes llevaban una vida académica: representaba seguridad laboral, seguridad salarial y la oportunidad de escalamiento en el medio universitario del país. Además, la universidad de las cooperativas no existía, apenas era un proyecto en ciernes con los riesgos que eso suponía. Y para colmo, Juan Alberto y Gloria ya eran padres de familia: tenían un niño de brazos de nombre Juan Sebastián. «Yo creía que Juan Alberto iba a trabajar en el proyecto de las cooperativas en paralelo a su cargo como director de psicología en la Nacional y que sólo iba a renunciar cuando lo de la nueva universidad fuera un hecho», dice Carlos Pereira. «Pero Juan Alberto estaba tan confiado de sus conocimientos y de su capacidad que sabía que por muy difícil que resultara empezar de cero, las cosas le iban a funcionar bien».

Como académico, Juan Alberto estaba convencido de que las maneras y los contenidos que se ofrecían en los pregrados de psicología en el país no eran lo que él consideraba la mejor versión de la carrera. Sabía que él podía emprender cambios estructurales en la enseñanza de la psicología en Colombia, pero que en la Nacional era donde menos tendría esa libertad. Por su larga tradición ese programa tenía profesores y directivas inamovibles en ciertas posturas, poco receptivos a propuestas distintas. Tal vez el hecho de empezar de cero en una universidad naciente era la oportunidad que Juan Alberto esperaba.

Aquel nuevo trabajo fue para él y para Carlos Pereira un encuentro cotidiano con la amistad. Optimistas y llenos de energía, cumplieron con las cargas durante los dos primeros meses, pero luego el proyecto comenzó a flaquear financieramente y ellos dejaron de recibir el sueldo. Transcurrieron algunos días en los que la planta docente peleó los salarios, algunos los recibieron, otros no; y a la postre el proyecto fracasó en Bogotá. Para Pereira no fue mayor lío: nunca había renunciado a ser profesor en la Universidad Católica; pero para Juan Alberto Aragón fue quedarse desempleado.

A los meses, Pereira logró darle la mano consiguiéndole un cupo como catedrático en la Católica. En ese claustro Juan Alberto volvió a encontrarse con una resistencia general ante la psicología científica. Pero

un año más tarde se le presentó la oportunidad de trabajar como director del Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional. Y una vez se apropió del cargo vinculó a buena parte de quienes habían sido sus estudiantes cómplices en la Nacional: Pereira, Nora Pabón, Rosa Agudelo, Myriam Torres y Patricia Martínez. Con este equipo emprendieron investigaciones sobre psicología educativa.

Entre el trabajo y la vida personal, Pereira y Aragón mataban su escaso tiempo libre visitando la librería Bibliotécnica, destacada por ofrecer títulos de investigación científica. Allí compraban libros sobre psicología del aprendizaje y teoría del comportamiento. Con ese material les impartieron un seminario a doce profesores de la Universidad Pedagógica para luego conformar con ellos un semillero de investigaciones en teoría del comportamiento. Para Aragón este tipo de capacitaciones eran parte de su lucha por la cualificación de la enseñanza de la psicología. Pereira recuerda que en otras instituciones de educación superior casi cualquier tipo de profesional daba clases de psicología. «Uno encontraba profesores de inglés, abogados, médicos, pedagogos dictando cursos. Era un síntoma de una creencia común y Juan Alberto luchaba arduamente para cambiarla».

Transcurrido un año largo en esa dirección, a Juan Alberto le ofrecieron la subdirección de investigaciones del Instituto Colombia no de Pedagogía, conocido como Icolpe. Aceptó y quiso llevar consigo a su equipo de trabajo. Algunos lo siguieron, como Rosa Agudelo; otros no. Pereira no pudo pues recién había sido nombrado profesor de planta en la Universidad Pedagógica. Juan Alberto también llamó a otras personas que habían sido estudiantes suyos, como Martha Restrepo.

La investigación más recordada del ICOLPE liderada por Aragón tuvo que ver con los niños de algunas escuelas de barrios marginales. Comenzó en El Rocío, escuela del barrio El Codito, al nororiente de la ciudad. Allí un grupo de antropólogos y psicólogos investigaron el desfase entre varios de los contenidos pedagógicos que recibían los niños en relación con su vida de precariedades cotidianas. Mientras la profesora les enseñaba sanos y balanceados hábitos alimenticios y de nutrición,

la verdad es que en sus casas los niños a duras penas podían salir a la escuela desayunados. El registro de datos y las conclusiones de la investigación fueron fortalecidos por una producción audiovisual titulada *Y todos los días así*, realizada por uno de los grandes amigos de Juan Alberto, además su cuñado, y en este tiempo uno de los más prometedores realizadores audiovisuales del país: Jorge Alí Triana.

Una noche de 1974, Rosa Agudelo invitó a Juan Alberto a la fiesta de 15 años de su hermana menor. A la celebración asistieron los cercanos a la familia, entre quienes estaba una joven llamada Sonia Fajardo, muy amiga de otra hermana de Rosa y estudiante de psicopedagogía. Cuando la fiesta había avanzado Juan Alberto sacó a bailar a Sonia y antes de decirle los formalismos acostumbrados la sorprendió dándole a entender que ya había preguntado por ella:

—Sé que te llamas Sonia —le dijo—, que eres maestra, que estudias psicopedagogía, que trabajas en el colegio distrital de La Merced.

Más que sorprendida, Sonia quedó atónita. ¿Quién era aquel apuesto caballero que sabía tantas cosas de ella? Juan Alberto le explicó que era conocido de Rosa Agudelo.

—Con que usted es el famoso y admirado profesor Aragón —le dijo Sonia—, dándole a entender también que ya había oído de él. En realidad, Sonia venía escuchando anécdotas de admiración y respeto sobre Juan Alberto desde que Rosa había sido su estudiante en la Universidad Nacional.

Durante el resto de la fiesta, Sonia y Juan Alberto se dedicaron a conversar. A ella le sedujo que él no se expresara de la manera corriente que lo hacían los hombres de su edad. Ella lo sentía más interesante, más atrayente, aunque entre los dos mediara una diferencia de edad considerable: ella tenía 20 años y él, 37. A él lo había deslumbrado la belleza, había quedado casi hipnotizado cuando la vio descender por las escaleras del segundo piso de la casa para luego entrar a la sala y sentarse junto a sus amigas. Juan Alberto había encontrado en Sonia una suave sonrisa de facciones menudas y pulidas con unos ojos alargados que dibujaban un rostro de luz.

Desde aquella fiesta pasaron días sin verse, pero siempre se mandaban mensajes de saludo. Hasta que una noche entre Rosa Agudelo y varios amigos de Juan Alberto organizaron un encuentro para que Sonia pudiera ir. Fue una reunión de casa de familia, con vodka, cigarrillos, pasabocas; y las historias y la conversación inteligente a cargo de Juan Alberto. Si siempre se vestía de traje y corbata, para esa ocasión usó ropa más informal y de colores más claros.

A la noche siguiente Sonia y Juan Alberto se volvieron a ver, pero esta vez ya en pareja, sin amigos alrededor. Él la llevó al bar Inglés del hotel Hilton; iban a cenar, a tomar un par de copas y a charlar toda la velada. En algún momento, Juan Alberto se disculpó para ir al baño y mientras Sonia lo esperaba sentada a la mesa recibió de manos del mesero unas flores y un muñeco. En un hombre tan conocido por su seriedad intelectual y su sobriedad, el detalle de las flores y el muñeco podían entenderse como una declaración de amor.

A partir de entonces, Sonia y Juan Alberto comenzaron a salir. Siempre a escondidas. Sonia sabía que su mamá no vería con buenos ojos el hecho de que un hombre tan mayor, divorciado dos veces y con hijos, pretendiera a su hija. Tras varios encuentros furtivos alcahueteados por Rosa Agudelo, la mamá de Rosa terminó por contarle a la de Sonia. Y a Sonia le tocó admitirlo.

Si así estaba la situación, doña Emilita, la mamá de Sonia, no tuvo más remedio que preparar un almuerzo junto con la familia Agudelo para conocer oficialmente al profesor Aragón. Fue un encuentro amable y provechoso para la pareja: desde ese día pudieron salir con mayor libertad y sin esconderse. Y no era que doña Emilita hubiera aceptado plenamente a su yerno, era que no iba a oponerse de una manera caprichosa. A las pocas semanas, Juan Alberto invitó a cenar a Sonia y a su mamá. Y en mitad de la ocasión se sinceró:

—Emilita, es que yo me quiero casar con Sonia.

La señora no supo qué contestar en ese momento: no dijo que no, pero tampoco que sí. En el fondo se sentía abatida, temía un futuro de discordias y desajustes matrimoniales para su hija.

Todo quedó en el aire. De un lado, Sonia se fue de vacaciones durante dos meses a visitar un tío en Nueva York. Y del otro, su mamá intentó arreglar los detalles para que Sonia se quedara por mucho más tiempo fuera del país y evitar así el matrimonio. Cuando Juan Alberto se enteró, le escribió a Sonia una carta en la que le decía que si ella se lo pedía, él mismo iría hasta Estados Unidos para que volvieran a Colombia juntos. Ante tanta determinación de su novio, Sonia le escribió a su mamá haciéndole ver que ella ya era una mujer independiente y muy bien formada, y que no podía obligarla a quedarse viviendo fuera de Colombia.

No más volvió a Bogotá, antes del segundo mes, Sonia y Juan Alberto comenzaron a verse con toda la frecuencia posible y nuevamente a escondidas. Ella se sentía feliz: Juan Alberto le daba confianza, compañía y seguridad. Sin embargo, la situación laboral de él no era la más estable: del ICOLPE había regresado como docente a la Universidad Pedagógica y allí desarrolló todo el programa curricular para crear la maestría en Investigación Educativa y Análisis Curricular, de la cual llegó a ser su primer director. Pero por una cantidad de asuntos familiares el sueldo no le alcanzaba y se mantenía endeudado.

Un día de 1977 la Universidad Nacional Abierta y a Distancia de Venezuela le ofreció trabajo a Juan Alberto como profesor y coordinador, con un salario que superaba por mucho el que devengaba en la Pedagógica. Así que no lo dudó ni un segundo: aceptó y arregló todo para el viaje. Conversó con Sonia y acordaron que cuando él ya estuviera bien asentado en su nuevo trabajo y en aquella ciudad, vivirían juntos en Caracas; se casarían y ella terminaría su carrera en esa universidad. Sonia, dichosa, dijo que sí.

Transcurrieron unas cuantas semanas antes de que se concretara el viaje. Tiempo durante el cual Sonia entró en un estado de duda continua. No era que ya no quisiera a Juan Alberto o que hubiera dejado de verlo como el hombre de su vida. De eso, ella estaba completamente segura. Pero lo que no terminaba de ajustar en lo hondo de su corazón era que su mamá no aceptara su relación amorosa y que para estar del todo con él tuviera que fugarse.

Cuando recibió la segunda llamada de Juan Alberto en la que le decía que ya tenía el tiquete y que le iba a consignar el giro, Sonia le contestó:

—No me puedo ir así y hacerle eso a mi mamá. Entre confundido y vulnerado, él respondió:

—Si no vienes, no te espero nunca.

Y Sonia no se fue. Si había futuro juntos, no sería de esa manera. En Venezuela, Juan Alberto Aragón comprendió que los estudiantes matriculados en la modalidad educativa a distancia pasaban dificultades para completar con éxito la carrera universitaria: falta de disciplina para establecer horarios fijos de estudio, falta de compromiso para la entrega de los trabajos, falta de rigor en el método y otros más que tenían que ver con lo complejo que resulta no estar bajo la tutela de un profesor en un salón de clase. Entonces, para ayudarles a mejorar o a superar estos baches, Juan Alberto escribió el libro *Autocontrol del comportamiento de estudio*.

El contrato en aquel país terminó al cabo de un año. Y a su regreso a Bogotá se encontró desempleado. Una tarde de 1978, mientras caminaba por la carrera 13 en pleno corazón de Chapinero, vio que estaban vendiendo un instituto de validación de bachillerato. Él no tenía dinero para comprarlo y mucho menos para ponerlo en funcionamiento. Pero como era obstinado y lleno de confianza en sí mismo, lo compró firmando una cantidad de cheques posfechados. Y luego invitó a varios de sus antiguos estudiantes en la Universidad Pedagógica para que entre todos lo sacaran adelante: habría que invertir los ahorros en adecuaciones locativas y habría que dedicarse a la docencia de cursos preuniversitarios.

Lo bautizaron Instituto Heisenberg y en poco tiempo comenzó a dar frutos: los cursos preuniversitarios tuvieron mucha acogida porque en aquel tiempo para un bachiller no era fácil obtener un cupo en una carrera; las universidades privadas también practicaban un exigente proceso de selección de sus estudiantes. Transcurrido un tiempo, Juan Alberto les propuso a sus amigos que ampliaran el objeto del instituto, que trataran de convertirlo en un centro de educación superior. Habría que reinvertir las utilidades en los estudios de prefactibilidad. Para su sorpresa, le dijeron

que no. Que esa plata la querían poner, más bien, a producir utilidades en negocios de ganadería. Aragón supo en ese instante que debía bajarse de ese barco. Para él, el Heisenberg no era una oportunidad de lucro; era la posibilidad de desarrollar su propia institución de educación superior: una que ofreciera estudios de psicología correspondientes con su modelo científico experimental. De nuevo desempleado, aguantó varios días de incertidumbre.

La única puerta que se le abrió fue la de regresar a Venezuela y conectarse nuevamente con la enseñanza universitaria. Poco antes del viaje, Lita —su mamá— lo invitó a un almuerzo familiar de Día de la Madre. Juan Alberto asistió y allí se vio con el esposo de Elsa Aragón, una de sus hermanas. Se trataba de Rafael Reyes Nieto, un empresario dueño entre otras cosas de una fábrica de muebles finos.

Entre el almuerzo, las copas de vino y las felicitaciones para la mamá, Reyes Nieto terminó interesándose por la historia de Juan Alberto, su frustración con el Heisenberg y las ganas que acumulaba de fundar una institución tecnológica. Quizá lo sintió tan seguro de sí mismo, tan estratégico en sus explicaciones, pero sobre todo tan apasionado al describir sus convicciones que Reyes Nieto le propuso a Juan Alberto que se arriesgaran a crearla. Que él invertiría algún dinero y ayudaría a conseguir prestado el resto. Ante la propuesta, Juan Alberto reaccionó jalado por sus impulsos: aceptó el ofrecimiento y descartó el trabajo estable en Venezuela.

Su vida sentimental, entre tanto, continuaba pantanosa. Soltero, pensaba en Sonia Fajardo y en la vida juntos que se les había desdibujado como sombra en el humo. Un día se topó con el hermano de Sonia caminando por la calle 72. Luis Fernando Fajardo, menor que ella, había terminado el colegio y estaba buscando cupo en la universidad. Juan Alberto prometió darle una mano y luego le pidió el teléfono de Sonia. Había transcurrido año y medio desde la separación, así que cuando Juan Alberto la llamó tuvo que haber sentido el corazón en un puño: si bien fue ella quien había dado el paso atrás, fue él quien le plantó cara de un modo radical. Sonia contestó al teléfono y tuvo que haber sentido mil palpitaciones en un segundo tras haber reconocido la voz de su hombre



Juan Alberto Aragón y Sonia Fajardo Forero
1983

luego de tantos meses sólo imaginándola. Quedaron en que él iría a verla a su casa. Doña Emilita andaba de vacaciones.

Cuando Sonia abrió la puerta lo fue a saludar con un abrazo, pero Juan Alberto la frenó.

—Antes de pasar la raya de esta puerta —le dijo, serio— quiero preguntarte ¿te vas a casar conmigo, sí o no?

Sonia lo miró a los ojos. Sabía que si mostraba algo de duda, Juan Alberto podría echarse para atrás.

—Sí —contestó—. Me quiero casar contigo.

Fue una respuesta automática, mas no apresurada. Fue la consecuencia apenas obvia de haberlo extrañado todo ese tiempo. Minutos después, ya sentados en la sala, Juan Alberto sacó del bolsillo un calendario.

—Fijemos la fecha de una vez.

Escogieron el 14 de septiembre, día para el cual ya deberían tener organizado el matrimonio y aspectos del trabajo; Juan Alberto comenzó a contarle del proyecto de crear una institución de educación superior y del apoyo financiero que le daba Reyes Nieto.

—Yo creo que este es un trabajo para ti y para mí —dijo Juan Alberto—. Vamos a construir nuestro nicho ecológico.

Pero también era el tiempo necesario para que Sonia pudiera terminar la relación que desde hacía meses sostenía con un literato. Para ella no era una situación sencilla. No sería tan fría y calculadora como para terminarle de un momento a otro, sin motivo aparente. Quería ser respetuosa y encontrar un momento adecuado para contarle.

Los días fueron pasando y Juan Alberto comenzó a presionarla: «Dile. Dile ya.», pero ella prefería planear bien las palabras, no actuar con premura. «Tenía que sincronizar mi cabeza, mi corazón y mi estomago para poder decirle». Hasta que un día Sonia se encontró con su novio en un restaurante. Y en un segundo él le vio el anillo de compromiso.

—¿Y ese anillo?

Sonia no tuvo más remedio que admitirle que se iba a casar.

—¿Con Aragón?



Matrimonio de Juan Alberto Aragón
y Sonia Fajardo Forero
14 de septiembre de 1979



Matrimonio de Juan Alberto Aragón
y Sonia Fajardo Forero
14 de septiembre de 1979

—Sí —admitió ella. El literato comprendió y ambos aceptaron la ruptura de manera calmada y amistosa.

Finalmente, sobrevino la fecha de regreso de doña Emilita. Sonia fue a recogerla al aeropuerto. Y luego de los saludos y las palabras de siempre, doña Emilita notó que su hija estaba radiante. Brillaba su felicidad.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te veo tan sonriente, tan feliz?

—Mamá, te tengo una noticia —dijo Sonia, y sin agregar una pausa de suspenso acotó—: me voy a casar.

—¿Con Juan Alberto Aragón?—No le preguntó por el literato.

—Sí, mamá.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó doña Emilita, pero no como decepción o contrariedad. Fue una exclamación en un sorpresivo tono de complacencia y satisfacción.

Sonia se llevó un palmo de confusión. Hasta ese momento pensaba que su mamá jamás iba a aceptar a Juan Alberto. Doña Emilita le explicó que ella, en el fondo, nunca se hubiera perdonado negarle a su hija semejante felicidad. Siempre había sabido que Juan Alberto era el hombre de su vida.

El valor de Sonia

Sonia se integró de inmediato al proyecto de la institución de educación superior en el que trabajaba su prometido. A decir verdad, ella encontraba esta iniciativa como una opción ajustada a su perfil. Se había graduado como licenciada en Psicopedagogía de la Universidad Externado de Colombia y laboraba como maestra en la escuela primaria del colegio distrital La Merced.

Por lo demás, Sonia tenía un alto sentido del valor del trabajo. En sus juegos de infancia no simulaba ser la madre de un bebé; Sonia jugaba a ser la maestra en un salón de clase o a ser la directora. A veces, a ser la dueña de una tienda o de una lavandería. Nunca jugó al papá y a la mamá o a la casita. «Mis juegos eran el reflejo de lo que ocurría en mi casa». Desde muy niña se había acostumbrado a acompañar a su mamá a la jor-



Sonia Fajardo Forero, en su grado
como Licenciada en Psicología

1978

nada que cumplía de operaria en una fábrica de manufacturas en cuero. Más tarde, luego de que naciera su hermano y su mamá debiera continuar con las jornadas sin salir de la casa, Sonia se puso a tejer unas trenzas de lana llamadas «pata-pata». Accesorio muy usado por las colegialas para colgarse adornos en el pelo. Sonia, que no había entrado a quinto de primaria, tuvo tanto éxito con esas ventas que nunca perdió plata, nunca le fio a nadie y sus utilidades ayudaron considerablemente a la manutención de la familia. Años después, Sonia ya en primeros semestres de carrera, su mamá abrió una floristería a la que llamó Jardín Emilita. Y fue Sonia quien cargó con la labor de administrar y promocionar el negocio, y resolver la logística comercial para los clientes. Estaba tan acostumbrada a horarios dobles de trabajo que cuando comenzó a asumir tareas del proyecto de la institución de educación superior no tuvo mayor inconveniente en doblar su jornada. Aún más: como esta carga laboral era junto a Juan Alberto, Sonia la recibía como tiempo al lado de su futuro esposo en actividades que a los dos apasionaban. Un hecho tan corriente como llevar las cuentas de inversión podía ser un momento para que se cruzaran una mirada cómplice, un beso de calor o tomarse un aguardiente por la felicidad o las angustias.

El 4 de julio de 1979, Rafael Reyes Nieto y Juan Alberto Aragón constituyeron la sociedad Reyes y Aragón Ltda. con la cual dieron vida en papel al Instituto Universitario de Ciencia y Tecnología Konrad Lorenz. Como sede consiguieron una casa en la calle 76 con carrera octava y empezaron los preparativos: dotar con muebles de oficina y pupitres, y realizar adecuaciones para darle forma de centro de estudio.

En agosto, abrieron las puertas para cursos de preuniversitario, pre-médico y prepsicológico. Y un mes más tarde acaeció el 14 de septiembre: la pareja contrajo matrimonio. Ella tenía 24 años y él, 41. El inicio de la institución fue también el inicio de la vida matrimonial de Sonia y Juan Alberto. Todas sus ilusiones habían tomado cuerpo.

La Konrad Lorenz, como se le llamó desde entonces, empezó ofreciendo dos cursos: uno en la mañana y otro en la tarde; un promedio de setenta estudiantes al día. Para lograr tal afluencia, sirvió el prestigio de

buen profesor de Juan Alberto y la publicación de anuncios publicitarios. Para esto último no tenían dinero, pero lo negociaron con una agencia propiedad de un cuñado de Juan Alberto, quien les abrió una cuenta para que ellos fueran solicitando el servicio en la medida en que fueran pagando.

A partir de 1980, la cantidad de estudiantes se incrementó y debieron ampliar los cursos a cuatro en la jornada de la mañana, tres en la de la tarde y dos en la de la noche. Era un éxito inusitado, debido en parte a que no había muchas opciones más que ofrecieran preuniversitarios. Pero, sobre todo, a que en la Konrad Lorenz, como en ningún otro lado, enseñaban técnicas de autocontrol del comportamiento de estudio, lo que Juan Alberto había escrito tras su experiencia en Venezuela, y eso motivaba al estudiantado.

Ante el tamaño que había alcanzado el instituto, Sonia renunció al colegio y se dedicó de tiempo y vida completa a la Konrad Lorenz. Con ellos dos también trabajaba como directora administrativa Diana Bateman, prima de Juan Alberto, quien al poco tiempo fue reemplazada por Rosina Buitrago. La mayoría de los profesores provenían de la Universidad Pedagógica y casi todos estaban cursando maestrías en química, física, biología, matemáticas. Muchos de ellos conocían a Juan Alberto Aragón desde los días en que él había trabajado en ese claustro. Las clases de orientación profesional las dictaban Elsa Agudelo —hermana de Rosa— y Sonia.

Pero además, a Sonia le tocaba colaborar y en muchos casos liderar los procesos contables. La idea era que Juan Alberto estuviera dedicado por completo a la elaboración de los estudios de factibilidad con los que aspiraba iniciar el proyecto de institución de educación superior. Entonces, desde la puesta en funcionamiento del instituto y durante buena parte del año 1980 Juan Alberto permaneció encerrado en el apartamento matrimonial sumido en la escritura del documento. La decisión fundamental de este proyecto era que intentarían la creación de una institución tecnológica con dos programas: Tecnología en Psicología y Tecnología Educativa. «¿De dónde íbamos nosotros a soñar con una institución universitaria? —se pregunta Sonia, hoy—.

¡Eso ni de fundas! ¿De dónde, con una casita así? Los recursos que se necesitaban eran muy grandes. Entonces nos dijimos: “Empezamos con una institución tecnológica, hay que comenzar por ahí”».

Juan Alberto trabajó arduamente planeando y diseñando el documento, haciendo comparaciones e investigaciones a gran escala no sólo de la educación en Colombia sino también de la de América Latina. Dentro del ICFES —la autoridad estatal que en ese tiempo aceptaba o rechazaba las propuestas de nuevas instituciones de educación superior— Juan Alberto tenía un amigo llamado Misael López que laboraba en la oficina de Planeación. Fue a él a quien le consultó ajustes centrales del proyecto para que mantuviera la viabilidad financiera. De la misma forma, Juan Alberto le consultó a varias personas más sobre otros aspectos del documento: al abogado Adelmo Rincón, por ejemplo, le pidió asesoría para ajustar el proyecto al marco legal.

Los profesionales que revisaron el estudio de factibilidad de la Konrad Lorenz determinaron que, por su argumentación, exposición de ideas, claridad del contexto y objetivos, el documento sobrepasaba el proyecto de institución tecnológica y alcanzaba a ser el de una universitaria. Pero si se decidía a ello, debía reajustar los requerimientos. Misael Agudelo, quien era el subdirector académico del ICFES, conversó con Juan Alberto y le sugirió que se arriesgara, que hiciera esas modificaciones y que no le temiera a un comienzo más ambicioso.

Juan Alberto tardó más de un año haciendo las modificaciones, sobre todo porque por esos días entró en vigencia el decreto ley 80 de 1980 —ley marco que pasó a regular toda la educación superior del país— y eso lo obligó a replantear cimientos del estudio. Para empezar debía proponer una carrera en Psicología —no una tecnología— y una Licenciatura en Procesos Educativos. Fue una época en que despertaron varias iniciativas más de educación superior.

Durante los días previos a que obtuvieran la personería jurídica, Juan Alberto, Sonia y Reyes Nieto acordaron limar los últimos detalles de los estatutos. Reyes Nieto delegó a su abogado de cabecera, Santiago Anderson, la reunión en la sede del instituto. Luego de mirar la susten-

tación del proyecto, Anderson le dijo con soberbia a Juan Alberto que «no tenía ni idea» de lo que era una institución de educación superior. Juan Alberto guardó silencio, evitó el desgaste de la discusión. Pero más tarde conversó con Reyes Nieto y le pidió que al menos para ese proyecto permitiera que el abogado representante de la sociedad fuera Adelmo Rincón, esposo de Rosa Agudelo. Reyes Nieto aceptó y Rincón, tras revisar, dio visto bueno a la redacción de los estatutos.

Los pares académicos encargados por el ICFES para la aprobación del proyecto visitaron la sede. Lo que tenía que ver con la justificación académica lo explicaba Juan Alberto. Y lo administrativo, Sonia. Tras la visita y unos ajustes últimos al documento, el ICFES reunió la junta de aprobación. Estas juntas tenían lugar los martes y cada lunes Sonia llamaba a Rosita, la secretaria de la junta, para preguntarle si ya era el turno de revisar el caso de la Konrad Lorenz. Hasta que un lunes recibió un sí como respuesta. Y el martes, al final de la junta, Sonia volvió a telefonar a Rosita.

—¿Cómo nos fue, Rosita?

—Excelente, ¡pasaron! Les dieron la licencia, fue aprobada en primera instancia.

La dicha máxima. Eso quería decir que a partir de ese momento el ICFES le encargaba al Ministerio de Educación el reconocimiento y expedición de la personería jurídica de la nueva institución de educación superior. Era cuestión de días para que Sonia, Juan Alberto y Rafael Reyes Nieto pudieran celebrar.

Después de unos pocos días de espera, el 4 de noviembre de 1981 el Ministerio de Educación expidió la personería jurídica. En adelante el proyecto tomaría el nombre de Instituto Universitario de Ciencia y Tecnología Konrad Lorenz. Esa noche Sonia, Juan Alberto y Reyes Nieto se fueron a celebrar a un restaurante. Durante la comida hubo tiempo para la camaradería, la charla y el mejor ánimo. Brindaban contentos. Todo cambió tras el segundo en que Juan Alberto le informó a Reyes Nieto que debían conformar el consejo superior y que los integrantes debían ser de reconocido prestigio académico. ¿Qué nombres se le ocurrían? Reyes

Nieto propuso a Santiago Anderson. Esto para Juan Alberto fue casi como una ofensa: primero le sobrevino la sorpresa, luego la indignación y después se opuso con fiereza. Reyes Nieto no transigió. Fue un punto de no retorno y la discusión se salió de tono. Hasta que Juan Alberto rasgó el certificado de la personería jurídica. Reyes Nieto contestó que él se retiraba del proyecto. «Fue una pelotera», recuerda Sonia. «Minutos antes la gente del restaurante nos había visto celebrar». Luego de aquella cena, Reyes Nieto y Juan Alberto Aragón jamás volvieron a conversar con la misma cercanía.

Sonia sufrió toda la pelea y las consecuencias. Esa noche, dos preocupaciones le quitaron el sueño. Una inmediata: Reyes Nieto no había firmado los cheques para pagar la prima de los colaboradores y cabía la posibilidad de que, ofendido con Juan Alberto, no los quisiera firmar en los días sucesivos. Y una a futuro: sin Reyes Nieto la sociedad perdía su capacidad de maniobra financiera. El empresario era quien siempre conseguía los préstamos para cubrir los gastos urgentes y asumir los costos de crecimiento. Pero además si la sociedad llegaba a necesitar un crédito más grande, sólo posible con un banco, la garantía de pago era la solvencia de Reyes Nieto. Perder esa garantía justo el día en que empezaban a ser una institución de educación superior era quedarse sin la fuerza de crecimiento.

Con la inmediata no hubo problema: Reyes Nieto firmó esos cheques al día siguiente porque para él era claro que tenía un compromiso y no iba fallar, como el hombre de palabra que era. La del futuro, entre tanto, obligó a la pareja a no fallar en su estrategia financiera y a entrenarse para conseguir recursos con bancos, personas naturales y entidades de crédito.

Para poner en marcha la institución lo primero fue colgar anuncios en los periódicos, principalmente en El Tiempo. Después conformaron el Consejo Superior. La estructura académica y administrativa como el reglamento, el curriculum y la bibliografía ya estaban listos. No tenían coordinadores académicos y los profesores empezarían a trabajar por hora cátedra. Los registros académicos, la recolección de notas y elabo-

ración de horarios estaban en manos de Sonia, Juan Alberto y una secretaria. En servicios generales tenían el apoyo de un portero, el encargado de las fotocopias, la aseadora y el responsable del bioterio.

A pesar de la salida de Reyes Nieto, Sonia y Juan Alberto eran optimistas. Estaban a punto de abrir las puertas de la institución universitaria que era su sueño compartido. Corría diciembre de 1981 y la casa de la sede tenía en el primer piso dos habitaciones y un hall, una cocina grande, dos patios, cuarto de choferes, baño y dos despensas. Era una casa de familia transformada en centro de estudio. Las dos habitaciones del primer piso fueron adaptadas como aulas de clase. Y las del segundo piso dieron forma a una oficina y a la rectoría.

Un mes después comenzaron a recibir estudiantes. Y para la institución las matrículas fueron una paradoja. De un lado, más de ochenta personas se inscribieron en la carrera de Psicología. Pero del otro, no llegó ninguno para la licenciatura en Procesos Educativos. Fue el éxito inicial de una carrera promediado con el fracaso de la otra.

Que un centro de educación superior que apenas empezaba reuniera en su primer día ochenta estudiantes era de celebrar. No era una cifra menor; universidades más grandes y con larga trayectoria en Psicología estaban matriculando una cifra parecida de nuevos alumnos. La notable afluencia, creía Sonia, se debía a varios motivos: primero, que los anuncios en *El Tiempo* eran muy efectivos. Segundo, que los estudiantes de los cursos preuniversitarios habían hecho correr la voz de la apertura de la institución, habían encendido la buena fama de la enseñanza que ofrecía la Konrad Lorenz y algunos de ellos habían continuado allí mismo con la carrera. Y tercero, que a Juan Alberto lo precedía su alto prestigio como docente de psicología en la Nacional, en la Pedagógica y entre los colegas con quienes había compartido proyectos en el ICOLPE.

A su turno, Sonia y Juan Alberto analizaron el vacío en la licenciatura en Procesos Educativos. Quizá el nombre era poco comprensible y de paso poco atractivo; quizá al sector académico no le urgía estudiar los procesos de la educación; quizá había que darle tiempo, uno o dos semestres más para que la gente se matriculara. «Era una licenciatura para

que los profesores mejoraran su nivel académico», explica Sonia. «Y yo fui a los colegios y conté de este programa; hablé con muchos profesores. Pero al final no se inscribió nadie».

Si bien esta situación era delicada, no era lo más grave. Desde las inscripciones de estudiantes, la institución había empezado perdiendo plata. Resulta que en los estudios de factibilidad Juan Alberto determinó que el costo de la matrícula por persona debía rondar los 36 mil pesos. Este valor había salido de los cálculos mínimos para mantener la institución. Pero el ICFES aprobó un tope de 26 mil pesos, cifra que impuso calculando el promedio del valor de las matrículas en otras universidades. Así las cosas, la institución se vio obligada a comenzar clases con un déficit financiero cercano al 30 por ciento. Y una vez transcurridos los primeros meses, el déficit ya fue un problema estructural: para empezar, no habían podido saldar la cuenta con la agencia de publicidad que elaboraba los anuncios. Y luego, no les alcanzaba para cubrir la nómina. Para continuar necesitaban al menos tres millones de pesos.

Fue una situación agobiante. Sonia sabía que si dejaban de pautar en medios de comunicación caería el número de matriculados para el siguiente semestre. Y como estaban las cosas, esa pérdida de nuevos estudiantes sería una gravísima crisis financiera que los podía dejar en la quiebra a menos de un año de haber empezado. Al mirar esta situación en perspectiva, Sonia la entendía como la materialización de aquella preocupación a futuro que la embargó la noche en que Reyes Nieto decidió no seguir siendo parte del proyecto.

Lo que terminó ocurriendo al final fue que con un pariente consiguieron prestada la mitad del dinero del déficit y con el préstamo de otro pariente se pusieron al día con la agencia y pudieron volver a publicar avisos promocionales. De esta forma, lograron mantener el ciclo de las matrículas para el segundo semestre y seguir a flote con la institución.



Juan Alberto Aragón y Sonia Fajardo Forero
1990

Los primeros estudiantes

Al culminar la jornada en la Konrad Lorenz, la vida cotidiana de Sonia y Juan Alberto también giraba en torno al trabajo. Era normal para los dos: era su pasión compartida y nunca paraban de pensar en ella. Todos los días desayunaban juntos. Algunas veces, ella salía primero para la oficina y él se quedaba escribiendo hasta media mañana, hora en que llegaba su turno para ir a la institución. Pero al final de la jornada, casi siempre se devolvían caminando para su apartamento situado en la calle 113 con carrera 20, unas cincuenta cuadras, lapso durante el cual charlaban, veían algunas vitrinas y soñaban el futuro de la Konrad Lorenz. «Era más lo que soñábamos que lo que sufríamos», recuerda Sonia.

Desde el punto de vista académico, la carrera de Psicología estaba tomando muy buen impulso. La primera cohorte parecía estar satisfecha pues en el voz a voz hablaban bien de los profesores y del contenido de las asignaturas. En aquel tiempo, Psicología tenía un ciclo básico de primero a séptimo semestre y los estudiantes podían escoger entre profundizar en psicología clínica o psicología organizacional.

Una de las primeras estudiantes fue Maritza Sandoval. A la Konrad Lorenz llegó por sugerencia de su mamá: «Un día mi mamá me dijo muy emocionada que había pasado por una nueva universidad y que había entrado y le habían encantado las instalaciones y se había sentido muy bien atendida». Y como Maritza no tenía planes fijos apenas se graduara de bachiller, aceptó la sugerencia.

Cada uno de los estudiantes debía pasar por una entrevista. La de Maritza fue con los profesores Carlos Pereira y Hernán Escobedo, «un señor igualito a Einstein, con el pelo así loco y con gafas redondas». Le preguntaron ideas generales sobre Freud, el papel de la psicología y algunos de sus intereses personales. Aunque no era una entrevista que pretendía corchar, si buscaba exigir las respuestas, indagar por la formación y el conocimiento previo con que llegaba el aspirante. En principio, Maritza creyó que no había contestado con suficiencia. Pero luego se dio cuenta de que había sido admitida.

Entró a la jornada diurna, de 7:30 a.m. a 1.00 p.m., y su salón tenía 32 estudiantes. «Aunque al terminar ese primer semestre sólo quedamos unos 23». Desde el primer día de clase, Maritza comenzó a ver que su rutina era «lo más parecido a estudiar en un colegio». No había sentido la ruptura o el cambio abrupto; mucho más curioso en su caso porque venía de un colegio con instalaciones enormes y campo abierto. «La Konrad era otro colegio, pero uno donde los profesores sí eran amables contigo, nadie te gritaba ni te llamaba por tu apellido; todos te conocían por el nombre».

Para ella y varios compañeros más era entrañable el hecho de que Juan Alberto Aragón, como rector, saludara a los estudiantes uno por uno y les preguntara por las clases, por sus intereses profesionales, por los profesores, por todos los detalles del mundo universitario. Sentían que la institución se preocupaba honestamente por su formación.

«La Rectoría funcionaba en el segundo piso. Y detrás de la casa quedaban la cafetería, la biblioteca y una mesa de ping-pong. La biblioteca era absolutamente divina: en madera y tenía los libros del doctor Aragón. Todos estaban subrayados en amarillo y con sus anotaciones al lado. Entonces uno iba a leer para una clase y con esos subrayados y comentarios uno ya tenía los apartes más pertinentes del mundo».

La vida académica de Maritza y de sus compañeros era muy productiva porque todos estaban dedicados a aprender la carrera. Y como el espacio de la sede era tan pequeño, los estudiantes no podían salirse de clase sin que se notara. «Era inevitable en algún momento encontrarse con Sonia o con el doctor Aragón. Y aunque suene a cliché, los estudiantes y los directivos de la Konrad éramos una familia. Prácticamente, Sonia Fajardo adoptó a todos los estudiantes de las cuatro primeras promociones: sabía nuestros nombres completos, conocía a nuestros padres y estaba pendiente de nosotros en todo momento».

Era un ambiente especial. En la Konrad Lorenz reinaba una atmósfera de exigencia académica y respeto por el conocimiento y la ciencia. Maritza recuerda que en segundo semestre tuvo clases con el profesor Carlos Ruiz, un PhD en matemáticas. «Si un estudiante perdía un parcial



Espacio de bienestar, primera sede
Semana cultural
1983

con él, lo llamaba a su oficina y le preguntaba punto a punto por qué se había equivocado si todo lo habían visto en clase. Era un regaño, pero era retroalimentación». El profesor Ruiz marcó su época: los estudiantes en general observaban que sus clases eran como «poesía» porque él iba llevando el relato como un recorrido lúdico por las matemáticas con una voz hipnótica. Era riguroso: a su entrada al salón los estudiantes debían estar sentados y a quien se distrajera o durmiera en la clase le lanzaba un pedazo de tiza. Sus explicaciones eran sobre un papelógrafo con marcadores de colores y los estudiantes siempre se llevaban las hojas con las anotaciones.

Los grupos también eran especiales. En el curso de Maritza había gente de todas las edades. Ella recuerda a una mujer que en ese entonces tenía 42 años mientras que el promedio rondaba los 20. Eran de todos los estratos y venían de distintas partes de la ciudad. La mayoría eran mujeres, pero había uno que otro hombre. Las mujeres, sobre todo, eran tremendamente competitivas. «Era una institución en la que todos estudiaban con todos, tanto los que no tenían muchos recursos económicos como los que sí. Era un espacio bastante democrático». También cohabitaba la diversidad ideológica: unos estudiantes de izquierda, otros de derecha, pero nadie hacía proselitismo político dentro de la institución sino que expresaban sus afinidades con uno u otro partido o con una u otra escuela ideológica. «Y una cosa muy importante: cero religión».

Maritza ocupaba los espacios de descanso entre clases —los huecos— jugando ping-pong con sus compañeros. Y con estudiantes de otras regiones, como con los costeños, se la pasaba cantando. «El tiempo se me iba volando». Se podía fumar dentro de los salones, pero por respeto algunos estudiantes solamente lo hacían en los pasillos. Maritza y sus amigos pasaban mucho tiempo en la cafetería porque era un lugar propicio para estudiar.

Celebraban el día del profesor con muchas actividades, entre ellas unas imitaciones teatrales que los estudiantes preparaban de sus profesores y que divertían a todo el mundo. «Por eso digo que era como un colegio: colegio universitario Konrad Lorenz. ¡Pero en la noche eso sí era

universitario! Éramos espantosos, toda la universidad rumbeaba parejo y el 85 por ciento de los estudiantes rumbeábamos en el mismo sitio».

En junio de 1982 se matriculó la segunda cohorte de estudiantes primíparas. Uno de ellos era Claudia Caycedo. Una adolescente de 17 años que había escogido la Psicología por encima de la Medicina, tras haber cursado un premédico. Llegó a la Konrad Lorenz luego de que su mamá le hubiera dicho que fueran a mirar una nueva institución de educación superior en la que un semestre antes se había matriculado la hija de una amiga suya. Y para ese momento, aquella estudiante hablaba muy bien de la institución, que estaba aprendiendo mucho y que tenía muy buenos profesores.

Claudia y su mamá fueron, vieron, conocieron las instalaciones y se llevaron la misma impresión que se llevaban los aspirantes: era un lugar para la academia universitaria y el conocimiento. «La universidad de ese entonces era una casita muy pequeña con una cafetería más o menos grande. Había muchas puertas hechas en vidrio y madera; al lado había un pequeño patio donde se hacían los eventos culturales, como fogatas o lecturas de poesía. La biblioteca también era un espacio sumamente importante y recuerdo que muchos de los libros eran del doctor Aragón. Yo podría resumir aquel espacio con dos palabras: interesante y rico».

El grupo del que formaba parte Claudia Caycedo estaba compuesto por 25 estudiantes entre los que había personas llegadas de otras universidades con semestres cursados en carreras como la de Pedagogía. Por eso algunos compañeros eran mucho mayores que ella. Y como ya había sucedido con los primeros matriculados, en esta cohorte también había diversidad de estratos socioeconómicos y de posiciones políticas.

También había tiempo para la fiesta. La institución y los horarios lo permitían; la misma Sonia lo incentivaba pero de manera responsable. Claudia recuerda que en su salón había dos costeños «y en las fiestas se escuchaba vallenato hasta el amanecer. Incluso esos estudiantes le cantaban serenatas a Sonia. La pasábamos muy bien, tanto en los eventos organizados por las directivas como los que organizábamos nosotros».

En segundo semestre los estudiantes recibían clase de Juan Alberto Aragón. Se llamaba Lógica de la ciencia. «Lo recuerdo cogiéndose las gafas y fumando mientras explicaba un tema científico o filosófico», dice Claudia Caycedo. «Siempre muy bien vestido, con un humor fino e inteligente». Aragón consideraba esa asignatura como elemental y necesaria para comprender la importancia de la ciencia para el ser humano. «También lo recuerdo en su oficina de rector, dando lecciones para la vida de forma amable y cariñosa. Hablábamos de muchos temas, él sabía prácticamente de todo. Hablábamos de fútbol y nos la llevábamos sumamente bien en eso porque los dos éramos hinchas de Millonarios». La Rectoría era una oficina de puertas abiertas para estudiantes que podían considerarse como unos verdaderos privilegiados. Aparte, Juan Alberto Aragón también extendía tutorías para quienes tuvieran problemas con algunas clases o con temas específicos.

Junto con Maritza y dos o tres compañeros más, Claudia formó un grupo de estudio para acercarse a otras posturas de la Psicología. Leían a Freud y a Lacan. Era un mecanismo de la curiosidad intelectual, quizá como una reacción a la línea científico experimental de la Konrad Lorenz. Desde su entrada a primer semestre, Claudia se sintió muy cómoda con el enfoque académico de la Psicología que proponía Juan Alberto Aragón. La actitud de siempre estar con la «necesidad de la evidencia» completaba el sentido de una carrera conectada con el conocimiento científico. Este enfoque, contrario a lo que se temía, enganchó a la gran mayoría de estudiantes: a todos les gustaba el criterio de la carrera rigurosa, metodológica y estructurada. También les resultaba muy seductor pasar tiempo en los laboratorios. Claudia podía ocuparse una jornada completa en la Caja de Skinner.

Así como ellas dos, muchos estudiantes se dieron cuenta desde muy temprano que habían elegido la institución correcta para estudiar Psicología. Juan Alberto Aragón irrigaba su entusiasmo sobre el grupo, su fe en el método y la comprobación. Con su carisma, envolvía a los estudiantes y los hacía sentir parte de algo importante, de una escuela de psicología que estaba abriendo camino en el país. Para Claudia Caycedo fueron



Evento cultural en la mansarda,
primera sede
1979 - 1984

determinantes las conversaciones que sostuvo con Aragón por fuera del aula. «Eran sobre filosofía, sobre política, sobre temas académicos. Pienso que esas charlas inclinaron mi formación». Con Maritza estas charlas sucedían al menos una vez por semana. «Hablábamos de Psicología o me daba pequeños regaños por una que otra pequeñez. Por eso digo que yo fui formada por él y lo llegué a considerar como un padre para mí»

El enfoque

Durante esos dos primeros años de funcionamiento la Konrad Lorenz pudo haber pasado desapercibida por las universidades más tradicionales, pero sí alcanzó a despertar la inquietud de no pocos programas de Psicología sobre todo porque corría la voz de que lo que enseñaban ahí dentro era una corriente conductista. «Era notorio el hecho de que se hubiera abierto un programa que aspiraba a ser una escuela netamente científica, que quisiera cumplir los estándares académicos de otras escuelas del mundo», dice el doctor Rubén Ardila.

Para Juan Alberto Aragón ser escuela implicaba ser mucho más que una facultad o tener un grupo de pregrados relacionados con la psicología. Implicaba reunir todo lo importante de la disciplina: doctorados, maestrías, especializaciones, carreras básicas, desarrollo tecnológico, trabajos interdisciplinarios, publicaciones especializadas como revistas y libros, y una sólida estructura de investigación científica y académica. Todo ello, con el fin de generar conocimiento para mejorar la calidad de vida de los individuos.

Y como todavía abundaban las posturas casi ideológicas contra el perfil científico experimental, un sector no pequeño de profesionales veía en la propuesta de la Konrad Lorenz un modelo reduccionista que limitaba la conducta humana a la ecuación estímulo —organismo— respuesta. El ataque más común contra este tipo de psicología no dejaba de ser rastreo: según la línea más conservadora del psicoanálisis local los científicos experimentales de la Konrad Lorenz sólo se preocupaban por las ratas.

Pero al mismo tiempo, otro sector de académicos y profesionales venía dándole aire a la ciencia de la psicología desde la mirada experimental por lo que fundaron la Asociación de Análisis y Terapia del Comportamiento. Una reunión de expertos e interesados en profundizar y debatir las teorías que intentaban esclarecer con evidencia fáctica las razones de la voluntad humana. Su primer presidente fue el doctor Leonidas Castro Camacho, doctor en Psicología de la Universidad Estatal de Nueva York y uno de los principales investigadores colombianos en psicología clínica y del comportamiento. Los encuentros de la Asociación giraban no sólo en torno al conductismo de B. F. Skinner, sino que también trabajaban las teorías que procuraban mostrar las relaciones entre la biología y la personalidad del ser humano sobre todo con autores como Hans J. Eysenck y Jean Piaget.

Por supuesto, la Asociación encontró un aliado académico en la Konrad Lorenz y fueron varias las jornadas con invitados internacionales que se efectuaron en sus salones de clase. De hecho, uno de los libros que Juan Alberto Aragón había estudiado a lo largo de muchos años y que junto con otros usó como fundamento para la creación de la malla curricular del programa de psicología es Fundamentos Biológicos de la Personalidad, de H. J. Eysenck —la edición en español que en aquellos años leyó Juan Alberto aún se encuentra en la biblioteca con todos los subrayados y comentarios al margen de su puño y letra—.

Como la licenciatura en Procesos Pedagógicos no arrancaba porque nadie se interesaba en estudiarla, la Konrad Lorenz fue definiéndose como una institución monoprofesional. Para Sonia y Juan Alberto, entonces, era prioritario que la carrera de psicología fuera erigiéndose como una versión muy distinta de la que ofrecían otras universidades. Una versión cimentada en la metodología de la investigación que profundizaba en la psicología científica. «En las demás universidades se enseñaba un poco de todos los pensadores», explica Sonia, «desde Freud hasta Piaget; también, Skinner. Pero no se profundizaba en ninguno y menos en el conductismo».

Por esa época, además, comenzó a difundirse la enseñanza y aplicación de la psicología por «Orientaciones» u «Orientación», un enfoque



Máquina de escribir donde el Dr. Juan Alberto Aragón escribió el estudio de factibilidad que dio origen a la Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

1979 – 1980

surgido en Estados Unidos que situaba la psicología en un camino aparte del que recorrían las profesiones dedicadas al tratamiento de graves trastornos emocionales —como la psiquiatría y la psicología clínica— y las que acompañaban a una persona en asuntos sociales —como el trabajo social—. Para la Orientación el trabajo con una persona —a quien podían llamar «paciente» o «cliente»— debía dedicarse a la prevención de problemas mentales severos por medio de la educación y tratamientos de corto plazo.

«Juan detestaba esa manera de enseñar y ver la psicología», continúa Sonia. «Él consideraba que la psicología es un hecho de la ciencia, no de orientaciones. Un teórico como Piaget, que desarrolló unos estudios con respaldo en el método científico es muy válido para nosotros. No es que nosotros seamos conductistas solamente, sino que aceptamos todas las teorías que tengan el método científico como columna vertebral».

Juan Alberto Aragón estructuró las asignaturas y su contenido sobre esta base. A grandes rasgos el currículo estaba compuesto por unas materias básicas de psicología general, sensación y percepción, aprendizaje, lenguaje, motivación—emoción, un componente de estadística, otro de biología y uno en investigación.

De entre el resto de programas de psicología ofrecidos en Bogotá, el que más similitud guardaba con el de la Konrad Lorenz era el de la Universidad Católica. En aquella institución Carlos Pereira, uno de los más aventajados discípulos de Juan Alberto Aragón, era docente de planta y hay que recordar que Aragón había laborado allí mismo como catedrático. Pero tal enfoque del programa se debía, principalmente, a uno de los más respetados académicos de la psicología colombiana: el doctor José Antonio Sánchez. Entre otras cosas, Sánchez había sido decano de la facultad de Psicología de la Universidad Javeriana y luego el fundador de la facultad de Psicología en la Católica, y posteriormente el de la Universidad del Bosque.

Desde que se conocieron, Juan Alberto y José Antonio Sánchez encontraron muchas afinidades académicas e intelectuales. Podían gastar horas conversando sobre un tema en concreto. Aragón le consultaba sobre

procesos comunes en una facultad de psicología. Y eran frecuentes las charlas sobre el destino académico de la institución.

La apuesta por la enseñanza de la psicología científico experimental obligaba a la Konrad Lorenz a desarrollar de una manera más estratégica dos componentes académicos: el conocimiento matemático y las pruebas en laboratorio.

En cuanto a las matemáticas, la Konrad Lorenz tenía al profesor Carlos Ruiz. Como se dijo líneas atrás, una eminencia, PhD en matemáticas y uno de los maestros más queridos por los estudiantes. También trabajaba un joven profesor llamado Carlos Ramírez, que había sido contratado por la institución en los días en que sólo operaba como instituto de preuniversitarios. Ramírez, magister en Física, comprendió que su trabajo debía dotar de sentido a las matemáticas para el conocimiento de la psicología: tanto los ejercicios de medición como los instrumentos de aplicación de los resultados debían ser pensados desde el fundamento de la psicología.

Así mismo, la implementación de los laboratorios y su entramado con el currículo se sustentaba desde la base del método: prueba -ensayo-error. Juan Alberto sostenía que todo el conocimiento sobre el cual debía cimentarse la formación de los estudiantes debía partir de los hechos, de la evidencia. «Hagamos ciencia desde la mirada experimental», solía decir. Por eso proponía que el laboratorio fuera el lugar para que el alumno iniciara sus primeros experimentos, desarrollara sus propias preguntas y generara conocimiento. En el laboratorio, el estudiante podía replicar experimentos clásicos y comparar resultados, y podía observar el proceso de algunos experimentos planteados por investigadores avanzados. «La idea ha sido mostrarle al estudiante que existe un nexo entre el laboratorio típico de investigación experimental pura (con ratas en condiciones de control máximo) y lo que puede ocurrir con la conducta humana», explica el psicólogo Jim Walters, docente actual del programa y uno de los aprendices intelectuales de Aragón.

Sin embargo, montar un laboratorio requería de infraestructura y materiales, es decir: dinero y acceso a la tecnología. Muy al principio, el laboratorio de la Konrad Lorenz era tan modesto como el de cualquier

otra universidad colombiana del momento. Era para el análisis del comportamiento y estaba dotado con una Caja de Skinner, marca Colburn, que Sonia había importado directamente del fabricante en Estados Unidos. También, contaba con un bioterio básico para cuidar la vida de los roedores.

Cuando la población estudiantil creció para el segundo semestre de 1983, una sola Caja de Skinner no dio abasto. Pero tampoco había plata para mandar a traer más. Sonia, entonces, le preguntó a Ricardo Jiménez, empleado auxiliar de la institución, hábil para elaborar manualidades, si se sentía capaz de fabricar una caja de esas tomando como modelo la importada. El joven la detalló, tomó fotos y dijo que sí.

—Haga diez— le pidió Sonia. La institución le dio los materiales y a los días Jiménez las trajo con los interruptores eléctricos. A Sonia sólo le restó comprar contadores manuales de respuesta y cronómetros.

También, para ese segundo semestre de 1983 la institución trajo el primer computador con programas y juegos para realizar mediciones de cognición. Con los laberintos y la Caja de Skinner los estudiantes tenían acceso a pruebas de psicología clínica. Y con el computador, a pruebas de lenguaje y pensamiento. El responsable de guiar estas pruebas y conducir el aprendizaje de los estudiantes era el psicólogo Hernán Escobedo. Un joven brillante que había sido discípulo de Juan Alberto Aragón en clase de Lógica de la ciencia en la Universidad de los Andes.

Para esa misma época, la institución comenzó a vincular a mucho más personal en el área administrativa y en la académica.

Como apoyo a Sonia en la dirección administrativa, Juan Alberto llamó a Misael López quien trabajaba en la Universidad de la Salle y poseía amplia experiencia como administrador de instituciones de educación superior. La Konrad Lorenz no le podía pagar más o la misma cantidad que ya percibía, pero acordaron que iría de 6 de la tarde a 8 de la noche a dar una ronda por algunos de los trámites que hubieran tenido lugar durante la jornada. Sin asumir funciones mayores que le seguían correspondiendo a Sonia.

También fue creado el cargo de Decano de Psicología como una oficina aparte de la Rectoría. En adelante, Juan Alberto se dedicaría a ser el rector y fijar su mirada en la planeación a futuro de la institución. Para la decanatura, primero contrataron al padre Mateo Mankeliunas. Lituano y de notable trayectoria en la facultad de Psicología de la Universidad Nacional. Mankeliunas contaba con un enorme prestigio como investigador y académico. Con él como decano, Aragón pretendía enviar la señal de que la institución trabajaba con los mejores. Tiempo después asumió este cargo la doctora Blanca Victoria Barrientos de Angarita.

La doctora Barrientos había sido estudiante de Juan Alberto Aragón en la Universidad Nacional y conocía la institución desde el momento mismo de su nacimiento. Había sido una de las evaluadoras enviada por el ICFES para la visita previa a la aprobación de los estudios de factibilidad. Juan Alberto la admiraba y respetaba como académica. Otro que también fue vinculado paulatinamente fue el profesor Carlos Pereira. Juan Alberto lo llamó para que a partir de julio de 1983 dictara un módulo de Análisis experimental del comportamiento a los estudiantes de la primera cohorte que en ese momento entraban a cuarto semestre. Con el tiempo, Pereira fue recibiendo más y más carga académica hasta que la institución pudo ofrecerle un contrato como profesor de planta. Pereira lo pensó poco: renunció a su puesto en la Universidad Católica y aceptó el ofrecimiento. «Cuando Juan Alberto me invitó a que me viniera del todo para acá me dijo: “Esto es exactamente lo que hemos buscado, estas son las condiciones para hacer nuestro proyecto. Para hacer lo que queremos”. Y así fue: el Lorenz me dio las condiciones que necesitaba para desarrollar mi proyecto académico. Por eso aquí es donde me siento desarrollado profesionalmente. Es el logro de todos nosotros en la lucha contra la corriente de esos años».

La mudanza

Una de las grandes ventajas de la Konrad Lorenz en ese tiempo fue la carrera de Psicología en jornada nocturna. Si las primeras cohortes



Patio de la segunda sede
1984 – 2006

diurnas eran de personas de diversas edades, ocupaciones, filiaciones políticas y estratos socioeconómicos, la jornada de la noche mantenía esa variedad y le añadía que casi todos eran padres de familia, gente que debía trabajar en el día.

El doctor Elvers Medellín era un joven de 21 de años, oficinista bancario y papá de un hijo de brazos cuando se matriculó en la Konrad Lorenz, en julio de 1983. Durante el tiempo en que estuvo buscando un lugar para estudiar Psicología sólo sabía de la Católica, pero le quedaba imposible: las clases de la nocturna comenzaban a las cinco de la tarde, hora en que él todavía estaba en la oficina.

Luego de haber desistido de la búsqueda, se encontró con una vecina en el barrio Castilla, al sur de Bogotá. Ella le contó que había empezado Psicología en un nuevo centro de educación superior llamado Konrad Lorenz que no tenía las instalaciones más cómodas —le dijo que quedaba en una «casita»—, pero que a ella le parecía una buena institución. Elvers se dirigió a las oficinas del ICFES para preguntar por la Konrad Lorenz. ¿Era confiable matricularse allí? En el ICFES le dijeron que en efecto era un centro nuevo y con un buen proyecto académico. «No dude en matricularse en la Konrad Lorenz. Es una institución que muestra solidez académica y financiera».

Elvers fue a la «casita» y se inscribió, se sometió a los exámenes necesarios y se presentó a la entrevista con Juan Alberto Aragón. Hablaron de matemáticas financieras y de sus intereses al cursar la carrera de Psicología. Al final, Juan Alberto le dio la bienvenida y le recomendó que siguiera profundizando en el estudio de las matemáticas financieras.

Hoy recuerda haber asistido a clases junto con otros cincuenta estudiantes en la buhardilla de la casita. «Teníamos profesores de gran prestigio que le daban mucha calidad a las clases y renombre a la institución. Esto lograba suplir las incomodidades de las instalaciones. Pero hay que decir también que el hecho de que las instalaciones fueran pequeñas y nos tocara un poco apretados no afectaba para nada el buen ambiente universitario: había un aire de camaradería entre los estudiantes y un ambiente de seguridad académica. Todo en un entorno familiar».

Para finales de 1983, la población estudiantil de la Konrad Lorenz se había triplicado: de ochenta matriculados en la primera cohorte había pasado a tener poco más de doscientos. Y la estimación para el primer semestre de 1984 es que la cifra iba a aumentar a cuatrocientos. A todas luces, un crecimiento sostenido.

Ante la expectativa, Sonia y Juan Alberto empezaron a buscar una nueva sede. Aunque había casas en arriendo en las cuadras aledañas que por su tamaño y precio resultaban una buena oportunidad, de cara al futuro era mejor conseguir una sede que pudiera llegar a ser propia. Juan Alberto estaba determinado a que la institución se hiciera a un espacio propio; Sonia lo seguía pero se angustiaba al pensar que no tenían fondos para un proyecto de tal tamaño. «¿De dónde vamos a sacar para comprar algo así?», inquietada, se repetía ella. Sin embargo, Sonia le propuso a los estudiantes que ayudaran a buscar casas para la nueva sede y tenían tan arraigado el sentido de pertenencia con la universidad que la mayoría se puso manos a la obra.

Fue una estudiante llamada Patricia Omaña quien le habló a Sonia de una casa en la calle 77 con carrera 11, en toda la esquina, que se antojaba como óptima. Era ostensiblemente más grande que la sede que tenían y estaba situada frente al parque Benito Juárez.

—Una bella zona de árboles altos y frondosos, con prados pulidos y caminos en cemento—. De estilo inglés, ofrecía un enorme patio exterior y elegantes acabados interiores.

Con los dueños, la institución firmó un contrato de arrendamiento con opción de compra y antes de iniciar la mudanza Sonia llevó a varios estudiantes para que vieran la nueva sede y dieran su opinión. En general, el grueso de los estudiantes sintió este gesto como un vivo acto de respeto: les significó que el proyecto en conjunto de la Konrad Lorenz era real; las directivas no actuaban de manera aislada y autoritaria sino que involucraban a la comunidad estudiantil en muchas de las decisiones.

El traslado a una sede más grande despertó mucha alegría y optimismo entre el alumnado. «Fue como la emoción que uno siente cuando los papás compran casa nueva y toda la familia se muda al mismo tiempo»,

dice Maritza Sandoval. Y el trasteo fue anecdótico: Sonia pidió a los estudiantes y al personal que cada quien cargara los objetos de los salones, del laboratorio, de las oficinas, de la cafetería y de la cocina. «Y nos íbamos caminando en fila desde la casita hasta la nueva sede cargando las cajas. Fue como un paseo muy divertido». En la infraestructura, este fue el primer gran paso de la institución y marcó un hito en la conciencia de los estudiantes, de los docentes y del personal administrativo. Corría 1984. Era la prueba inobjetable de que el proyecto avanzaba con éxito. La nueva casa prometía once aulas de clase, una oficina para la rectoría con sala de juntas, otra para la decanatura, una más para registro académico, un espacio para el consultorio médico y otro para el laboratorio. Tenía lugar para la biblioteca con fotocopidora y un cómodo y aireado rincón para la cafetería. La casa eran tan grande que Sonia recuerda momentos en que uno que otro profesor o un estudiante se perdía dentro de ella.

La institución había pasado de pagar 90 mil pesos de arriendo a 360 mil —suma que al cambio de hoy puede equivaler a 11 millones de pesos—. Dicha cuota fue cubierta durante un semestre, momento a partir del cual Juan Alberto volvió a insistir con la idea de que no podían seguir pagando un arriendo tan cuantioso sino que debían hacer el esfuerzo por comprar la casa. Una tarde la pareja se entrevistó con la dueña. Querían saber el precio de venta del inmueble y proponer un negocio. La dueña les pidió 35 millones de pesos. Juan Alberto le salió al paso: dijo que se la podía pagar en nueve cuotas semestrales, con el 2 por ciento de interés, pero teniendo en cuenta que la novena cuota sería la de los intereses acumulados. La dueña estuvo de acuerdo. Más tarde, ya en la oficina, Sonia le hizo ver a Juan Alberto que la institución ni siquiera tenía para costear la primera cuota. Él le contestó, simplemente, que habría que pedir un crédito en el Banco de Colombia. Como ese banco le había prestado a la institución en ocasiones anteriores y había comprobado que las directivas eran cumplidas con los pagos, concedió ese nuevo crédito.

«Era una sede muy amena porque no sólo el interior era lujoso y bonito, sino que quedaba al frente del parque Benito Juárez», dice Sonia. «En ese parque los estudiantes tomaban sol, pasaban el rato. Ahí fuimos

felices un buen tiempo. Pagábamos nuestras deudas, seguíamos trabajando y la Facultad de Psicología siguió adquiriendo gran prestigio». Al final y gracias a un manejo impecable y óptimo de las finanzas a cargo de Sonia, la institución terminó de pagar la casa en 1986, justo por los días en que asesinaron al director del diario El Espectador, don Guillermo Cano.

En ese mismo tiempo, la doctora Gloria María Berrío sucedió a la doctora Barrientos en la decanatura. Berrío venía de ser coordinadora académica en la Universidad Católica, la mano derecha del doctor José Antonio Sánchez. Nunca antes había escuchado los nombres de Sonia Fajardo o Juan Alberto Aragón y a su llegada a la Konrad Lorenz se encontró con varias sorpresas. Primero notó que los trámites administrativos y académicos eran «muy manejables y todo pasaba al instante»; distinto a la forma en que muchos de estos procesos se llevaban a cabo en las otras universidades en que ella había laborado. Con Sonia al frente todo era inmediato, pues lograba que la institución estuviera engranada de manera exacta. «Juan Alberto era una persona muy cálida, muy querida, muy segura» dice.

«Era muy estricto, pero claro: él sabía para dónde iba, qué era lo que se necesitaba, sabía la ruta del crecimiento institucional». Una segunda sorpresa fue el alto nivel profesional de los comités académicos. Y una tercera fue la constante interacción con los estudiantes.

«Como la institución solo tenía tres pisos, la gente se encontraba en todos lados». En conclusión, haber entrado a esta institución le prometía una experiencia enriquecedora.

En su decanatura, Berrío implementó un sistema más ágil y rápido de solicitudes o requerimientos de los estudiantes para con la Facultad. Para ella, los profesores de la Konrad Lorenz no eran muy distintos a los de otras facultades. «Las cargas de clases estaban bien distribuidas y la calidad docente era buena», observa. «Nunca me tocó ni llamar ni poner a ningún profesor nuevo porque la Konrad estuviera mal de docentes. Juan Alberto lo tenía todo muy claro y había contratado a gente muy capaz».

Segunda sede principal
1984 – 2006



Sin embargo, para cualquier decanatura la relación con los profesores era de ida y vuelta: siempre tocaba llamarle la atención a uno que otro rezagado. En aquellos años como ahora, muchos de los docentes de Psicología contratados por hora cátedra laboraban al mismo tiempo en varias universidades. Y entre todos iban propagando impresiones sobre las instituciones y sus jefes, que con el voz a voz se iban convirtiendo en prejuicios, una veces, y en certezas, otras veces.

Una de las más comentadas sobre la Konrad Lorenz señalaba que Juan Alberto Aragón era muy exigente con los profesores. Tanto como en ninguna otra universidad un rector lo era con los suyos. Gloria María Berrío recuerda que una expresión usada por Aragón era «hora nalga» y la usaba para aclarar que los docentes debían pasar tiempo en sus oficinas ya investigando, ya atendiendo, ya calificando parciales. Debían permanecer dentro de la institución durante su horario laboral y siempre estar dispuestos a recibir estudiantes.

A lo largo de 1986, la Konrad Lorenz debió acoplar la carrera al mercado laboral. La primera promoción de matriculados pasaba a noveno semestre y los que se habían decidido por la práctica en psicología clínica debían aprender la atención a pacientes. Entre tanto, los que habían optado por la psicología organizacional estaban siendo vinculados por empresas e instituciones.

El tiempo dedicado a las prácticas era de tres semestres. Comenzaba en octavo y finalizaba terminando décimo. Los estudiantes se graduaban con una casi especialización en psicología clínica o en psicología organizacional. Debido a esto, muchos empleadores consideraban a los egresados de la Konrad Lorenz muy buenos profesionales. Desde esos días hasta ahora la carrera implementó a unos supervisores de prácticas cuyo trabajo ha sido el de visitar a las posibles empresas que emplearán a los estudiantes para realizar un diagnóstico del lugar —un balance entre carencias y virtudes— y concluir si tal o cual empresa es óptima para que el estudiante se dedique de lleno a practicar lo que aprendió.

Para los que siguieron el área clínica, la institución abrió el Centro de Psicología Clínica, CPC, en una sede distinta situada en la calle 70

con carrera octava. La encargada de dirigirlo fue la doctora Gloria María Berrío. «Era un centro en el que los estudiantes atendían pacientes, recibían clase, consultaban casos con sus profesores y hacíamos reuniones para estudiar algunos casos». Y para los de la línea organizacional, la Konrad Lorenz les posibilitó la entrada a empresas del sector privado. Fue tan bueno el desempeño en el área organizacional de la mayoría de egresados que las empresas no tardaron en demandar más personal y comenzaron a extender las funciones de estos psicólogos hacia tareas de administradores de empresas.

Ante esta inesperada consecuencia, el Consejo Académico de la institución empezó a discutir la posibilidad de crear un programa de Administración de Empresas. Uno de los argumentos a favor consistía en que de no hacerlo habría que fortalecer el conocimiento financiero y administrativo de los psicólogos organizacionales, lo que podría distorsionar el perfil profesional. Y uno de los puntos que más se debía discutir era el hecho de que si se abría un segundo programa la institución dejaría de ser monoprofesional. ¿Cuál sería el resultado? ¿Qué se podía esperar de cara al futuro? ¿Perderían credibilidad como escuela de Psicología si empezaban a ofrecer carreras de otra índole? O por el contrario ¿crecerían como institución de educación superior? Eran preguntas para las cuales no tenían respuestas exactas. Lo que sí sabían era que si estructuraban un programa de Administración de Empresas debía ser novedoso y atractivo.

Al asumir la dirección del CPC, la doctora Berrío había renunciado a la decanatura. En su reemplazo, Juan Alberto Aragón vinculó al doctor José Antonio Sánchez. Para la Konrad Lorenz la llegada del doctor Sánchez fue un paso adelante en el desarrollo de la carrera. De un lado, Sánchez tenía la misma convicción de Aragón de abandonar los reduccionismos que pretendían situar a los psicólogos en algún extremo —o psiconalista o conductista— por el escueto afán de reducir la incertidumbre en la fundamentación del conocimiento. Del otro, Sánchez se definía como alguien que intentaba estar «en todos los estados del conocimiento, no en un ismo, sino en los diferentes momentos históricos, siempre intentando

aprender de todos los esfuerzos y entrar en nuevas lecturas de todas las escuelas de las epistemologías contemporáneas».

De la mano de Sánchez, el contenido de algunas asignaturas fue incorporando teorías y sistemas de pensamiento de filósofos como Karl Popper, Thomas Kuhn, Lakatos y Larry Laudan. Y al enfoque científico experimental de toda la carrera se le fueron agregando matices de la teoría de la evolución, es decir, de la biología. A José Antonio Sánchez también le parecía indefendible que la Psicología estuviera en una misma facultad de ciencias humanas junto con Historia o alguna parecida, como si se le pudiera aislar del conocimiento científico y no estuviera emparentada con las ciencias básicas.

Los primeros egresados

Tras la graduación de los estudiantes de la primera y segunda promoción, a lo largo de 1987 y 1988, la Konrad Lorenz comenzó un proceso de retroalimentación. Varios de los nuevos profesionales fueron vinculados laboralmente.

Claudia Caycedo fue contratada como profesora de hora cátedra para la clase de Desarrollo infantil. Desde antes de su graduación, Claudia venía desempeñándose como monitora del profesor Carlos Pereira, especialmente en la clase de Análisis experimental del comportamiento. Así que cuando firmó como docente ya estaba acostumbrada a liderar grupos de estudiantes y guiar el trabajo académico.

Por su parte, Maritza Sandoval estuvo como docente en la Universidad Santo Tomás y luego la llamaron de la Konrad Lorenz para que dictara la cátedra de Psicología del desarrollo. A partir de 1989 comenzó a ocupar cargos administrativos en el área de Evaluación y luego en el Centro de Investigaciones.

Tanto Claudia como Maritza habían sido estudiantes ejemplares, muy dedicadas al conocimiento y al debate de ideas. Juan Alberto Aragón reconocía en ellas calidad intelectual; ambas se sentían depositarias de la psicología científica experimental enseñada en la institución. Y eso,

a finales de los ochenta y principios de los noventa, quería decir que debían someterse al escrutinio del sector más tradicional de la academia. Gente del medio, aun en ese tiempo, calificaba a los egresados konradistas como conductistas proyanquis y les endilgaban estar de acuerdo con la manipulación social a partir de los sistemas de incentivo y de refuerzo, de estar de acuerdo con la alienación, de todo lo que el enfoque culturalista consideraba un aparato ideológico de la derecha. «Me tocó aguantar mucha agresividad e insultos», dice Maritza Sandoval.

Más adelante, Claudia Caycedo también se encargó de trabajos administrativos y recuerda que en varias reuniones con otras universidades le decían que los profesores y el método de la Konrad Lorenz eran para «cuadrículados». Alguna vez le preguntaron medio en broma medio en serio si en esta institución sólo escogían a estudiantes que tuvieran un trastorno obsesivo compulsivo. Y claramente no, pero Claudia se dijo en silencio: «A mí me encantan las personas obsesivas porque en el fondo son sumamente organizadas y eso facilita llevar a cabo los proyectos».

Otro que también fue vinculado como docente una vez se graduó fue Elvers Medellín. De haber sido un empleado bancario pasó a ser un psicólogo de investigaciones en el IPLER y docente catedrático en la jornada de la noche de la Konrad Lorenz. Elvers había sido uno de los mejores estudiantes de su grupo y siempre había mostrado temple laboral. así que las directivas no lo dejaron ir. Las primeras materias que dictó fueron Introducción a la Psicología y Psicometría. En esta última, Elvers nadaba a su placer porque le permitía usar el conocimiento matemático y la rigurosidad metodológica aprendidas en su vida bancaria para ponerlas en función de la enseñanza de la carrera.

Los egresados comenzaron a renovar y vitalizar el ritmo de la Konrad Lorenz. En breve tiempo la plantilla de docentes dejó de ser la reunión exclusiva de avezados y veteranos especialistas para convertirse en una combinación de esa veteranía más el entusiasmo juvenil de los recién llegados con su mirada en las nuevas líneas epistemológicas que la Psicología estaba desarrollando en otras escuelas del mundo. También ocurrió que buena parte de los egresados comenzó a matricularse en posgrados



Escenario rodante de Colcultura
Semana de la cultura
1985

de otras universidades. El encuentro en un salón de clase de los psicólogos de perfil científico experimental konradista con los psicólogos de línea tradicional psicoanalítica ayudó considerablemente a limar las posturas del radicalismo ideológico. En una charla informal en la cafetería de la Universidad Nacional un egresado de la Konrad Lorenz podía defender el método científico aplicado al comportamiento humano como una necesidad del conocimiento y no como un instrumento de perversa manipulación social. Y así mismo, podía escuchar las razones y el sistema cultural del psicoanálisis de boca de un egresado de otra facultad sin caer en la descalificación a priori.

Desde cualquier punto de vista, los primeros egresados fueron el máximo logro para la institución. Para Sonia y Juan Alberto no hubo un momento de mayor solemnidad y satisfacción. Fue el resultado tangible de tantos años de esfuerzo, angustias y desvelos por llevar la institución adelante.

Además, los konradistas empezaron a ganarse un lugar de peso propio dentro del ámbito de la Psicología en Colombia. Cuando un psicólogo decía «Me gradué de la Konrad» la gente del medio entendía qué quería decir eso. Si se quiere, esa identificación o ese reconocimiento social de lo que es o distingue a un psicólogo konradista puede llegar a ser prejuiciosa. Pero también puede ser una marca, el sello de una carrera que a ojos de muchos creció y maduró más pronto que otras.

Para Elvers Medellín la razón de la rapidez de este proceso se debió a que durante esos años la institución fue monoprofesional y pudo dedicar todo su esfuerzo —tiempo y recursos— en el desarrollo y fortalecimiento del programa de Psicología. Como ya se dijo, los laboratorios y el despliegue del área de matemáticas cumplieron la misión de garantizar el enfoque científico experimental. «Eso le permitió posicionar su programa bandera en la comunidad, lo cual no es sencillo teniendo en cuenta que había otros programas con mucha más tradición. Uno mira hoy hacia atrás y dice: “fue una apuesta grande”».

Claudia Caycedo lo explica de un modo parecido: «Que la Konrad haya propuesto una línea de enseñanza de la psicología científica y no

una psicología general ha tenido un alto costo social, pero al final ha valido la pena por los altos estándares académicos que ha desarrollado la carrera».

A partir de entonces, el programa de Psicología de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz se ha mantenido como un «Océano azul», lo cual quiere decir que pese a la competencia esta carrera logró posicionarse como distinta, única, y tener siempre un buen número de estudiantes matriculados pues ya está situada en el imaginario de la ciudadanía.

III. 1988–2006

El tránsito hacia el presente

La Fundación Universitaria Konrad Lorenz despidió la década del ochenta con la vinculación de la doctora Patricia Valencia, quien a partir de entonces se convirtió en una de las funcionarias determinantes para el desarrollo de las áreas administrativa y académica.

Un día de 1987 Patricia Valencia recibió la llamada de la decana de Psicología, doctora Gloria María Berrío, para proponerle una entrevista con Juan Alberto Aragón. La institución le quería ofrecer la coordinación académica. Para ella fue una grata sorpresa. Sentía que era una puerta que se le estaba abriendo gracias a sus méritos. Antes de aquella llamada, la doctora Valencia no había tenido contacto alguno con los directivos de la Konrad Lorenz. Y a la doctora Berrío la distinguía desde la Universidad Católica: mientras ella terminaba su carrera de Psicología, la doctora Berrío se desempeñaba como coordinadora académica en esa facultad.

La entrevista había sido decisión de Sonia Fajardo. Resulta que Patricia de 21 o 22 años venía siendo la secretaria de la junta directiva de la Asociación de Análisis y Terapia del Comportamiento. Y en una de las tantas jornadas que realizaban en los salones de la Konrad Lorenz, Sonia se fijó en la versatilidad de Patricia para operar la logística y manejar la presión que significaba atender con pocos recursos a importantes personajes de la Psicología. Patricia era una hormiguita laboriosa: tenía el cargo de secretaria de esa junta pero en realidad le tocaba hacer de todo y resolver contingencias de último momento.

Entre las labores que llegó a desempeñar en la Konrad Lorenz, Patricia debía administrar los útiles de la carrera que eran mínimos; por ejemplo, un televisor para llevar a los salones que necesitaban ver videos y un computador dedicado para el registro académico.

«No había enormes ingresos de las matrículas en comparación con otras universidades, pero eran recursos que se utilizaban al máximo para dar resultados muy buenos».

En el computador, Patricia ayudaba a cambiar horarios, inscribir y retirar materias, revisar notas. El resto de trámites se hacían a mano: las solicitudes se escribían en una hoja sobre papel carbón; la oficina se quedaba con el original y el solicitante, con la copia. La historia académica de cada estudiante se archivaba en papel. Para revisar alguna, Patricia debía pedirle al encargado del archivo que se la trajera. Por supuesto, en los días de matrícula las colas tardaban horas. Además, Patricia era profesora del programa. Recibía una de las asignaturas como parte de su contrato, pero ella misma pidió dictar las otras. También fue supervisora de prácticas para los estudiantes de noveno y décimo semestre.

Seis meses después de haber entrado a la Konrad Lorenz, le tocó el cambio de decano. Gloria María Berrío fue sucedida por el doctor José Antonio Sánchez.

En sus palabras, Juan Alberto vinculó al doctor Sánchez porque era un líder que ya había demostrado el peso de su obra como decano de Psicología en la Javeriana y en la Católica. «Me acuerdo de las tertulias que Juan Alberto y José Antonio sostenían. Eran nuestras reuniones de consejo académico, pero se convertían en clases de psicología. Y yo era una observadora emocionada».

La transición entre Gloria María Berrío y José Antonio Sánchez supuso para la facultad un cambio en el modo de resolver las actividades cotidianas. Sus maneras eran bien distintas. Mientras la doctora Berrío le daba trámite gerencial a la decanatura -con agilidad, presteza y desenvoltura- el doctor Sánchez se tomaba su tiempo.

«Yo pasaba a la oficina de él con veinte o treinta carpetas», recuerda Patricia. «Le decía que necesitaba consultar ciertas cosas. Yo llegaba en una tónica muy seria, muy de ejecutiva y le decía “doctor, esta es la carpeta de tal estudiante, esta es su situación académica, yo creo que deberíamos hacer esto y aquello”, pero entonces José Antonio me decía: “pásame la carpeta”. Cuando la miraba comenzaba a decir: “ésta niña es

de Risaralda, debe ser de tal o tal manera...”. ¡Se extendía mucho y yo con ese afán! Uno podría decir superficialmente que era una pérdida de tiempo, pero las reuniones con este señor se convertían en disertaciones psicológicas que eran muy interesantes, aunque yo siempre vivía afanándolo».

Muchos de los estudiantes que el doctor Sánchez había tenido en la Javeriana y en la Católica lo recordaban de esa manera: podía comenzar hablando de trivialidades pero las terminaba desembocando en grandes temas del comportamiento humano.

Ya como la mano derecha del doctor Sánchez, Patricia Valencia le aprendió sobre el trato con el personal. Ella se acuerda que cuando citaba profesores para hacerles alguna crítica constructiva o llamarles la atención sobre algún asunto, lo hacía con un respeto y una caballerosidad admirables. Poco a poco, ella fue comprendiendo la mejor manera de ser jefe: con claridad, liderazgo y todo el respeto del mundo.

A mediados de 1990, Patricia Valencia quedó como decana encargada. El doctor Sánchez se había ido a crear la carrera de Psicología en la Universidad del Bosque. Ella creía que en cualquier momento nombrarían un decano en propiedad, pero pasó el tiempo, unos seis meses, y no ocurrió. Durante ese lapso, sus reuniones sobre asuntos de la carrera con Juan Alberto se hicieron más frecuentes. En una de esas, Juan Alberto le preguntó con curiosa ternura: «¿Cómo va la decana encargada?». Patricia Valencia le cogió el hilo al vuelo y aprovechó para proponerle que ella podría ser la decana definitiva. No era fácil y su petición cargaba osadía: se trataba de reemplazar a un científico de la envergadura de José Antonio Sánchez. Aragón se quedó callado, mirándola. Después de pensarlo un par de días, la llamó. Le dijo que sí: «Vas a ser la decana». Ella sintió que era la oportunidad de su vida. No tenía 26 años.

La doctora Valencia debió frecuentar reuniones de decanos, lo que en ese momento era una concentración casi exclusivamente masculina y de gente mucho mayor que ella. Por fortuna, su experiencia en la Asociación de Análisis y Terapia del Comportamiento, más la que había adquirido en Ascofapsi le permitía lidiar hasta con los personajes más hostiles del

medio. Poco a poco se fue integrando a este círculo y siempre bajo la guía de Juan Alberto Aragón.

La nueva década

A lo largo de los tres años siguientes Patricia Valencia debió afrontar varios de los cambios que orientarían la Facultad de Psicología durante el resto de la década.

De tiempo atrás, Juan Alberto venía echándole cabeza a la idea de que la Konrad Lorenz empezara a ofrecer posgrados. El primero podría ser una maestría en psicología clínica. Desde 1987 laboraba en la institución el doctor Leonidas Castro, un psicólogo clínico que traía todo su conocimiento de la escuela anglosajona y que se había desempeñado como el presidente de la Asociación de Análisis y Terapia del Comportamiento. En la institución, Castro era uno de los profesores más admirados por las estudiantes: hablaba con elocuencia, citaba datos y ejemplos con toda facilidad, en general lo consideraban muy buen docente, manejaba un inglés óptimo y era bien parecido. «Nos traía bobas a todas», recuerda Maritza Sandoval.

Junto con las clases, el doctor Castro venía desarrollando la sustentación teórica para cimentar la Maestría en Psicología Clínica. Hasta que en 1991, con el documento terminado, la institución le entregó la solicitud al ICFES. Y en abril de 1992, efectivamente, recibió el registro que autorizó a iniciar labores. Fue el primer posgrado de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

Al mismo tiempo en que se estructuraba la maestría en clínica, Juan Alberto venía perfilando la idea de crear un posgrado en un tema completamente novedoso para la academia colombiana. Se trataba de una Especialización en Psicología del Consumidor. El posgrado debería estudiar el comportamiento de la persona como consumidor de bienes y servicios en relación con los aspectos psicológicos que determinan la elección de compra.

La literatura fundamental y las investigaciones en curso se encontraban en otros países, sobre todo Estados Unidos. A la Konrad Lorenz le tocaba, entonces, abrir camino: reunir la bibliografía, establecer los derroteros académicos del posgrado según el contexto nacional, conseguir profesores y formarlos en el tema, y proponer futuras líneas de investigación. Para ello, Juan Alberto le encargó a Patricia Valencia que conformara un grupo de estudio con Maritza Sandoval y Claudia Caycedo, del que debería constituirse luego el comité curricular.

Hay que recordar que entre 1990 y 1992, Colombia se vio abocada al proceso conocido como «Apertura económica». El presidente de entonces, César Gaviria Trujillo, enrutó al país por la economía de libre mercado que ya funcionaba en las regiones más ricas del hemisferio occidental. Para el ciudadano esto significaba que podría adquirir en la calle bienes y servicios importados, y que los comerciantes e industriales podrían exportar sus productos con más garantías y facilidades. En este escenario, un posgrado en psicología del consumidor encajaba exacto. «El doctor Aragón nunca quiso crear un programa dirigido al marketing, sino a la economía conductual —explica Maritza Sandoval—. Un área de la economía que trabaja algunos modelos de ciencias sociales para entender el comportamiento económico de las personas». Finalmente, el posgrado obtuvo el registro por parte del ICFES y comenzó a recibir estudiantes en 1992, bajo la dirección de una egresada: Doralba Urbina.

Junto con la Maestría en Psicología Clínica y la Especialización en Psicología del Consumidor, un tercer hecho terminó de apuntalar la orientación académica de la facultad: en el primer semestre de 1993 tuvo origen la revista Suma Psicológica, espacio que empezó a divulgar los hallazgos de las investigaciones que los equipos docentes venían realizando años atrás.

Antes de Suma Psicológica, la Fundación Universitaria Konrad Lorenz le había dado vida a algunos impresos pero nada parecido a una revista científica. Los estudiantes de la época recuerdan que la primera publicación formal fue en 1986 y se trató de las memorias de un encuentro académico llevado a cabo dentro de la institución que tuvo por

título «¿Es posible una psicología unificada?». Estas memorias recogían todas las posiciones teóricas que se habían discutido en el encuentro y fueron recopiladas en forma de cartilla, para ser distribuidas gratuitamente entre estudiantes y docentes.

Más tarde, en 1991, salió a la luz un periódico bajo el nombre de *Psique*. Editado en formato de doble cuartilla, pretendía ser una publicación formal y seriada que además de dar a conocer hechos coyunturales de la vida institucional le daba espacio a artículos de corta extensión sobre los avances en las investigaciones académicas de los docentes. Como no existía el internet, *Psique* cumplía bien su misión de órgano difusor de hechos institucionales, pero se quedaba corto en notas y artículos de desarrollo investigativo. Los profesores, inquietos porque *Psique* diera un paso más allá, advertían que la publicación debía empezar a ser menos informativa y más divulgativa. Desde ese momento, *Psique* pasó a ser el antecedente directo de Suma Psicológica.

Ahora bien, el interés de Juan Alberto y del cuerpo académico de la Konrad Lorenz con la revista Suma Psicológica era darle salida al nuevo conocimiento que estaban produciendo los investigadores en el área de la psicología científica. Quizás por ello se eligió que el logosímbolo inicial del nombre fuera la letra griega Sigma en mayúscula, que representa la sumatoria de números.

Al principio, la biblioteca distribuía selectivamente el destino de la revista. Además de hacerla llegar a otras universidades colombianas, la enviaron a cerca de cincuenta instituciones de educación superior en Brasil con una carta de presentación y con la invitación a entablar un intercambio de material académico. La propuesta fructificó y en esos años la Konrad Lorenz mantuvo una correspondencia eficaz con varias de sus similares brasileñas.

La edición uno de esta revista fue dedicada completamente a publicar los artículos producidos por un semillero de investigación en sistemas motivacionales del comportamiento humano, que dirigía el profesor Carlos Pereira y en el que participaban Claudia Gutiérrez, Claudia Caycedo y Maritza Sandoval. Este semillero había tenido origen

dentro del primer grupo de investigación de la Konrad Lorenz cuya fecha de origen es 1985.

En aquellos años el profesor Pereira había reunido un grupo de docentes y estudiantes para consagrarse a la lectura y discusión en temas del análisis experimental del comportamiento humano. Se encontraban los sábados en la tarde y era tal el rigor de trabajo que podían enfrascarse un año completo en el estudio exclusivo de un solo libro. Varios de los alumnos que participaron en este grupo continuaron luego como docentes de la institución.

Semestre a semestre, Suma Psicológica fue fomentando una relación en doble vía: de un lado se erigía como el vehículo adecuado para dar a conocer los hallazgos de los investigadores de la institución; del otro, motivaba la investigación científica en nuevos docentes y estudiantes. En esos primeros años noventa, la Konrad Lorenz ya tenía otros científicos desarrollando trabajos en áreas diversas, algunos de ellos financiados por Colciencias. Junto al trabajo de Carlos Pereira se encontraban proyectos de neuropsicología propuestos por Mónica Rosselli y Alfredo Ardila, y algunos proyectos en torno al consumo del televidente bogotano, el comportamiento del consumidor en mercados de grandes superficies y otros más que habían sido encargados por empresas que querían comprender qué tipo de clientes tenían para poder abordarlos de un modo más directo.

En comparación con otras instituciones de educación superior, la Konrad Lorenz se había tardado un poco para editar su propia revista. La razón para ello es que Juan Alberto no pretendía aparentar progreso académico e investigativo si él y sus docentes más experimentados no estaban seguros de que realmente podían publicar aportes científicos para la psicología colombiana. Juan Alberto era un crítico severo y agudo con la escritura de los investigadores. Leía con lupa, se detenía en los detalles, cuestionaba los anglicismos o el abuso de términos en otros idiomas que tuvieran traducción exacta al español. Sabía como pocos que una de las carencias más hondas de la academia colombiana se encontraba allí: en la mala escritura del conocimiento científico.

Desde sus primeros días hasta hoy, Suma Psicológica ha sido de tiraje semestral y se encuentra, entre otros, en el índice internacional Scopus. Y como recibe registros de impacto mundial, puede decirse que es una revista de carácter internacional.

Mirado en perspectiva, la creación de los posgrados y la edición de la revista especializada fueron un paso gigante hacia la concreción del objetivo final que se había propuesto Sonia y Juan Alberto: ser una escuela de psicología de formación y divulgación científica y no sólo una facultad.

Nuevas carreras

A la par con la Facultad de Psicología, la institución en su conjunto también creció ostensiblemente durante esos primeros años de los noventa. Uno de los grandes desarrollos fue la apertura de la segunda carrera: Administración de Empresas.

Desde aquel momento en que los empleadores empezaron a elogiar a los psicólogos organizacionales por sus habilidades laborales y de que les ampliaran las actividades hacia tareas administrativas, las directivas de la Konrad Lorenz se pusieron a idear el tipo de respuesta a esta situación.

¿Qué paso dar? Si pensaban en abrir una segunda carrera la institución dejaría de ser monoprofesional, lo que hasta esos días era considerado su esencia. Y si se alteraba el currículo de Psicología para fortalecer las competencias administrativas y financieras de los psicólogos organizacionales podía distorsionarse el perfil profesional del psicólogo.

La Konrad Lorenz optó por crear una carrera en Administración de Empresas que se destacara por estar cimentada sobre los siguientes énfasis: uno, la internacionalización de la economía —dada la Apertura Económica—; dos, la gestión tecnológica, es decir: aprender a gestionar todos los procesos de adquisición de tecnologías —dada la



Sede de la biblioteca y prácticas del
Centro de Psicología Clínica
1991 – 1998

masificación del uso de computadores personales—; y tres, la comprensión de los recursos humanos en las organizaciones.

Para dar este paso, las directivas tuvieron en cuenta el momento histórico del país: la apertura hacia los mercados extranjeros y el ingreso político latinoamericano hacia el fenómeno de la globalización. El proyecto de carrera fue aprobado por el Consejo Superior y más tarde, en enero de 1992, la institución recibió el registro por parte del ICFES. Pero desde ese momento el asunto a resolver fue el espacio. Como ya albergaban a unos mil estudiantes, la sede de la calle 77 con 11 no daba abasto para un nuevo programa.

Sonia Fajardo, en su calidad de directora administrativa, se puso a buscar una sede adicional y no tardó en encontrar otra casa hermosa, también de estilo inglés, cerca de la calle 77. Allí la Konrad Lorenz estableció la carrera de Administración de Empresas, con los salones y las oficinas administrativas. El dato curioso lo puso la dueña del inmueble: con mucha frecuencia se aparecía por la casa bajo la excusa de que todo estuviera en orden, como si en el fondo creyera que los estudiantes la iban a desbaratar o a desmantelar. Las directivas siempre se encargaron de que nada de eso sucediera y de que la sede se mantuviera en óptimas condiciones. Sin embargo, tantas veces la dueña hizo lo mismo que al final las directivas se cansaron de la desconfianza y buscaron otra sede, que hallaron rápidamente en la calle 70 con carrera octava. Fue la única vez que la institución se desprendió tan pronto de un inmueble para conseguir otro.

De tiempo atrás, Sonia ya había soñado con esa casa. Le parecía hermosa, bien situada y del mismo estilo arquitectónico inglés. Se notaba espaciosa y acogedora. La había visto en sus recorridos cotidianos a pie con Juan Alberto, una de las tantas veces que habían ido a almorzar a un restaurante del sector. Por eso, cuando vio el aviso de «Se arrienda» llamó a preguntar.

Una vez instalados allí, Juan Alberto descubrió que justo en frente de esa sede estaban alquilando otra casa enorme y bella. Juan Alberto era consciente de que tomar en alquiler ese inmueble requería de un

gran esfuerzo económico, pero quería utilizarla para agrupar todas las oficinas. La dirección administrativa hizo el balance y avaló el gasto.

«El momento económico de la institución no era el mejor, pero el crecimiento que estaba viviendo necesitaba más espacio», dice Sonia. Y desde que ella conoció esa casa por dentro le llamó mucho la atención que en el patio hubiera un ancla de barco como adorno.

Con una maestría, una especialización y dos pregrados, la Fundación Universitaria Konrad Lorenz comenzó a avanzar en el desarrollo informático. El enfoque de Administración de Empresas hacía imprescindible el uso continuo de computadores para cumplir con el eje conceptual de la gestión tecnológica. Y el comité de currículo de la institución, tras estudiar las diferentes estrategias, optó por recomendar la apertura de un pregrado que tuviera como énfasis la ingeniería de software. Pero, luego de adelantar los estudios de factibilidad se dieron cuenta de que necesitaban consolidar un cuerpo docente experto en el tema.

El matemático Antonio Velasco le propuso una solución a la Konrad Lorenz: abrir una especialización en ingeniería de software para formar a los docentes que luego debían integrar el cuerpo académico del futuro pregrado. Velasco era un respetado docente en la Universidad Nacional y en La Salle, y a esta institución había llegado a dictar la materia de estadística en Administración de Empresas. En La Salle, Velasco tenía una estudiante con contactos en la Universidad de Cantabria, en España, claustro en el que había equipo docente para enseñar ingeniería enfocada en la creación de software. Por medio de esa estudiante, Velasco se enteró de los requisitos que pedían en el país ibérico y junto con Guillermo Salgado —docente de la Konrad Lorenz que lideraba la gestión administrativa de este proyecto— logró un acuerdo con la Fundación Universitaria de Manizales para traer a los docentes. Doce en total: dos colombianos, uno cubano —de la Universidad de las Villas— y el resto, españoles. «Como era tan costoso el desplazamiento de cada profesor —recuerda Velasco—, la idea fue la siguiente: de lunes a miércoles el profesor trabajaba en Manizales; jueves, viernes y



Sede de la Facultad de Administración
de Empresas
1991 – 1998

sábado trabajaba aquí. Así por el mes que durara cada curso. Y como eran doce cursos, cada uno de un mes, se iba así hasta los doce meses».

Cuando Salgado y Velasco tuvieron listo el documento lo enviaron al ICFES con la solicitud de la nueva especialización. Y esta oficina les objetó un hecho lógico: ¿cómo iba a ofrecer un posgrado de ingeniería si la Konrad Lorenz ni siquiera ofrecía el pregrado? Las directivas junto con Salgado y Velasco justificaron que la única forma posible de abrir este pregrado era esa: primero, formar a los docentes del futuro pregrado. Al final, el ICFES entendió la situación y permitió la apertura de la especialización.

En 1993 el Consejo Superior aprobó la creación del pregrado, pero sería hasta 1997 que recibirían el registro del ICFES. Era el tercer pregrado de la Konrad Lorenz. Y aunque el ICFES recomendó que se llamara «Ingeniería de Sistemas», como en el resto de universidades, aquí tenía un énfasis en desarrollo de software.

Cuando esta carrera inició labores, las directivas se percataron que había aparecido una nueva necesidad académica: los dos nuevos pregrados —Administración de Empresas e Ingeniería de Sistemas requerían un grupo de profesores expertos en distintas matemáticas. Y teniendo en cuenta que el enfoque científico experimental de la Psicología obligaba mediciones y estadística, el paso siguiente era la consolidación de un programa de Matemática pura. El más entusiasta de la idea, cómo no, fue Juan Alberto Aragón y le pidió al profesor Velasco que desarrollara el proyecto.

—Yo me le mido —contestó Velasco—, pero no me vaya a pedir que la carrera sea sostenible por matrículas porque yo no lo sé hacer. Además, no conozco ninguna parte en el mundo en donde un pregrado de matemática pura sea sostenible por matrículas.

Juan Alberto aceptó como razonable lo que advertía Velasco y le propuso el programa al Consejo Superior. Seis meses tardó el profesor Velasco elaborando el documento de sustentación. Y en 1998, la institución obtuvo el registro por parte del ICFES.

A pesar del entusiasmo y de la buena gestión, restaba lo más complejo: que las personas se matricularan en Ingeniería de Sistemas y en Matemáticas. De un lado, lograr que la población estudiantil sienta confianza y credibilidad en una carrera recién abierta no es tarea ni fácil ni rápida; demanda años y mucho esfuerzo estratégico. Y del otro, mucho más difícil esto para la Konrad Lorenz pues su prestigio estaba concentrado en Psicología, una carrera tan disímil a la nueva oferta.

«Sacar adelante una carrera con calidad académica siempre es un parto durísimo», dice Sonia recordando esos días.

Las directivas procuraron varios métodos para captar interesados. La institución intentó que las carreras de Administración de Empresas e Ingeniería de Sistemas se integraran académicamente y uno de los puntos de contacto tuvo lugar en una nueva aula de computadores a la que se llamó «Aula Microsoft», en la sede de la calle 70 con carrera séptima. Juan Alberto había asistido a un congreso de rectores en Lima, Perú, en donde había conversado con el representante de Microsoft para América Latina. El ejecutivo le dijo que si la institución compraba los computadores IBM, la compañía le suministraba gratis el software. Juan Alberto aceptó y desde ese momento tuvo origen aquella aula.

Si bien la novedad tecnológica despertó algún interés, no logró que la ingeniería despegara plenamente. Así que las directivas intentaron otro método. Durante un tiempo la institución ofreció becas totales para los alumnos con los más altos puntajes en las pruebas del ICFES y que quisieran cursar alguno de estos dos programas. Este plan recibió por nombre «Élites Académicas». La noticia tuvo difusión en prensa, en los corrillos universitarios y llegaron algunos pocos estudiantes.

Hasta que una noche la exreina nacional de la belleza, Paola Turbay, divulgó lo de las becas en una sección de farándula que presentaba en un noticiero de televisión. Al otro día del anuncio, muchas personas se acercaron a preguntar por las becas. Pero sólo a preguntar. En el fondo, no creían; como si se dijeran de eso tan bueno, no dan tanto. «Ni así —recuerda Sonia— pudimos conseguir alumnos para Matemáticas».

La biblioteca

Esta expansión del horizonte académico no sólo obligó el crecimiento de la infraestructura, la adquisición de útiles y elementos didácticos, y la contratación de docentes. También, impulsó la ampliación y mejoramiento de la biblioteca.

Pensar la biblioteca de la Konrad Lorenz era imaginar un banco de conocimiento dotado por Juan Alberto. Como se dijo capítulos atrás, los primeros libros que la institución ofreció para la consulta de los estudiantes fueron los de la colección personal de su fundador. Y cada semestre aumentaba esta colección. La mayoría de los nuevos títulos que la institución debía adquirir eran elección del rector, aunque otros docentes e investigadores también aportaban con sus peticiones de compra.

Cada título, una vez llegaba a la institución, pasaba primero por el escritorio de Juan Alberto Aragón. Se daba el momento en que la mesa completa estaba cercada de libros apilados en torres y justo en el centro, los documentos que debía tramitar durante la jornada. Luego de hojear algunos y de leer otros, los pasaba a la biblioteca y él mismo se encargaba de contarle a docentes y estudiantes que podían consultar tal o cual título.

Jim Walters recuerda que alguna vez siendo profesor, Juan Alberto le mencionó un libro que él no había leído. Unas semanas después, lo invitó a la rectoría y lo recibió con el libro en la mano.

—A partir de ahora este libro estará en la biblioteca —le dijo Juan Alberto a Walters— para que lo pida cuando quiera.

Una de las certezas fundamentales en la vida académica de Juan Alberto Aragón era la de siempre invertir en libros antes que cualquier otra cosa. Si un estudiante o un docente tenía un libro a la mano —pensaba— podía desarrollar un amor más próximo por el conocimiento.

Cuando entró la década del noventa, la biblioteca era un estudio situado en el primer piso de la casa de la 77 con 11. Disponía de un pequeño depósito donde estaba organizada la colección de libros y revistas, una sala de lectura con capacidad para 25 personas y un mezzanine donde estaba la oficina de dirección. Ofrecía una colección general con los

textos base y un par de títulos en inglés. Cada colección podía tener unos veinte títulos en inglés y en total podía haber unos 1700 libros. Gozaba de 28 suscripciones a revistas internacionales y 60 títulos de revistas en español. Nada mal para una institución de educación superior con apenas diez años de vida.

El proceso de recepción y ubicación de los libros y revistas era del todo manual: había un fichero organizado a la usanza: por autor, título y materia. Los libros que habían sido seleccionados por Juan Alberto Aragón lo dejaban claro en la ficha. El catálogo ofrecía también análisis de algunos artículos de revistas, sobre todo las que estaban en español. El personal que administraba estaba conformado por Isabela Vernaza, Yolanda Lozano, Gladys Pérez y Matilde Garcés. Gladys y Yolanda ya sumaban algunos años en ese trabajo y se habían aprendido la biblioteca al derecho y al revés. Tanto así que los estudiantes preferían pedirle a ellas directamente los libros en vez de buscarlos en el catálogo.

En 1991 la institución contrató a una bibliotecóloga profesional para que llevara este espacio un paso más adelante. Se trató de Beatriz Flórez Garcés.

Luego de haber cumplido su ciclo como directora de la biblioteca de la INCCA, Beatriz empezó a buscar nuevo trabajo. Una colega suya le contó que en la Konrad Lorenz estaban buscando una directora de biblioteca, que la iba a recomendar. Poco después, Beatriz recibió la llamada a entrevista con Juan Alberto.

—Tengo muchas debilidades que no viene al caso comentar —le dijo Juan Alberto, tras el saludo—. Una de ellas es la biblioteca; mi interés en el crecimiento y desarrollo de la biblioteca de la universidad.

—Doctor, tenemos una debilidad en común —respondió Beatriz—. Por eso voy a poner todos mis conocimientos y mi interés en hacer un buen trabajo.

Más tarde, Sonia le diría algo parecido: que para ella y para Juan Alberto la biblioteca era el hijo consentido de la Konrad Lorenz y que a ese hijo le estaban dedicando sus mejores energías y capacidades.

Biblioteca, tercera sede de la institución
1998 – 2006



Una vez puso un pie en la sede, la institución tuvo ciertos detalles con ella que la engancharon fácilmente. El primer día de trabajo le dieron un recorrido por las instalaciones y luego almorzó con algunos de los miembros del Fondo de Colaboradores. «La universidad era un ambiente muy acogedor, muy familiar y descomplicado, muy de ejecución. Se trabajaba muy rico».

Cuando los estudiantes salieron a vacaciones en junio de 1991, la Konrad Lorenz aprovechó para mudar la biblioteca al segundo piso de la casa, en donde había un espacio más generoso. Fue una ampliación considerable. Se duplicó su capacidad: se habilitó un lugar para el estudio individual en cubículos y lo que antes era una sala para trabajos en grupo adecuada para 25 personas se convirtió en dos salas con sillas para unas 60 personas. Se amplió la capacidad de almacenamiento de libros y reorganizaron las colecciones en estanterías cerradas de acuerdo con las características de las bibliotecas de Bogotá de esa época. Si antes, algunos libros y revistas podían tomarse libremente de una mesa, en adelante todo el material quedó bajo control. El usuario, inexcusablemente, debía tramitar la solicitud con los auxiliares. Por su parte, Beatriz y su equipo de trabajo se dedicaron a revisar con lupa los grupos de fotocopias que había en las cajas para depurar lo que realmente necesitaban.

Entre 1990 y 1995 todas las bibliotecas universitarias de la ciudad estaban modernizando su proceso de recepción, archivo y disposición. En la Fundación Universitaria Konrad Lorenz esta modernización comenzó en pleno una vez la biblioteca estuvo completamente organizada en su nuevo espacio.

La Unesco había desarrollado un software para organización y manejo de colecciones de bibliotecas universitarias. Se llamaba CDS—ISIS y en Colombia lo suministraba Colciencias luego de que las instituciones interesadas le firmaran un convenio. La Konrad Lorenz suscribió el convenio y recibió a cambio los programas fuente y un manual de uso en inglés. Pero para instalar el programa debía realizar el diseño de la base de datos que requería la biblioteca. Y esto era labor para el personal técnico que en ese momento era el señor Carlos Barbosa.

«A Carlos le entregamos las fuentes —recuerda Beatriz Flórez—, el manual en inglés y la lista de los campos que necesitaba que quedaran plasmados en la base de datos para hacer las fichas completas según las normas angloamericanas». Y una vez finalizado el diseño y probado el software, Beatriz ingresó el primer registro bibliográfico. Corría el 31 de julio de 1991.

A todas luces era un gran avance tecnológico, pero apenas consistía en el diseño de dos hojas para la captura de información: la hoja de libros y la hoja de artículos de revistas. Y una vez el personal comenzó a ingresar uno a uno los registros de libros y revistas el técnico fue descifrando el diseño que debía disponer cada hoja de consulta.

Desde entonces, Beatriz lideró el reprocesamiento de todo el material bibliográfico: cada libro recién adquirido antes de pasar a la colección era ingresado a la base de datos. Y ella, siempre que tenía oportunidad o en los periodos intersemestrales, se dedicaba a volver a catalogar y clasificar todas las colecciones.

Beatriz también se encargó de analizar las publicaciones seriadas en inglés. Eran revistas de las editoriales internacionales más reconocidas como Academic Press, Elsevier, Plenum Press, American Psychological Association, John Wiley, entre otras. Y la Konrad Lorenz negociaba directamente con las editoriales. «Para mí era muy valioso estar en una institución tan pequeña y que hiciera tantos esfuerzos para estar al día con los textos académicos».

La institución se esforzaba en conseguir los más recientes títulos publicados en Estados Unidos y Gran Bretaña. Para ello abrió una cuenta bancaria en Miami que le permitía comprarlos con más facilidad y directamente en dólares. Cada pedido pagado llegaba a la institución de tres a cinco meses después.

Una de las cosas que más sorprendió a Beatriz tras su llegada a la Konrad Lorenz fue la de haber encontrado mucha literatura especializada en Psicología. Y esto la empujó a estudiar el tema para reconocer qué tipo de categorías podía definir para facilitar el archivo de los diferentes documentos. «Para asignar los encabezamientos de materia, la

universidad había mandado a traducir el Tesauro de la American Psychological Association (APA). Yo recurría a estos fascículos y a la asesoría de los psicólogos que frecuentaban la biblioteca, muy especialmente a las doctoras Maritza Sandoval y Claudia Caycedo. Y así fui incorporando conceptos como “refuerzo”, “discriminación”, “condicionamiento”, “extinción”, “programas de economía de fichas”, “terapia de conducta”, “modificación de conducta”, “análisis experimental del comportamiento”, entre muchos más».

En julio de 1994 el personal de la biblioteca liderado por Beatriz Flórez logró ingresar al sistema todos los libros de las colecciones. Esto quería decir que cada título encontró su lugar exacto en el catálogo, fue clasificado según los nuevos criterios e incluido en la base de datos. Ya en agosto, cuando regresaron los estudiantes a clase se llevaron la sorpresa de que las fichas manuales para pedir libros estaban en desuso y por obligación tecnológica les tocaba aprender a manejar el sistema de consulta. Muy al principio algunos estudiantes se resistieron, pero a la larga todos comprendieron que desde ese momento la búsqueda se había vuelto mucho más expedita y efectiva: los computadores les arrojaban cerca de sesenta títulos sobre un mismo tema, mientras que la consulta manual sólo permitía el hallazgo de un título a la vez.

Entre 1994 y 1995, Beatriz perfeccionó una cantidad de actividades descotidianas de la biblioteca. Se compilaron las estadísticas de consulta, se mantuvo la preparación física de los materiales con rótulos, fichas y tarjetas hechas en máquina de escribir eléctrica; se sellaron todos los libros y revistas en las páginas terminadas en S; se continuó con la adquisición de algunos libros y publicaciones seriadas en editoriales de Estados Unidos y Gran Bretaña. Y a los profesores que viajaban al exterior para cursar capacitaciones o estudios más completos se les encargaban libros especiales —la institución les daba el dinero en un cheque en dólares de la cuenta del banco en Miami—. De la misma manera se compraron y renovaron suscripciones a revistas académicas. «Esa forma de adquirir material nos permitía optimizar al máximo la inversión, pues al hacer las

Biblioteca, tercera sede de la institución
1998 – 2006



adquisiciones directamente en Estados Unidos, se evitaban los intermediarios y se ahorra dinero».

Una de las consecuencias inesperadas de la mudanza al segundo piso de la casa de la 77 con 11 fueron las inundaciones. En días de lluvia intensa, el granizo obstruía las canaletas de desagüe del techo. El agua se rebozaba y comenzaba a filtrarse en el interior del segundo piso. «El agua entraba a cántaros —dice Beatriz— y nos tocaba correr a proteger el material. Una vez evacuábamos los estantes, teníamos que empezar a secar libro por libro y revista por revista y ponerlos en perfecta fila india para que se secaran internamente y no quedaran como repollos». A medida que pasaba el tiempo, la tecnología aplicada a la biblioteca fue desarrollándose más y más rápido. Podía ocurrir que de un semestre a otro quedara obsoleto el conjunto de equipos de una sala de cómputo en una institución de educación superior, así como la interfaz de consulta en una biblioteca. Para que no le sucediera eso a la Konrad Lorenz, Beatriz Flórez visitaba con frecuencia bibliotecas de otras universidades y conocía de primera mano las innovaciones que se estaban implementando.

Además de mantener las colecciones al día y de estar liderando con ecuanimidad y eficacia un equipo de trabajo, Beatriz se fue ganando el cariño de estudiantes, profesores y directivos. No sólo recibía a todos con deferencia y generosidad sino que también visitaba salón por salón para invitar a los estudiantes de toda la institución a que usaran la biblioteca. Fue su estrategia desde que asumió el cargo: «Yo les ofrecía los servicios, les enseñaba de una forma amigable el reglamento, el mecanismo de préstamos y las colecciones». Beatriz enfatizaba sobre la idea de que la biblioteca era el espacio más valioso que los estudiantes iban a tener durante su carrera. «Será su punto de apoyo principal», les decía.

En 1995 empezaron a llegar a Colombia las primeras bases de datos referenciales. Beatriz se dio cuenta luego de haber visitado la biblioteca de otra universidad. Entusiasmada, se le apareció en la oficina a Juan Alberto Aragón y su saludo fue:

—Doctor Aragón, conocí el futuro.

Aragón, sonriente y amable como siempre, se sintió intrigado.

—¿Cómo así que conocí el futuro?

Beatriz le contó que cuando era estudiante de bibliotecología algunos profesores le decían que en un futuro cercano la información vendría en unos discos pequeños, que se podrían leer en los computadores.

—Hoy conocí esos discos —acotó Beatriz— y comprobé qué significa conocer el futuro.

Sin escatimar gastos, Juan Alberto Aragón se decidió a adquirir la primera base de datos en cedés especializada en Psicología. Se llamaba *PsycLit* y había sido creada por la APA. También debió ordenar la compra de un computador con lector de cedés. Poco después, la institución compró la base de datos de *Business Source*, especializada para las carreras de ciencias económicas.

La biblioteca también se encargaba de administrar los implementos audiovisuales. A su llegada, Beatriz encontró que había tres proyectores de diapositivas, un proyector de acetatos, tres televisores y un par de betamax. Luego, la institución adquirió un proyector de opacos que les evitó a los estudiantes sacarle fotocopias a los acetatos. Fue tan efectiva esta compra y tan satisfactoria para los estudiantes que rápidamente la institución se hizo a otros tres de estos aparatos. Podía decirse que todos los dispositivos tecnológicos eran aprovechados al máximo. Usualmente, los profesores eran quienes solicitaban esos equipos para complementar la metodología de sus clases.

Las colecciones de libros y de revistas, así como el material audiovisual y los dispositivos tecnológicos crecieron en la medida en que se fueron abriendo las nuevas carreras y los posgrados. Llegó el momento en que quedó pequeño el espacio de la sede de la 77 con 11 y Beatriz debió gestionar una sucursal de la biblioteca en la sede de la calle 70 entre carreras 13 y 14.

Y aunque esta especie de descentralización ayudó, no bastó para organizar ampliamente todo el material. Beatriz debió, entonces, idear una manera de optimizar el espacio. Un día, luego de haber visitado un archivo de otra biblioteca, conoció unos estantes con rodachines sobre unos rieles que permitían manejar el espacio según la necesidad: si era



Biblioteca Juan Alberto Aragón Bateman
Inauguración: **29 de julio de 2006**

del caso, se podían arrinconar o expandir. Este sistema alcanzaba a duplicar el espacio de almacenamiento.

Entusiasmada, corrió a hablar con la directora administrativa, Sonia Fajardo, y con el rector, Juan Alberto Aragón, para proponerles la compra de estos estantes.

—Como pedir no da cáncer —dijo Beatriz en su estilo antioqueño— vengo a proponerles el cambio de estantería por un modelo rodante, que nos permitirá triplicar la capacidad de almacenamiento. Sonia preguntó cuánto podía costar ese cambio. Y Beatriz contestó:

—Tranquilos, la cotización viene con un marcapasos.

Sonia y Juan Alberto siempre estaban dispuestos a asumir gastos que representaran mejoras sustanciales al desarrollo académico. En general, Juan Alberto decía que sí a una nueva inversión; se sentía dichoso y lo entusiasmaba la idea del progreso institucional. A Sonia también la hacía feliz el progreso, pero siempre debía sopesar la propuesta de gasto con la capacidad de compra y endeudamiento de la institución.

Una de las cosas que más le agradaban a Beatriz de la dinámica gerencial de la pareja era que escuchaban todas las propuestas de manera informal, lo que aceleraba ostensiblemente la toma de decisiones.

«Como la universidad todavía era pequeña la comunicación fluía rápidamente y sin muchas confusiones. Uno con bastantes ganas de crecer, de trabajar y de ver el proyecto crecer, y saber que cuando uno hablaba ahí mismo decían que sí. Eso era muy grato. Todo se podía hacer».

Multitud y bienestar

Entre el crecimiento físico del plantel y el de su horizonte académico, la Fundación Universitaria Konrad Lorenz fue trastocando de manera radical una de las características más reconocidas por el estudiantado, los docentes y el personal administrativo: su tamaño familiar. Desde su primer día de clases en 1982 hasta la apertura de la carrera de Administración de Empresas en 1992 la institución conservó ese aire de cercanía. El hecho de que el personal de la biblioteca atendiera a todos

los estudiantes por su nombre o que quienes despachaban en la cafetería supieran de memoria qué le gustaba a cada estudiante y a cada docente, daba cuenta de lo pequeña que era aún la Konrad Lorenz. En registro académico, por citar sólo un proceso administrativo, la auxiliar Constanza Bernal reconocía por el nombre a cada uno de los matriculados. Y como era la encargada de compilar la hoja de vida académica de los alumnos también era capaz de recordar quién destacaba por encima del promedio. La memoria de la jefe de registro académico, Amalia Cardozo de Salgado, llegaba aún más lejos: con sólo verle la cara a un estudiante era capaz de citar el código de registro.

Una característica irrecusable del tamaño de la institución era que todo el personal administrativo y de servicios generales estaba unido por una relación más que laboral. Como eran pocos y se conocían de tiempo atrás se encontraban periódicamente para celebrar matrimonios, el nacimiento de un bebé, un cumpleaños, cosas así.

Desde su origen hasta ese momento, en su calidad de Directora Administrativa Sonia también se encargaba de las labores de Recursos Humanos, de Bienestar Universitario y de promoción y divulgación. Era posible porque la institución era pequeña, pero es que además no había recursos para contratar un jefe para cada una de estas oficinas. Asuntos domésticos, como la alimentación del personal, eran una preocupación constante de Sonia. En noches de frío intenso, ella mandaba a preparar aguadepanela con queso para todos los colaboradores. María Claudia Castro, que en ese momento se desempeñaba como secretaria, recuerda que por medio del Fondo de Colaboradores y con la ayuda de Sonia la institución comenzó a proveerles el almuerzo. «Éramos unos veinte y el Fondo nos descontaba una parte del costo del almuerzo y la otra parte la ponía la universidad. La doctora Sonia comenzó coordinando eso, pero luego me lo delegó. Entonces todos los días yo estaba pendiente de que en la cocina siempre hubiera provisiones».

No es que con la apertura de la segunda carrera esta atmósfera hubiera desaparecido de un día para otro, pero sí paulatinamente con el ingreso de más y más estudiantes y de más y más colaboradores. En un momento

dado podía ocurrir que las secretarías de la Facultad de Psicología no se conocieran con las del programa de Administración de Empresas. Y por supuesto ya se hacía casi imposible que una funcionaria reconociera a todos los estudiantes por el nombre.

Algo parecido ocurrió con las actividades extracurriculares promovidas por las directivas. Durante la época de tamaño familiar, Sonia Fajardo como jefe de Bienestar Universitario fue quien se encargó de idear y desarrollar los espacios de encuentro lúdico y de diversión. Muy al comienzo, en los dos o tres primeros semestres de la vida como institución universitaria, Sonia organizaba tardes de cine con películas en formato de Betamax que se las prestaban en el centro de documentación del ICFES. También organizaba tardes de chistes recreando un programa de televisión del momento llamado Operación Jajá.

Una de las actividades más estimulantes y entretenidas, y que reunía a estudiantes, docentes y personal administrativo eran las carreras de observación, que iniciaban en el sector vecino a la sede y culminaban comiendo lechona en un parque de Sopó. La misma Sonia era quien planeaba la logística, compraba la lechona y la servía a los participantes.

Cuando había que celebrar, Sonia prefería organizar la fiesta dentro de la sede. «Como era un sector residencial muy calmado, yo prefería que los estudiantes bailaran dentro de la casa para que no sucedieran problemas afuera». Para las jornadas deportivas, la institución alquilaba canchas cercanas como las de la Universidad Pedagógica y las del colegio Gimnasio Moderno.

Pero ya a mediados de los años noventa, con los cuatro pregrados y los dos posgrados, las directivas vieron la urgencia de constituir un departamento de Bienestar que se encargara exclusivamente de las actividades extracurriculares de diversión, esparcimiento y salud. Sonia lanzó la convocatoria para encontrar a alguien capaz de crear ese departamento y liderarlo en adelante.

En el área de Bienestar de una institución cercana laboraba un joven llamado Ernesto Oviedo que había egresado de la Konrad Lorenz en 1992. Como acumulaba un par de años en ese tema, era un candidato

prometedor para ocupar el cargo en la creciente institución que lo había graduado. Y a la postre, fue elegido.

Oviedo trabajó en tres frentes básicos: deporte y recreación, cultura y atención médica. Y hubo un cuarto, aunque no tan ancho como los anteriores: la mejora de la alimentación. En aquellos primeros años noventa, la cafetería ya se había quedado pequeña para la cantidad de estudiantes y carecía de la dotación adecuada para preparar almuerzos al mediodía. Así que una de las primeras medidas del recién creado departamento fue modernizar las instalaciones de la cocina y cualificar el menú para que toda la comunidad konradista pudiera quedarse a almorzar.

En deporte y recreación se propuso organizar torneos de micro fútbol, voleibol y baloncesto. Siempre equipos mixtos, aun cuando en la Konrad Lorenz la mayoría de los estudiantes eran mujeres. «Para ese entonces —dice Oviedo— los torneos eran muy pequeños y en principio las rivalidades que se armaron fueron entre las dos carreras iniciaes: Psicología y Administración».

En ocasiones, Oviedo lograba acordar convenios con otras instituciones para ahorrar dinero en gastos del departamento. Con el primer grupo de árbitros que consiguió para las competencias intercambió servicios: ellos harían su labor y la Konrad Lorenz les impartiría un taller de psicología en habilidades sociales.

En la sede de la calle 77 con carrera 11 había un futbolín y una mesa para jugar ping—pong. En una pared los estudiantes varones habían pegado un cartel que decía: Prohibido para las mujeres. «Los hombres se creían superiores y no dejaban jugar a las chicas», dice. «Pero un día organicé un torneo de ping—pong y la sorpresa fue que una chica de Psicología salió campeona. Un golpe para el orgullo de los estudiantes que habían puesto el cartel».

En cultura se combinaban dos escenarios: fiestas y celebraciones, y prácticas de creación estética. La primera fiesta que organizó Ernesto Oviedo fue en 1993. Los estudiantes de últimos semestres y el personal más antiguo morían de la expectativa: era la primera vez que Sonia delegaba esta labor. Oviedo consiguió una discoteca en la calle 84 con

carrera 15 que se llamaba «Mitos». El plan era que la oficina de Bienestar llenara el sitio. Se habían comprometido a reunir cuatrocientas personas con boleta. Durante la tarde de antesala, Oviedo se quedó sin uñas haciendo fuerza para que asistieran los estudiantes. A eso de las siete de la noche sólo habían vendido 64 boletas, pero dos horas más tarde se hizo una cola enorme en la puerta de Mitos: toda la comunidad konradista había asistido y habían llevado a varios de sus amigos. «Fue una fiesta de bienvenida para los primíparos —dice—. Hoy en día esa fiesta se sigue haciendo, pero los estudiantes de la Konrad no tienen que pagar la boleta; ya va por cuenta de la institución».

Entre mediados y finales de los años noventa, Bienestar organizó cuatro becerradas. La primera se hizo en un sitio llamado «Juanillo», situado al norte de la ciudad saliendo por la carrera séptima. Otra fue en el «Rancho J.R.» y una más fue en el pueblo de Yerbabuena. «Eran unas fiestas enormes, con orquesta, e incluso en la segunda becerrada tocó César Mora, del Grupo Canela».

De otro lado, las primeras prácticas creativas para los estudiantes fueron en música, teatro y danza. Luego abarcaron la apreciación cinematográfica. Oviedo y su equipo crearon el cineclub «Presente progresivo» que no duró mucho. Semestres después crearon otro al que bautizaron «Cinemaniasis Club» y le entregaron la coordinación a un estudiante cinéfilo llamado Felipe Moreno Salazar. «Era un personaje —dice Oviedo—. Yo recuerdo que cuando Felipe se presentó a la entrevista para entrar a la Konrad, le dijo al doctor Elvers Medellín que él quería ser celador. El doctor Medellín, sorprendido, le preguntó por qué estudiar psicología para trabajar como vigilante y Felipe le respondió que porque así tendría tiempo para leer». Desde el momento en que empezó el cineclub, Felipe se dedicó a promocionar las exhibiciones entre sus mismos compañeros y por fuera de la institución con un cartel gigante, tipo publicidad de circo, por las calles aledañas a la sede. Entre todas las iniciativas y proyectos propuestos por el departamento de Bienestar hubo uno que le gustó mucho a Juan Alberto. Se trataba de mantener un anaquel con doscientos libros en la cafetería para que los estudian-



Espacio de reuniones y cafetería,
segunda sede
1984 – 2006

tes, docentes y colaboradores los tomaran prestados cuando quisieran y los regresaran una vez los hubieran leído. Título que sacaran de allí debían registrarlo en una hoja que siempre estaba junto al anaquel. La idea le había surgido a un alumno llamado William Morales a partir de un programa de la Alcaldía de Bogotá que se llamaba «Libro al viento». Aunque algunos libros se perdieron y algunos más quedaron dañados, la idea le gustó al rector porque promovía un modelo de autoregulación del comportamiento. «Al comienzo marchó muy bien —dice Oviedo—, porque los estudiantes devolvían los libros, pero luego hubo algunos que no entendieron la idea y el anaquel acabó desapareciendo».

Luego, William Morales siguió llevando proyectos al departamento de Bienestar y rápidamente se convirtió en una persona muy valiosa para la institución. Entre sus compañeros de clase era distinguido porque dejaba poemas debajo de los pupitres y porque con frecuencia actuaba breves escenas en la cafetería disfrazado como el Quijote y otros personajes de la literatura universal.

En aquellos años noventa también surgieron algunas iniciativas de Bienestar que llegaron a ser actividades de peso académico. Una de las más queridas fue un taller de cerámica impartido por Elsa Aragón, hermana de Juan Alberto, que en su origen llevó por título «El mundo alrededor de la cerámica» y era de carácter libre —asistía el que quería—. Pero más adelante se integró a la malla curricular como una materia electiva. Años después sería creada una cátedra de cultura que al comienzo era de carácter libre, pero luego fue implementada en el currículo como una optativa.

El tercer frente de trabajo del departamento de Bienestar fue la atención médica básica para los estudiantes y el personal docente y administrativo. Por los días en que Ernesto Oviedo fue contratado, la Konrad Lorenz mantenía un convenio con la Clínica Grancolombiana para que les brindara a los estudiantes cuidado médico y servicio de enfermería, además de un seguro de accidentes. Cada estudiante le costaba a la institución 10 mil pesos.

Un año y medio después, con el departamento de Bienestar ya en funcionamiento, las directivas optaron porque fuera la misma institución quien proveyera estos servicios y contrataron un médico y una enfermera. «Los temas relacionados con la salud estudiantil han cambiado más que todo en términos de infraestructura, de servicios y programas —explica Ernesto Oviedo—. Antes estos servicios de la salud se concentraban específicamente en la atención médica; ahora hay más programas de prevención y promoción de la salud; hay software con las historias clínicas de los estudiantes». Pero una de las cuestiones que más destacan los alumnos es que tanto el médico como la enfermera se han granjeado la confianza de toda la gente, debido a su larga tradición y al cariño que les transmiten a los pacientes.

Quizá la única gran dificultad que debía sobrellevar el equipo del departamento de Bienestar en esos años era la dispersión de la institución en las cinco sedes. Para enterar a todos los estudiantes de una actividad alguien de la oficina debía ir de un lugar a otro para pegar las carteleras o los afiches y para hablar personalmente con los interesados. «Uno en esa época se programaba para cuadrar el tiempo y poder cubrir todas las sedes —dice Oviedo—. Hoy en día ya no, ¿hoy quién va a leer una cartelera? Ahora es Facebook y cuando uno publica una noticia a los dos minutos ya han respondido».

De los aspectos del crecimiento del departamento quedan varias anécdotas. Pero una en especial puede ser la más recordada y grata para Ernesto Oviedo. A los dos o tres años de él estar liderando el proceso se le aparecieron en su oficina dos alumnas. Luego de que él les informara sobre las actividades y servicios para el estudiantado, ellas le dijeron que no querían participar en nada; lo que les interesaba era colaborar o ser parte del personal que organizaba esas actividades. Es decir: hacer parte del equipo de trabajo de Bienestar. Se trataba de María José Lozano y Laura Chaparro. Y estuvieron dedicadas a esas actividades a lo largo de los cinco años que permanecieron cursando su carrera. «Las dos eran gorditas, como yo», recuerda Oviedo. «Entonces en toda la universidad

decían que éramos el departamento más repuesto. Que éramos los “gorditos de Bienestar”».

Al final, en la ceremonia de grado, las directivas les reconocieron la labor y les dieron un reconocimiento a manera de diploma. Ha sido la única vez que la Konrad Lorenz ha hecho algo así con este departamento. «Yo pienso —dice Oviedo— que estudiantes como Laura Chaparro, María José Lozano, William Morales o Felipe Moreno fueron muy valiosos para la Konrad Lorenz porque tuvieron un liderazgo importante en distintas iniciativas».

Acreditación académica

Todos estos avances en el crecimiento de la institución —consolidación de la biblioteca, sistema de bienestar estudiantil, apertura de nuevos pregrados y posgrados, publicación de la revista especializada confluieron en el proceso de la acreditación académica.

La acreditación es una instancia creada a partir de la ley 30 de 1992. Su objetivo ha sido el de avalar factores y características de calidad en la oferta de programas académicos por parte de las instituciones de educación superior. Desde su origen hasta ahora, las instituciones son libres de someterse a estos procesos de acreditación. En aquellos años noventa las directivas de las universidades expresaron opiniones divididas sobre la conveniencia de la acreditación. Para algunos se trataba de un claro hecho de intromisión del Estado en la autonomía universitaria; otros podían considerarlo provechoso.

En los primeros meses de 1993, las directivas de la Konrad Lorenz opinaron que iban a someter la carrera de Psicología al escrutinio del Consejo Nacional de Acreditación, (CNA). «Bienvenidos», dijo Juan Alberto. Tras de lo cual se sentó junto con el equipo de trabajo a interpretar la normativa y las exigencias.

Ese mismo año la doctora Valencia vinculó como profesor al psicólogo Jim Walters. Procedente de la Universidad Católica, Walters se destacaba por algunas investigaciones experimentales con animales.

Junto con Walters, la doctora Valencia emprendió las actividades que le correspondían a la Facultad de Psicología para cumplir con las exigencias del CNA. Fue un momento en que toda la comunidad de la Konrad se unió para sacar adelante una meta común. Dos años de trabajo intenso. «El doctor Aragón hizo una reunión en la que nos dijo que no importaba entrar en el debate de si la acreditación era una intromisión a la autonomía universitaria; la Konrad iba a acreditarse como un programa de máxima calidad», precisa Jim Walters.

Cada grupo de trabajo tenía labores definidas y unos tiempos de entrega de resultados. Una de las iniciativas que despertó este ambiente de meta común fue la creación de una materia que combinaba la estadística con la metodología científica. Algunos estudiantes expresaron rechazo pero según Walters era porque no comprendían la relación entre esos dos saberes, que es la clasificación y el estudio de determinadas variables. «Ninguna universidad, en ese entonces, le ponía el énfasis académico a esa combinación de materias».

Otra iniciativa fue la de emprender un seguimiento a los índices de consulta de los libros en la biblioteca para verificar que los profesores de ciertas materias estuvieran promoviendo la investigación y la lectura entre sus estudiantes, y si ellos como docentes estaban usando los libros más recientes de su área para mantenerse actualizados. Al mismo tiempo, Amalia Salgado se encargó de organizar con meticulosidad y precisión la hoja de vida de cada profesor, y los registros de los estudiantes.

Uno de los hechos que facilitaron la obtención de la acreditación fue la actualidad tecnológica y pertinencia científica de los laboratorios de psicología. Jim Walters, que desde su llegada hizo parte del equipo de investigaciones, se sorprendió: «Eran laboratorios diferentes a los de otras universidades. Tenían Cajas de Skinner más modernas y más funcionales. Y otros dispositivos más actuales». De la mano de esos avances tecnológicos estaba la suscripción a las revistas conceptuales más importantes del momento como la Journal of Applied Behavior Analysis o la Journal of Experimental Analysis of Behavior.

Era tal la sintonía de los estudiantes y los colaboradores con la Konrad Lorenz, que en la reunión que los pares académicos sostuvieron con algunos estudiantes como parte del proceso de acreditación todos destacaron aspectos positivos y elogiaron a la institución. «Nadie se quejó», dice Walters. «Incluso una de las pares académicas a quien yo conocía de antes me preguntó si es que les habíamos lavado el cerebro a los muchachos». Era comprensible que la par académica transformara su sorpresa en un chiste por que todos —«hasta la encargada de los tintos», bromea Walters— se pusieron a estudiar la misión institucional y demás componentes administrativos. Todos querían estar preparados y colaborar en la obtención de la acreditación. «Fuimos una de las primeras carreras de Psicología en obtener ese registro de calidad —dice Patricia Valencia—. Todo lo que pedía el CNA lo teníamos. Era la primera vez que se estaba creando un sistema de evaluación de calidad académica en el país y en la Konrad Lorenz ya estaba todo».

A la par con toda la evolución académica, la meta entre ojos de la institución era integrar las cinco sedes en una sola. Hasta cierto punto la expansión en varias casas enormes y suntuosas era síntoma de solidez económica, pero la experiencia de otras instituciones de educación superior indicaba que en algún momento había que integrarlas en un único gran espacio. Y esto ya no sólo sería síntoma de solidez económica; también sería la prueba de la consolidación institucional.

Desde su fundación, la Konrad Lorenz había pagado arriendo por una decisión de enfoque: con recursos limitados para su crecimiento, debía decidir entre desarrollar y fortalecer la calidad académica, con lo que eso implicaba —contratación de profesores preparados, inversión en laboratorios, entre otras cosas—, o comprar lote, ladrillos y cemento. Para las directivas la prioridad estaba más que clara: primero, calidad académica; luego, ya verían.

Y el momento del «ya verían» se estaba aproximando.

Nueva sede

Comenzaron a buscar lotes que la institución pudiera comprar o un par de casas grandes y juntas que estuvieran en venta. Siempre en calles de la localidad de Chapinero; nunca en otra parte:

«Aquí nacimos —dice Sonia—. Más hacia el norte no teníamos cómo conseguir transporte. Nuestra gente era de este sector y ya nos conocían. Además, nos gustaba el sector».

La búsqueda no fue fácil. La localidad de Chapinero ha sido una de las más ocupadas y disputadas para la construcción de proyectos inmobiliarios. Si veían un lote, no era lo suficientemente espacioso y no tenía muchas posibilidades de ser ampliado. Si encontraban una casa, no lograban que la del lado también estuviera en venta.

La propuesta de construir una sede propia ya había sido discutida años atrás. Sonia recuerda que al poco tiempo de que la institución hubiera comprado en su totalidad la casa de la 77 con 11 uno de los miembros de la sociedad Reyes Aragón, Misael López, insistía en venderla. Argumentaba que las empresas constructoras pagarían una buena cantidad de dinero porque, entre otras cosas, esa casa era una de las pocas del sector que no había sido demolida para levantar colosales edificios de apartamentos. Con ese dinero, decía López, podrían construir una sede en otra zona de la ciudad.

Sonia siempre se opuso. En su juicio y en su pulcritud a la hora de manejar las finanzas advertía que antes de gastar recursos en una construcción, la institución debía salir de casi todas las deudas, tener separado un lugar al cual trasladarse y realizar los estudios de construcción —alcantarillado, electricidad, suelo, entre otros—, como para no quedar sin piso y techo después de la venta.

Eran dos modelos de administración. El de López era más técnico, podía comprenderse como el del crecimiento a partir de la deuda. El de Sonia era más elemental: pagar las deudas, reducirlas a futuro y generar recursos propios con los cuales emprender el crecimiento. El de López era el típico modelo de escuela de finanzas; el de Sonia era el lógico



Tercera sede principal
1998 – 2006

manejo de economía familiar que ella había aprendido desde que sacó adelante la floristería de su mamá.

López, irónico, le preguntó a Sonia que ¿cuándo se le iba a romper el cántaro de la leche? Era una alusión a la fábula de «La lechera», que sueña con muchos proyectos que podrá realizar cuando venda la leche y espera con paciencia ese momento. Pero justo el día en que decide vender la leche, se tropieza en el camino, se rompe el cántaro y se queda sin la leche y sin los proyectos.

En definitiva, no vendieron la casa. Y ya en esos años noventa, con la meta de agrupar la institución en una sola sede, las directivas consultaron todas las opciones. Llegaron, incluso, a especular con la demolición de esa casa para edificar encima con las características que anhelaban. Pero comprendieron que la mejor opción por el momento era alquilar un edificio situado en la calle 73 entre carreras 9 y 10 que por haber sido ocupado por otro centro de educación superior les resultaba perfecto: era de cuatro pisos y estaba distribuido por aulas de clase y oficinas; tenía auditorio, patio central y las locaciones necesarias para cafetería, baños y unos parqueaderos.

El inmueble era propiedad de los padres Franciscanos. Y aunque la Konrad Lorenz había entregado la solicitud formal de arrendamiento, los padres le terminaron entregando el inmueble a la Universidad Manuela Beltrán con la que habían negociado previamente. Sin nueva sede para alquilar y sin planes de vender la casa de la 77 con 11, las directivas se tomaron un tiempo para decidir. Hasta que en 1997 compraron un lote situado en la calle 63 con carrera novena, arriba del parque de Lourdes. Funcionaba como parqueadero y tenía al menos media cuadra de extensión, justo para levantar un edificio de siete u ocho pisos con estacionamiento subterráneo.

Las directivas mandaron a elaborar los estudios de ingeniería, de diseño, de arquitectura y los de dotación de servicios públicos y uso de suelo. Los resultados revelaron que el dinero presupuestado para la obra no alcanzaba. Y las directivas sabían que todavía no era momento de endeudarse con un banco. La decisión, entonces, fue de tener los planes

de la sede propia y dejar el lote como parqueadero para el usufructo del Fondo de Colaboradores.

En eso estaban cuando Sonia recibió una llamada. Le informaron que la Manuela Beltrán se iba del edificio de la calle 73 porque ya habían terminado de construir su sede propia sobre la avenida Circunvalar. El inmueble quedaría libre en breve y si la Konrad Lorenz todavía quería mudarse para allá debía hacer la solicitud cuanto antes.

Cuanto antes quería decir de inmediato; otra institución de educación superior también se había enterado y no demoraría en hacer la petición formal. Sonia y Juan Alberto visitaron a los Franciscanos tan rápido como pudieron y sin dudarlo un minuto aceptaron el canon de arrendamiento que les dijeron. No pidieron descuento para que no se enredara la solicitud. Los Franciscanos dieron vía libre al negocio y dejaron claro que les entregaban el inmueble porque la Konrad Lorenz venía precedida por una gran reputación académica y administrativa, y confiaban en que no habría problemas con el contrato ni con el cuidado de la propiedad.

Pero una vez Sonia y Juan Alberto vieron el edificio descubrieron que no estaba en las mejores condiciones, que para mudarse debían invertir en reparaciones locativas y adecuación tecnológica. Obras que en ese tiempo podían ascender a unos 400 millones de pesos. Por lo que acordaron con los Franciscanos que la Konrad Lorenz asumía el costo de las mejoras pero no pagaría arriendo durante los tres primeros meses, tiempo que tardarían las adecuaciones.

Finalmente, en julio de 1998 la Konrad Lorenz desocupó todas las casas alquiladas y Sonia le pidió al personal de la institución y a docentes y estudiantes que colaboraran con la mudanza. Aunque lo hacía por ahorrar gastos, Sonia no contrató a una empresa especializada porque también creía que cada quién podía responder por sus propias cosas. Pero cuando la gente comenzó a desbaratar la estantería y a empacar objetos, Sonia comprendió que esa mudanza ya no sería tan manejable como las anteriores y que aunque todos tuvieran muy buena voluntad, no iban a ser capaces de culminar el trasteo. Lo que terminó resolviendo la

mudanza fue la ayuda de un puñado de soldados, que amablemente se ofrecieron a echar una mano.

A partir de entonces, la institución quedó concentrada en este edificio cuya dirección era calle 73 No 10-45. Pero mantuvo la casa propia de la 77 con 11 para asuntos puntuales de Psicología.

La rutina en la nueva sede fue completamente distinta a la de las casas. Para empezar, las directivas y el personal administrativo tuvieron la posibilidad de constatar jornada a jornada el creciente número estudiantil. Se volvió común ver a los muchachos de todas las carreras caminando por los pasillos, sentados en las gradas, en la cafetería, en la biblioteca. Y la gente de las distintas carreras comenzó a relacionarse entre sí. «Fue en ese momento que nos dimos cuenta de la envergadura de la Konrad Lorenz —dice María Claudia Castro, por esos días secretaria de Rectoría—. Fue una experiencia lindísima. Para mí, inolvidable. Antes uno iba de una casita a la otra y veías las cosas, pero no tenía la dimensión en conjunto de la universidad».

La gestión administrativa se hizo un poco más dúctil. Todas las oficinas fueron situadas en un mismo piso y muchas de las instrucciones que antes se transmitían de casa a casa por teléfono empezaron a fluir verbalmente cara a cara. Además, el sector era muy comercial y estratégicamente situado: rodeado de las sedes financieras, vecino de la Universidad Pedagógica y con cientos de oficinas de diversas compañías alrededor. La sensación general fue la de haber dejado de ser una institución pequeña. «Se sentía como que nos crecimos —dice Constanza Bernal, auxiliar de registro académico—. Nos volvimos grandes. Todo estaba ahí a la mano».

Uno de los cambios más provechosos tuvo que ver con la implementación de una conexión a internet más eficaz y el acceso que se le dio a los estudiantes. Recién adquirida, la clave de internet estaba en manos de Beatriz Flórez, en la biblioteca, y de Sonia Fajardo, para los administrativos. Como era algo muy novedoso y la conexión era por vía telefónica, resultaba normal que fuera controlado. Poco después, con apoyo de la ingeniera Grace Bateman la institución montó una sala de

diez computadores para el uso de internet por parte de los estudiantes. Pero ya en el edificio de la calle 73 se permitieron un piso completo para varias aulas de cómputo con internet: una de uso libre y las otras con clases programadas.

Esta modernización de la tecnología permitió habilitar un laboratorio de inglés. En ese tiempo el Ministerio de Educación había iniciado unos programas de bilingüismo con un software especializado conocido como English Discoveries. Y lo suministraban gratis a las instituciones de educación superior que pudieran abrir una sala con equipos que soportaran el espacio en disco que obligaba el programa, que tuvieran diademas de audífonos y micrófono, y que contaran con una adecuada disposición de mesas. La Konrad Lorenz no dudó en instalar esta tecnología y le dio vida al Centro de Recursos de Idiomas.

Otro lugar muy beneficiado con el cambio de sede fue la biblioteca. Quedó situada en el segundo piso e integró nuevamente todas las colecciones; de setenta puestos de lectura pasó a ofrecer cien.

Fue la ocasión propicia para conformar el archivo institucional, labor para la cual debieron contratar otra bibliotecóloga. Comenzaron creando archivos individuales de egresados, cada uno con un registro bibliográfico. Luego, hicieron lo mismo con colaboradores retirados. Y se depuraron los documentos necesarios para las carpetas. Si antes la de un estudiante podía ser de sesenta folios, luego cada carpeta no tuvo más de diez. La idea fue reducir la cantidad de información en papel para guardarla de forma virtual mediante un escáner.

Y para aprovechar las aulas de sistemas con internet y la interconexión con la biblioteca, la Luis Ángel Arango dispuso un enlace para que los estudiantes accedieran a su catálogo desde la institución.

Se ejecutaron tantos mecanismos para mejorar el servicio de consulta y se le invirtieron tal cantidad de recursos a lo largo del tiempo que en esos últimos años de los noventa la biblioteca de la Konrad Lorenz se ganó un gran prestigio como importante fuente de conocimiento. Algún día, una destacada bibliotecóloga de la ciudad visitó a Beatriz Flórez; conoció la organización de las colecciones, el espacio de lectura y la tecnología



Auditorio tercera sede de la institución
1998 – 2006

aplicada, y dijo: «Esta es una biblioteca como la de las mejores del país, pero chiquita». Beatriz lo tomó como un digno elogio: su trabajo de tantos años había logrado darle a esta biblioteca el nivel de las mejores del país.

De la misma manera, la doctora Martha Restrepo que se desempeñaba como docente e investigadora en la Universidad Nacional tenía por costumbre enviar a la biblioteca de la Konrad Lorenz a muchos de sus estudiantes interesados en psicología científica, conductismo y análisis experimental del comportamiento porque «la bibliografía era realmente buena».

Juan Alberto se internaba en la biblioteca siempre que llegaban libros nuevos. Beatriz le separaba, sobre todo, los importados. Una de las exigencias más insistentes que Juan Alberto le hacía a los profesores era la de que incluyeran mucha lectura en las clases. Además, les advertía sobre la necesidad de estudiar textos en inglés. «La ciencia y la tecnología no hablan solo español», decía.

A partir de cierto momento, Beatriz comenzó a medir estadísticas del uso de la biblioteca. Las directivas y el personal docente se sintieron muy satisfechos luego de ver que los datos eran notables. Después de haber sumado todos los préstamos en un semestre se podía concluir que cada alumno de la institución había retirado al menos diez libros. «Eso se debía a la buena organización de la biblioteca», dice Beatriz. «Pero también al perfil estudioso y lector de los estudiantes de la Konrad». Estos datos comprobaban que el prestigio no era gratuito.

El investigador Jim Walters, que en ese tiempo tenía el cargo de decano de la Facultad de Psicología, veía que ese sólido compromiso de los estudiantes con la carrera podía ser una consecuencia directa de la atmósfera académica creada por la institución. «Ni en esos años que había recursos muy limitados —dice—, la Konrad Lorenz dejó de cumplir con las obligaciones para con los estudiantes y el personal administrativo y docente. No había pie para que los estudiantes no cumplieran con sus deberes». No importaba que trabajaran medio tiempo o que se ocuparan en actividades paralelas, la comunidad konradista era puntual y responsable. Valga decir en este punto que en sus 36 años de vida, la institución

nunca ha recibido una demanda laboral y no ha perdido una tutela; el Ministerio de Educación nunca le ha hecho un llamado de atención.

Jim Walters había asumido la decanatura luego de que la doctora Patricia Valencia hubiera renunciado para atender preocupaciones familiares. Con Walters en ese cargo, Juan Alberto buscaba que el programa de Psicología continuara con el enfoque conceptual y riguroso, que le permitía al egresado una formación clara y fuerte en investigación.

No era una medida del todo caprichosa de las directivas. A pesar de que la carrera tenía la acreditación de calidad del CNA, los parámetros para renovarla estaban acercándose a las mediciones de indicadores. Un programa que quisiera recibir la acreditación o renovar la obtenida años atrás debía encontrar la manera de responder con indicadores en gestión institucional y logros académicos.

Jim Walters comenzó a asistir a las reuniones de ASCOFAPSI y rápidamente sus pares y gente del medio le extendieron opiniones generosas acerca de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz. Le reconocían que además del crecimiento en infraestructura y población estudiantil, el programa de Psicología venía ejerciendo gran influencia dentro de los estudios nacionales en el área. Admiraban que aun cuando se estuviera acercando a los veinte años de fundación del programa, la Konrad Lorenz siguiera fiel al enfoque científico experimental.

Walters resaltaba la determinación de las directivas para invertir recursos en personal calificado, tecnología para las salas de sistemas, para los laboratorios, para las cajas de investigación con animales, para el bioterio, en fin. La política institucional no escatimaba gastos destinados a mejorar la generación de conocimiento.

Walters también argumentaba que el modelo de gestión administrativa de la carrera de Psicología era replicado en el resto de programas y posgrados. «Todo funcionaba de manera rápida —recuerda hoy— y cualquier petición que hubiera que hacerle a la administración (fondos para laboratorios, libros, profesores, etc.) se hacía velozmente». En últimas, era la manera en que Sonia siempre había gerenciado a la institución y que ya en la postrimería de la década del noventa se había convertido en el sello konradista: organización y planeación ejemplar.



Visita del profesor Mario Bunge, físico, filósofo y epistemólogo a la Institución
1988

Fondo de colaboradores

El último año de la década del noventa fue para la Fundación Universitaria Konrad Lorenz de un sinsabor en medio de la virtud.

La institución ya estaba estructurada por completo, gozaba de estabilidad y prestigio, y era autosuficiente en términos económicos. Con el dinero de las matrículas pagaba los créditos, cubría la nómina y el arriendo, y alcanzaba a ahorrar para las construcciones del futuro cercano.

Sonia Fajardo y Juan Alberto Aragón disfrutaban del trabajo y de su vida en pareja. Hasta cierto punto ya miraban el pasado con la satisfacción de haber logrado lo que se habían propuesto. Aunque restaban metas por concluir, como el de edificar una sede propia y seguir avanzando en la consolidación de la institución, el proyecto que se habían trazado antes de casarse estaba cumplido en líneas generales.

Pero Colombia atravesaba por uno de los episodios más críticos en su larga historia de violencia. Las guerrillas, los paramilitares y un sinnúmero de organizaciones delictivas campeaban en casi toda la provincia y cometían cualquier cantidad de crímenes en las ciudades. Uno de ellos, predilecto y estratégico para las guerrillas y cometido también por bandas especializadas, era el secuestro. Y muchos de los líderes sociales de bajo y mediano perfil, millonarios o de clase media, estaban siendo acechados por secuestradores.

Sonia y Juan Alberto tuvieron conocimiento de que se encontraban muy expuestos y de que su seguridad estaba en riesgo: en cualquier momento serían raptados, por mucha protección que les brindaran. A pesar de que la Konrad Lorenz ha sido una institución sin ánimo de lucro, había quienes creían que ellos dos eran un par de empresarios enriquecidos. Y la medida más efectiva para evitarlo era el exilio.

A mediados del año, con tristeza y no poca preocupación, los esposos Aragón Fajardo se radicaron en Miami y le propusieron al Consejo Superior que nombrara como rector al doctor Luis Fernando Fajardo y que le encargaran el liderazgo del resto de procesos administrativos. Desde su adolescencia, Fajardo había estado al tanto de la génesis de la institución

y de su desarrollo. Con Juan Alberto sostenía una relación afectuosa, franca y leal. Y aunque era menor que Sonia, siempre se había ofrecido como su mejor amigo y su apoyo incondicional. Nadie más cercano y de íntima confianza que él para tomar las decisiones más comprometedoras en los años que venían. Incluso, para el resto de la comunidad konradista —colaboradores, docentes y muchos estudiantes— el doctor Fajardo era una figura muy cercana a la que se podía acceder en cualquier momento para charlar divertidamente o para hacerle consultas médicas. Lo reconocían como una persona afable y cordial.

Luis Fernando Fajardo había estudiado medicina en Brasil y a su regreso a Colombia en 1988 encontró trabajo como médico de la Konrad Lorenz y docente catedrático en una asignatura del programa de Psicología. «Era una materia relacionada con Medicina que se llama Morfofisiología —dice—. Se estudia neuroanatomía y neurofisiología que son bases para estudiar psicología». Casi al mismo tiempo entró a cursar una especialización en Psiquiatría. También, se encargó de darles vida a los equipos de volleyball de hombres y mujeres, entre estudiantes y colaboradores, para participar en las competencias internas e interuniversitarias. Como en Brasil había llevado una vida deportiva intensa, desplegaba un juego muy superior que puso a la Konrad Lorenz a ganar varios torneos.

El doctor Fajardo se desempeñó como catedrático y médico de la institución por más de tres años, hasta que Patricia Valencia, que era la coordinadora académica, solicitó que lo vincularan como docente de tiempo completo pues la evaluación de su rendimiento laboral era repetidamente notable. Él aceptó y le entregaron materias para las jornadas diurna y nocturna. Aunque no estaba ejerciendo plenamente la medicina —apenas las horas que podía atender pacientes dentro de la institución— se sentía satisfecho enseñando. «Me gustaba enseñar, motivar y sorprender al estudiante».

Tiempo después, la decanatura le pidió que asumiera la dirección del área de biología. Al aceptar halló en este cargo la oportunidad de generar puntos de contacto entre la Psiquiatría y la Psicología científica. Para ello implementó asignaturas como Psicofarmacología y Psicopatología.



Sonia Fajardo Forero y Luis Fernando Fajardo, durante
la celebración de los 20 años de la institución

2001

En eso estaba —entre la docencia y la atención médica— cuando el Consejo Superior le pidió que asumiera la Rectoría y liderara el resto de procesos administrativos mientras duraba el exilio de Sonia y Juan Alberto. «Yo dije que sí. Asumí esa tarea contando con el permanente acompañamiento de ellos».

Fue una temporada compleja y agotadora para el doctor Fajardo. Respondía por la Rectoría, debía atender la mala salud de su mamá y debía estar pendiente de los asuntos personales de Sonia y Juan Alberto. Para llevar adelante y con acierto estas actividades, llamó a la doctora Patricia Valencia y le pidió que volviera a trabajar en la Konrad Lorenz, esta vez en calidad de asistente de Rectoría. Valencia era la profesional indicada pues conocía ampliamente todos los procesos de la Facultad de Psicología. Ella dijo que sí y el trabajo entre los dos corrió de maravilla. Fajardo y Valencia se entendían en todos los campos y las decisiones cotidianas se discutían con amabilidad y audacia.

Meses después, en enero de 2000, Juan Alberto propuso ante el Consejo Superior a la doctora Valencia para que asumiera la Vicerrectoría Académica. El Consejo la aceptó, se lo ofreció y ella estuvo en ese cargo siempre apoyando la gestión de Luis Fernando Fajardo y procurando seguir los lineamientos gerenciales y académicos de la institución.

Fajardo y Valencia heredaron varios procesos que ya iban en desarrollo: de un lado, la modernización tecnológica enfocada a la creación de herramientas para el conocimiento; y del otro, la acreditación por segunda vez de la carrera de Psicología. Fajardo, además, practicó un excelente manejo de las finanzas institucionales. «Todo lo que se necesitara para funcionar, allí estaba. Pero siempre pendiente de generar un ahorro, así tendríamos un muy buen colchón. Este ahorro luego funcionó como parte del músculo financiero para la futura construcción de la sede propia».

Pero quizá el proceso que más lo hizo sentir orgulloso fue su gestión, junto a la de Valencia, para lograr el aumento del número de estudiantes en todas las carreras a través de la permanencia estudiantil y la disminución de la deserción. La estrategia para ello fue crear planes de recuperación de estudiantes durante los periodos intersemestrales. Y les

fue tan bien con estos planes que terminaron siendo incorporados como política de la institución.

En agosto del 2000 el doctor Fajardo tuvo que afrontar uno de los momentos más incómodos a lo largo de la vida institucional de la Konrad Lorenz. Luego de haber encontrado un enorme desorden administrativo en el Fondo de Colaboradores, los integrantes del mismo citaron a una asamblea extraordinaria para que el contador y el gerente dieran explicaciones.

La situación era muy delicada porque el Fondo, aunque es una persona jurídica aparte, es una de las entidades más queridas y sensibles del personal administrativo, docente y de servicios. Se le reconoce como el mecanismo exacto que le permite a un empleado mejorar sustancialmente su calidad de vida. Y como las cuentas no daban, cabía la posibilidad de que hubiera sido objeto de saqueo.

El Fondo tuvo origen cinco años después de fundada la institución, con 32 colaboradores. Muy al principio, no existía como parte de su organización pero los colaboradores y las directivas ya realizaban algunas actividades de orden similar. Nohora Lucía Sarmiento, una de las encargadas de Servicios Generales, recibía y depositaba en una cuenta bancaria una colecta de pequeñas porciones de salario que los colaboradores aportaban mes a mes. De ahí se extendían préstamos que luego empezaban a pagar a cuotas con un interés muy bajo. «Era un trabajo más para mí —recuerda Nohora—, pero lo hacía con todo el gusto y la satisfacción». Hasta que llegó el punto en que la cantidad acumulada de dinero y el número de colaboradores aportantes exigió llevar las cuentas en un libro de contabilidad. Nohora, entonces, le entregó su trabajo a Edgar Vela, que laboraba precisamente como auxiliar de contabilidad. Un día, uno de los celadores llamado Norberto Rojas se le apareció a Sonia en la oficina y le pidió regaladas muchas bolsas negras. Ella le dijo que sí y le preguntó para qué eran. Rojas le contó que con su familia iba a invadir un lote porque no tenía otro lugar para vivir. Sonia se asustó: iban a quedar prácticamente a la intemperie, además de que las invasiones eran uno de los negocios ilegales practicados por mafias y ciertamente perseguidos por la policía.

Sonia le preguntó cuánto costaba un lote y Rojas dijo que al menos unos 100 mil pesos. La institución no se podía permitir préstamos de ese tipo. Pero como podía ser un caso de vida o muerte, Sonia conversó con Juan Alberto la posibilidad de que del presupuesto de funcionamiento de la institución le prestaran esa plata a Norberto. El rector estuvo de acuerdo. Pero al momento de pedirle asesoría al contador, se dieron cuenta de que ese movimiento de dinero no se podía hacer. La ley no permitía que una fundación les prestara plata a sus colaboradores ni que les cobrara intereses luego. La opción que restaba, aclaró el contador, era la de crear un fondo de colaboradores.

A Juan Alberto Aragón no le sonó para nada esta solución. Pensaba que permitir un fondo de colaboradores era facultar un sindicato. Y un sindicato, en las condiciones de la época, podría poner en riesgo la estabilidad financiera de la institución.

Ante la encrucijada, Sonia llamó al abogado Adelmo Rincón —quien había dado el visto bueno a los estatutos de la institución— para que conversara con Juan Alberto y le espantara los temores. Rincón le explicó que no había mayores riesgos y que era normal y hasta necesario permitir un fondo de colaboradores dentro de una entidad de educación superior. Juan Alberto aceptó. Vino la redacción de los estatutos, la conformación de la junta, el registro y la obtención de la personería jurídica.

Finalmente, la institución le prestó los 100 mil pesos al fondo y este se los prestó al celador Norberto Rojas, quien después de todo pudo comprar el lote y empezar a construir la casa para su familia.

Desde ese día el Fondo comenzó a nutrirse de los pequeños porcentajes del salario de sus miembros y también de recaudos que lograban en actividades de esparcimiento como fiestas y bingos. Pero a partir de 1998, el financiamiento mejoró ostensiblemente. Hay que recordar que en ese año la institución compró el lote de la calle 63 con carrera novena, en el que en algún momento empezaría a edificar su propia sede. Y mientras salía de algunas deudas y recogía una buena bolsa de recursos para empezar la construcción, le había entregado esa propiedad en comodato al Fondo para su usufructo.

Antes y después de la firma de ese comodato, Juan Alberto les sugería a los miembros del Fondo que la mejor opción del lote era convertirlo en un parqueadero, pero administrado por una firma que lo arrendara. De esa manera, el Fondo recibiría menos dinero pero se libraría de la contratación de personal y del pago de salarios, prestaciones, horas extras y el sinnúmero de requisitos de ley.

El gerente del Fondo era Misael López, que para esos días también se desempeñaba como decano de Administración de Empresas. Entre él y varios de los integrantes del Fondo obviaron aquella sugerencia y optaron porque el Fondo asumiera la gerencia del parqueadero y la contratación y el resto de cosas. Sonia y Juan Alberto se desentendieron del tema porque confiaban plenamente en Misael.

Hasta que llegó el día del año 2000 en que las cuentas no dieron. Los integrantes del Fondo nombraron una comisión conformada por docentes de reputada calidad moral para que investigaran qué había sucedido. La comisión concluyó que nadie se había robado un peso, pero sí había un enorme desorden administrativo: había colaboradores del parqueadero a quienes nunca se le habían cancelado las cuotas de seguridad social y de horas extras. De ahí que fuera citada la asamblea extraordinaria. Y como Sonia y Juan Alberto estaban exiliados, fue Luis Fernando Fajardo quien asistió por parte de la Rectoría.

La asamblea empezó bajo la normalidad y el protocolo. Pero llegado el momento en que la junta directiva le pidió explicaciones a Misael López, este le echó la culpa del caos al contador del Fondo, Carlos Páez, que también lo era de la Konrad Lorenz. «Misael dijo en esa reunión —cuenta Sonia— que Juan Alberto le había dicho a él que si Páez no era el contador del Fondo de Colaboradores, el parqueadero no podía ser administrado por el propio Fondo».

Luis Fernando Fajardo, molesto por esta especie de acusación velada, recordó que el parqueadero había sido entregado en comodato con un contrato en el que no aparecía ninguna cláusula que impusiera tal o cual persona en función alguna. Y como López insistió en su versión, Fajardo telefoneó a Juan Alberto y lo puso en altavoz para que todos escucharan.



Emilita de Fajardo junto a sus hijos Luis Fernando y Sonia, y el Doctor Juan Alberto Aragón durante la celebración de los 20 años de la Institución
2001

«En esa llamada, Juan Alberto dijo que esa afirmación era perversa y que eso no era verdad», recuerda Sonia.

—Si usted está diciendo eso —le dijo Juan Alberto a López— es para salvarse.

Todos los colaboradores creyeron en la versión de Aragón y rechazaron las explicaciones de López. En seguida dieron inicio a un juicio de responsabilidades que concluyó con la expulsión de Misael López y del contador Páez. «Juan Alberto y Misael eran buenos amigos —dice Sonia—. Juan Alberto lo apreciaba y desde ese momento se acabó la amistad».

Tras la salida del Fondo, a la institución le quedó imposible conservar a López y a Páez en sus cargos. No había manera de que el resto de colaboradores les hubieran mantenido el respeto y les hubiesen vuelto a prodigar confianza. Así que en breve, Páez recibió su carta de despido. Pero como Misael López estaba cerca de pensionarse, la Konrad Lorenz no podía tomar la misma medida. Y lo que hizo fue pagarle el sueldo mientras cumplía las semanas necesarias para alcanzar la jubilación, pero modificando sus funciones y responsabilidades laborales.

Fue una medida costosa para las finanzas de la Konrad Lorenz pero justa con la larga y meritoria carrera de López y el papel que jugó desde su temprana vinculación a la institución. Si bien Sonia y Juan Alberto se ganaron la enemistad o el recelo de Misael López, atesoraron el respeto y la confianza de la totalidad de los colaboradores de la institución.

A partir de entonces, el Fondo nunca más permitió que sus miembros administraran el parqueadero de la 63 con novena. Y fue una firma especializada la que ordenó el caos financiero y administrativo, y concilió con los acreedores. Saneado todo, el parqueadero fue alquilado por un gimnasio de la zona y el Fondo pudo empezar a ahorrar el dinero percibido por el canon de arrendamiento. Se puede decir que este fue el inicio del periodo de solvencia y solidez económica de que goza hoy.

Juan Alberto Aragón nunca les dejó de recordar a los miembros de la junta directiva del Fondo que nada de aquello hubiera sucedido si desde el comienzo le hubiesen hecho caso. Y para todos fue claro que si él

como asociado del Fondo y como rector y fundador de la Konrad Lorenz hubiera impuesto esa decisión, la hubiesen acatado. Pero también confirmaron una vez más que Juan Alberto proponía la construcción del Fondo entre todos, sin autoritarismo, así esto conllevara costosos errores.

En la actualidad, el Fondo es una organización de más de 3641 millones de pesos que le ha otorgado a sus miembros casi 800 créditos en diferentes modalidades, entre los que destaca el de vivienda y el de educación, y ha entregado anualmente diversos auxilios en situaciones urgentes o coyunturales. Para la Konrad Lorenz es uno de sus más grandes motivos de orgullo.

El retorno

Después de tres años de exilio, Sonia y Juan Alberto regresaron a Bogotá. No había sido un exilio fácil. A pesar de haber estado al tanto de la institución y de haber viajado permanentemente al país y expresamente a las reuniones de Consejo Superior, sobreaguaron la mayoría del tiempo extrañando sus rutinas en Colombia. Y como poco de lo que ejercieron en Estados Unidos guardaba relación con su pasión por la educación y la academia, cayeron en algunos momentos de angustia. Sonia, sobre todo, llegó a enfermarse de depresión y estuvo bajo el cuidado y apoyo de su hermano. Pero ya de nuevo en el país volvieron a ponerse al frente de la Konrad Lorenz.

Luis Fernando Fajardo retornó a la docencia, a recibir pacientes en su consultorio y a culminar una maestría en Dirección Universitaria. Su tesis de grado fue la implementación de un sistema de educación virtual para la Konrad Lorenz. Y cabe decir que desde antes del exilio Juan Alberto Aragón había iniciado esta área, para lo cual había contratado a un profesor inquieto por las nuevas tecnologías de la información que se encargaría de producir libros electrónicos —para la época, el avance más representativo en el área—. El plan empezó de manera incipiente, hasta que el doctor Fajardo le dio el impulso que hoy le es reconocido periódicamente por los pares académicos. «Capacitamos docentes y estudiantes

en el uso de nuevas tecnologías de la información —explica—, para el proceso de enseñanza y aprendizaje. Y se ha liderado el diseño de objetos virtuales de aprendizaje que sirven como apoyo al estudio independiente del estudiante».

No más al llegar, Sonia y Juan Alberto encontraron que ya se habían consolidado algunos procesos puestos a rodar antes del exilio. La carrera de Administración de Empresas había mutado su enfoque hasta convertirse en una novedosa Administración de Negocios Internacionales. El currículo había sido obra de un maestro del área llamado Santander Blanco. Los estudiantes de la primera promoción se habían matriculado en 1998 y para ese 2003 ya estaban a punto de graduarse.

El cambio había sido escalado y cuidadoso. Su origen tenía todo que ver con la necesidad nacional de insertarse en la Globalización de manera óptima y oportuna. El nuevo currículo se enfocó en la formación de administradores de empresas con una alta especialidad en temas internacionales como finanzas globales, mercados financieros e idiomas. En adelante, los egresados quedarían preparados para cumplir diversas tareas dentro de una compañía, siempre con miras al contacto efectivo con el resto del mundo.

Un hombre con larga experiencia en el sector empresarial y académico como Luis Enrique Pantoja era uno de los docentes más queridos por el estudiantado. Y su credibilidad le permitía proponer enfoques más sólidos y pertinentes de algunas materias. «En un tiempo —dice— la materia de logística y distribución física internacional la habían fusionado con la materia de gestión de operaciones. Y eso era grave porque son dos campos distintos».

El profesor Pantoja logró separarlas y enfatizar en la primera a tal punto que en la actualidad hay varios egresados que se dedican específicamente a la distribución y logística internacional para diversos mercados en el mundo. Quizá el caso más emblemático es el de Janeth Alarcón, una konradista que seis o siete años atrás se mudó a China para establecer una empresa de servicios logísticos para empresas colombianas que pretendan entrar al mercado chino. «Cuando una empresa quiere

comprar en ese país envía un funcionario. La empresa de Janeth ahorra ese desplazamiento y le disminuye el costo a los interesados, porque su empresa hace el recorrido, compara productos, analiza el mercado, gestiona los contactos comerciales facilitando ese acceso».

Al mismo tiempo, funcionaba con muy buenos resultados el mecanismo de becas de las «Élites Académicas», especialmente para el programa de Ingeniería de Sistemas. Muchos de los estudiantes de escasos recursos económicos y de más altos puntajes en las pruebas del ICFES seguían recibiendo la oportunidad de estudiar gratis esta carrera. Y había un caso en particular que tenía conmovidos a varios colaboradores de la institución. Uno de los beneficiados se había visto obligado a abandonar los estudios y perder la beca. Residía en un barrio lejano al sur de la ciudad y todos los días debía ir a pie hasta la institución porque ni siquiera tenía dinero para pagar los pasajes del bus. Tiempo después regresó a la Konrad Lorenz, más o menos por la época en que Sonia y Juan Alberto ya estaban en Bogotá. Habían transcurrido unos cuatro años y Grace Bateman habló con él. La ingeniera le guardaba cariño porque el estudiante había sido monitor de una de las salas de internet. El joven le contó que por fin estaba trabajando en una empresa de sistemas, que ya tenía recursos para pagarse lo que le faltaba de la carrera y que quería graduarse. «Él habría podido terminar en otra universidad

—dice Grace Bateman—, pero me explicó el por qué no: “¿Cómo crees que voy a terminar mi carrera en otro lado si aquí fue donde me abrieron las puertas?”. Estaba agradecido con nosotros porque aquí había tenido la oportunidad de realizar su sueño gracias al programa de becas». En Matemáticas la poca afluencia de interesados y finalmente de matriculados, aún con las becas, sí exigía un replanteamiento de la promoción de la carrera. La escasez de estudiantes llegó a ser tan preocupante que la institución discutió la posibilidad de cerrar el programa, pues en términos económicos no daba ni para los gastos y se mantenía con los recursos generados por Psicología y Administración de Negocios Internacionales.

Y es que además del déficit financiero del programa, la institución debía cumplir con uno de los requisitos que exige la autoridad educa-

tiva del Estado que es la viabilidad financiera de cada programa. Sin exagerar, el programa de Matemáticas estaba en rojo. Se daba el caso de tener un estudiante por semestre. Eso quería decir que la institución debía mantener un cuerpo docente completo para el provecho de una sola persona. Y aunque era tremendamente costoso, las directivas no iban a cancelar el semestre. La prioridad de la institución en todos los niveles ha sido la de no perjudicar al estudiantado. En otras palabras: hacer todo lo necesario para favorecerlo.

Sonia se puso a investigar qué podía hacer. Hasta que un profesor vinculado a universidad amiga le sopló la estrategia:

—¿Saben qué hacemos nosotros? —le dijo el profesor a Sonia—. Determinamos que todas las materias de matemáticas que se enseñan en las otras carreras deben estar adscritas al programa de Matemáticas. De esa manera, el programa vende los servicios. Y como en el resto de carreras los estudiantes tienen que cursar al menos una materia de matemáticas, el ingreso de recursos es constante.

Sonia propuso esta estrategia en el Consejo Superior y, tras el debate, fue aprobada y pasó a ser implementada. Desde eso, el programa de Matemáticas es solvente.

Un componente que tampoco contaba con la mejor suerte era el de Humanidades. Antes del exilio, Juan Alberto le explicó a Sonia lo necesario que era para los estudiantes tener la posibilidad de cursos libres en áreas de cultura general que les ayudaran a comprender la cosmovisión del hombre contemporáneo. Debían ser cursos por fuera del currículo a los que sólo asistieran quienes lo quisieran. Y debían ser coordinados por Bienestar Estudiantil y debían ser impartidos por un intelectual que se hiciera querer de los estudiantes. Fue así como contrataron a uno de los escritores e historiadores bogotanos más ilustrados y divertidos de su generación, el maestro Alfredo Iriarte.

Tras el paso de Iriarte, la institución contrató al profesor Jorge Castillejo, quién además de variar y ampliar el contenido del curso propuso crear la revista Suma Cultural. A Juan Alberto esta idea le agradó mucho, pero Sonia le advertía que mantener otra revista más era muy costo-

so y la situación financiera exigía priorizar otros gastos. «Pero no había quién... —dice Sonia—. Cuando Juan estaba decidido, no había quién lo frenara. Entonces, a mí me tocaba apoyar, impulsar las cosas y ver cómo las manejaba; porque no era fácil. En la noche, al llegar al apartamento, nos poníamos a conversar y si él estaba decidido a llevar a cabo una idea, me convencía. Me daba clases de filosofía, de lógica, de la historia de los países, de lo que fuera y ahí caía yo enamorada de esos temas y de los proyectos, aunque fuera difícil».

Suma Cultural se empezó a publicar ininterrumpidamente una vez por semestre. Entre tanto, los cursos no tuvieron mucha acogida a pesar del esfuerzo institucional. Asistían muy pocos estudiantes. Para contrarrestar esto, se propuso que los que se inscribieran y fueran sin falta al curso recibirían dos puntos adicionales en el promedio general del semestre.

Una vez Sonia y Juan Alberto volvieron al país, Castillejo les anunció que no podía continuar al frente. Para contratar a otro profesor que además se comprometiera a ser el coordinador de Humanidades y a sacar adelante esos cursos, la institución publicó anuncios en los periódicos. Juan Alberto entrevistó a varios candidatos hasta que llegó una polaca llamada Bárbara Skladowska. «Se pusieron a conversar en polaco y quedaron flechados los dos por el trabajo —dice Sonia—. Él le dio la idea de lo que quería hacer y Bárbara lo ha desarrollado muy bien desde entonces».

En un lapso de cuatro años, digamos entre 2002 y 2006, estos cursos dejaron de ser un componente de Bienestar y se convirtieron en el Instituto de Humanidades, dependiente de la Rectoría. Y de dos o tres cursos, pasaron a ser cuarenta.

—Ya tenemos cuarenta cursos de humanidades —le dijo Sonia, un día a Juan Alberto—. Ya tenemos el menú ¿cómo te parece?

—Se te está yendo la mano —contestó Juan Alberto, un tanto sorprendido—. ¿Cómo que cuarenta cursos?!

—Ponte a pensar que son dos mil alumnos y todos pasan por humanidades. Todos tienen que ver mínimo tres asignaturas de cultura



Laboratorio de Análisis Experimental del Comportamiento,
segunda sede
1999 – 2016

general. —Al escuchar esto, Juan Alberto comprendió el alcance de este proyecto y aplacó su impresión.

En la actualidad, se ofrecen más de ochenta cursos y la mayoría son bien apreciados por la comunidad estudiantil. Hay cursos de cultura rusa, de cultura de la India, historia de Colombia, varios de literatura, de antropología, en fin. Suma Cultural, a su turno, tiene editor, personal de planta y un gran equipo de gente joven matriculados en maestrías de áreas de ciencias sociales y humanas.

Quizá el proceso académico que a mediados de la década del dos mil mostraba un desarrollo más sostenido era la investigación científica en Psicología.

De un lado, la revista Suma Psicológica había madurado notablemente bajo la dirección de Maritza Sandoval. El diseño de carátula y páginas interiores ya era más ágil y actual. Pero lo importante es que buena parte de la producción intelectual reflejada en los artículos publicados estaba siendo estudiada y discutida en otras facultades. Aldo Hernández, hoy vicerrector académico, era apenas un estudiante en la Universidad Católica cuando a finales de los años noventa y principios del dos mil varios de sus profesores sugerían la revisión constante de Suma Psicológica y en ocasiones exigían la lectura de artículos específicos. «Yo me preguntaba cómo era posible que una institución tan joven publicara una revista tan buena». A esta publicación, se aunó la de la Revista Latinoamericana de Psicología (RLP). Creada por el doctor Rubén Ardila en 1969, la RLP se erigió como el impreso de divulgación de estudios en Psicología más importante de América Latina. En 2006, la Konrad Lorenz la incorporó a su catálogo de publicaciones y comenzó a liderar su coordinación editorial. En la actualidad es uno de los grandes orgullos konradistas, pues se encuentra en las bases de datos de citación de ISI y SCOPUS con un índice de alto impacto, que la sitúa como la primera revista de Psicología en Colombia y la segunda en América Latina.

Y del otro, el Centro de Investigaciones había sido acreditado por el CNA desde 1999 y Colciencias lo tenía clasificado en categoría tipo A. Esta entidad del Estado también venía financiando algunas investiga-

ciones de docentes de Psicología y las pruebas y hallazgos eran realizados en los laboratorios de la institución.

Los laboratorios, además, siempre habían estado en el primer orden de prioridades de inversión por parte de las directivas y para esos años 2004, 2005, contaban con la mejor tecnología disponible. El mismo Aldo Hernández también recuerda que apenas entró a la Konrad Lorenz y tuvo contacto con los laboratorios se sintió seducido y sorprendido por la calidad de los equipos y la disposición de los espacios dentro de la sede de la calle 73.

Había un laboratorio de análisis del comportamiento con cinco Cajas de Skinner y un laberinto radial para el estudio del comportamiento de las ratas. Había un bioterio que ya cumplía con los requisitos de ley para el trato y cuidado de los animales. Estos espacios eran usados a tiempo completo por docentes como Óscar Utria, Arturo Clavijo, Lawrent Marchal, junto con varios de sus estudiantes.

En directa relación con el análisis del comportamiento había un laboratorio de Bio—Feedback o retroalimentación biológica, que también tuvo lugar en la institución desde los años ochenta. Otro laboratorio era el de cognición y percepción, para el cual las directivas habían adquirido los instrumentos emuladores de ilusiones visuales y auditivas. En las sedes anteriores, estos equipos ya existían pero carecían de espacio propio y los investigadores los sacaban y volvían a guardar según la necesidad.

Sede propia

La Fundación Universitaria Konrad Lorenz permaneció en la calle 73 No 10-45 entre 1998 y 2006. Ocho años de crecimiento, desarrollo, expectativas y, como se dijo antes, fortalecimiento financiero. Tiempo suficiente para emprender el último gran paso en la consolidación del sueño: edificar la sede propia.

En 2004, Sonia Fajardo y Juan Alberto Aragón se presentaron en el banco con el que siempre habían tramitado créditos y demás servicios. Querían solicitar un préstamo por unos 9 mil millones de pesos para

edificar la sede. La respuesta del banco fue que para otorgar un crédito de ese tamaño y con ese fin la institución debía anexar los estudios de construcción, planos de la obra y varios documentos de ley. Sonia y Juan Alberto respondieron que no lo iban a hacer de esa manera, que no iban a invertir una cantidad considerable de dinero pagando toda esa documentación si no tenían la certeza de que iban a contar con los fondos suficientes para construir.

La disyuntiva obligó a una junta extraordinaria del banco, a la que asistió incluso su presidente. La respuesta fue que sí les prestarían los 9 mil millones de pesos, pero con la condición de que los pagaran en un lapso de tres años. Sonia objetó. Dijo que un préstamo bancario debía tener en cuenta la mejor manera de pago para el cliente. Y para las finanzas de la Konrad Lorenz, la manera más sensata era cubrir esa deuda en cinco años, no en tres.

La solicitud quedó detenida por unos días. Justo hasta que apareció una entidad de crédito público llamada Findeter. Esta entidad le dijo a la Konrad Lorenz que le prestaba el dinero por intermedio del banco y que podían pagar la deuda en cinco años a cuotas con unos puntos más bajos de interés.

Con la certeza de esos recursos, Sonia y Juan Alberto comenzaron a recoger la mayor cantidad de dinero que la Konrad Lorenz tenía a su alcance: el de los ahorros y el de la venta de varios activos como la casa de la 77 con 11. Este negocio se hizo con los padres Agustinos, comunidad religiosa que aspiraba a abrir un centro de educación superior.

Durante unos días debatieron el precio exacto del inmueble. Sonia subió la tarifa a 2 mil millones de pesos. Los padres pidieron un avalúo especializado que más tarde arrojó la cifra de 1700 millones. En el tira y afloje, el precio acordado fue de 1800 millones y Sonia quedó de entregarles la casa apenas ellos cancelaran el dinero completo.

Ocurrió que los religiosos pagaron más rápido de lo esperado y Sonia con ayuda del personal debió desocupar la casa en un tiempo maratónico y mudarse al edificio de la calle 73. Como los espacios de esta sede estaban usados en su totalidad, varias oficinas tuvieron que estrecharse

para recibir a los recién llegados. Sonia le tuvo que dar su oficina a la vicerrectora académica Graciela Amaya de Ochoa, y meter sus cosas en la Rectoría para despachar desde allí.

La construcción de la sede tuvo fecha de inicio en febrero de 2005. A la larga, la Konrad Lorenz no se vio obligada a endeudarse por los 9 mil millones. Entre los ahorros y la venta de activos recogieron más de 4 mil millones. Y el faltante se lo fueron pidiendo al banco en la medida en que la construcción lo fue necesitando.

El edificio estuvo terminado en junio de 2006. Y por primera vez en la historia de la institución la mudanza fue contratada íntegra. Para los colaboradores más antiguos, la llegada a la calle 63 con carrera novena fue un momento de júbilo y satisfacción. «Ya estamos en la sede propia», decían orgullosos. «Ahora sí, no nos vamos a mover de un lado para otro, sino que vamos a quedar aquí fijo». Doris Miriam Vargas, una empleada de servicios generales, se dijo: «Que rico. Son ocho pisos. El trabajo se me va a agrandar, pero chévere saber que esto ya es de la Konrad Lorenz».

La obra fue contratada con la firma Rivera Realpe y el arquitecto Alberto Ayerbe. El diseño fue pensado para que todo el espacio tuviera acceso a la más moderna tecnología. Y como cada piso quedó interconectado por un anillo de fibra óptica, los salones comenzaron a ser dotados con las conexiones especiales para audio, video e internet de cable. Así mismo, la cafetería se convirtió en el punto de mayor cubrimiento para uso de internet inalámbrico y los ocho pisos de la edificación quedaron prestando el servicio mediante un Access Point corporativo, para toda la comunidad konradista.

La biblioteca fue otro de los lugares más beneficiados. Amplió su capacidad de usuarios y el servicio dejó de ser bajo el sistema de estanterías cerradas para ofrecerse como un espacio abierto. Los estantes que se habían usado hasta ese momento fueron reutilizados por otras dependencias como las del archivo de estudiantes o la de contaduría. Pero al volverse un sistema de uso abierto, la biblioteca debió establecer



BIBLIOTECA **Juan Alberto Aragón Bateman**



Biblioteca Juan Alberto Aragón Bateman
Inauguración: **29 de julio de 2006**

medidas de control y seguridad para no perder libros. En adelante, libros y revistas fueron marcados con bandas de seguridad y códigos de barras.

No hubo oficina o dependencia que no resultara beneficiada con la sede propia. En Bienestar, para citar un caso más, el espacio alcanzó para ofrecer salas de juegos y recreación. Hubo más salones de clase y más aulas de sistemas. Y los laboratorios se hicieron más espaciosos y cómodos.

Por su arquitectura de estilo sobrio y moderno —concreto exterior, metales, granito y generosos espacios interiores—, este edificio contribuyó con la modernización del barrio. La mayoría de las edificaciones vecinas habían sido construidas treinta o cuarenta años atrás; unas pocas tenían más historia. Pero casi todas se veían desvencijadas y un tanto deslucidas. También trajo luz a calles oscuras y poco a poco se ha ido erigiendo como un punto de referencia en el corazón de Chapinero.

La inauguración tuvo lugar el 29 de julio. Fue un acto emotivo al que asistieron los amigos históricos de la institución y los colaboradores. El acto central fue la puesta al descubierto de la placa recordatoria fijada en las paredes de la entrada al edificio. Juan Alberto Aragón se encargó de levantar el velo y decir unas palabras. Llegó al acto con ayuda de un caminador. De un tiempo para acá venía sufriendo de las rodillas. Ya le habían operado una y la otra estaba a punto de entrar a cirugía. A su lado, como siempre, Sonia Fajardo, con sus ojos alargados y su gesto sonriente, aunque durante el momento de la lectura de la placa dejó escapar unas lágrimas de felicidad.

Al verlos allí a los dos, henchidos de orgullo y plenitud, encanecidos y con sus cuerpos maleados por los años, fue fácil descifrar el tiempo transcurrido. Habían pasado poco menos de tres décadas desde su matrimonio y la puesta en marcha de este proyecto. Si la celebración de los primeros egresados en 1987 había sido para la Konrad Lorenz el certificado de su mayoría de edad como institución de educación superior, la inauguración de esta sede podía ser entendida como la manufactura del sueño: la fe en una idea había cobrado volumen y altura sobre la ciudad de Bogotá.

Cuarta sede principal
Inauguración: **29 de julio de 2006**



IV. 2007–2017

El futuro en buenas manos

Desde el momento en que la vida institucional comenzó en la sede propia se despertó una gran motivación cotidiana en la mayoría de los colaboradores y, por supuesto, en Sonia y Juan Alberto.

Ese resto de 2006, el buen ánimo y el optimismo contagiaron a toda la comunidad konradista. Los estudiantes se sentaban a conversar en las escaleras del edificio, ocupaban la cafetería, retozaban en la terraza del séptimo piso bajo sol mañanero y, en general, se apropiaban palmo a palmo de la sede. De la misma manera, profesores y personal administrativo se dieron cuenta de que los ascensores, la biblioteca, los salones de esparcimiento, las salas de cómputo y los espacios exteriores del edificio permanecían en constante uso.

Aquel paisaje cotidiano podía entenderse como la constatación de dos situaciones: una de ellas, que la infraestructura propia amplificaba el sentido de pertenencia de estudiantes, profesores y colaboradores, como si desde ese momento cada quien se sintiera dueño y doliente de esas paredes. Y la otra, que el crecimiento de la población estudiantil se asomaba inatajable.

Prácticamente desde su origen, pero sobre todo desde finales de los años noventa, la Konrad Lorenz había entrado en este estado de crecimiento perpetuo. La cantidad de aspirantes aumentaba con cada matrícula y en una media sostenida. De un semestre para otro se contaban cien estudiantes más. Y tras un lapso de dos años —o cuatro semestres— podía haber sumado unos quinientos estudiantes más.

Expansión y atención

Esta progresión dio un salto en 2007 luego de que las directivas hubieran abierto los siguientes dos pregrados: Ingeniería Industrial y Mer-

cadeo. Con esta ingeniería, la Konrad Lorenz quiso acercarse desde la academia al sector industrial de la ciudad que en ese momento se aprestaba a afrontar la firma de tratados de libre comercio entre Colombia y varios países del mundo. Una carrera que ofreciera un enfoque de producción pensado en el libre comercio podía llegar a ser muy novedosa y necesaria para el país.

Al principio, las directivas dudaban si abrir Ingeniería Industrial o Ingeniería de Robótica. Pero una vez realizados los estudios de factibilidad se decidieron por Industrial enfocada en el mejoramiento y optimización de procesos, servicios y productos. Para lo cual invirtieron cuantiosos recursos en laboratorios ideales y personal docente. De hecho, la institución contrató al ingeniero industrial Jairo Vargas, reconocido profesional en el gremio y en la academia, para que elaborara un programa actualizado y pertinente.

Con el programa de Mercadeo ocurrió otro tanto: si la institución ya estaba involucrada en el estudio de los negocios internacionales, el paso siguiente debía darse desde la técnica: cómo acceder a mercados globales y cómo hacer del mercado local un lugar tentador para el cliente internacional. Y estos dos escenarios serían desarrollados desde el análisis del consumidor, área en que la Konrad Lorenz es pionera en el país.

A partir de entonces, la pregunta que con alguna frecuencia se planteaban las directivas era por la expansión y sus límites. En el Consejo Superior se discutía la posibilidad de establecer un tope de matriculados: Juan Alberto defendía la idea de no sobrepasar la barrera de los tres mil estudiantes. Y más tarde el Consejo sometía a debate la posibilidad de llevar la institución a otra ciudad. Una seccional en Medellín, quizá.

El tiempo y las circunstancias se encargaron de debilitar ambas ideas. La posibilidad de abrir una seccional en otra ciudad se fue diluyendo en la medida en que en la misma Bogotá se fue haciendo necesario planear nueva infraestructura. De hecho, en el plan de desarrollo quinquenal 2011-2015 se estableció la fecha en la que empezarían a construir los edificios que rodearían la sede central. de acuerdo con el plan maestro de planta física.

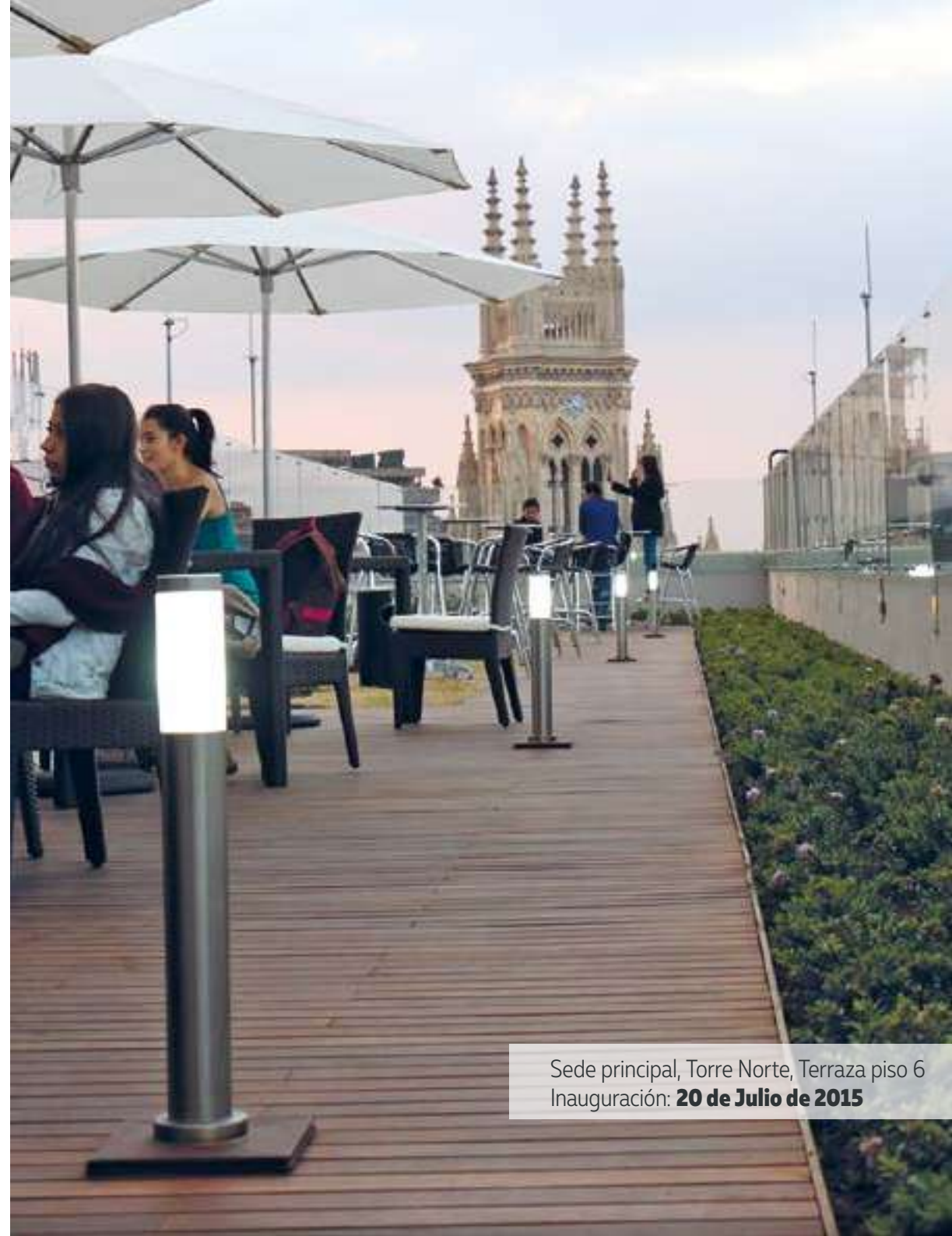
A su turno, la posibilidad de estancar en un tope máximo la población estudiantil se hizo insostenible: si antes de 2011 había menos de tres mil matriculados, hacia finales de 2012 y mediados de 2013 ya era de 3.200 y la curva iba en aumento.

Lo que las directivas sí se impusieron fue extremar el control sobre el ingreso de nuevos estudiantes para no convertir rápidamente la institución en una universidad masiva. Algunas de las que habían surgido al mismo tiempo que la Konrad Lorenz podían tener dos o tres veces más de población estudiantil, así como seccionales en varias ciudades. «Nosotros no —dice Luis Fernando Fajardo, hoy asesor de la Rectoría—. Nesotros le apuntamos a quedarnos en una ciudad y con un promedio de cuatro mil estudiantes. Esto no nos hace mejores o peores, nos hace diferentes». Una decisión de este tipo revela las prioridades de la institución. Hay que entender que para duplicar la población estudiantil habría que triplicar los recursos para garantizar la calidad académica. Y eso es un proceso que toma tiempo. «Vamos de manera prudente con el crecimiento —dice Sonia—. Lo primero es mantener la calidad».

Durante estos últimos diez años, justamente lo que lleva de inaugurada la torre principal, han tenido origen nuevas oficinas con las que la institución ha querido fortalecer la vida académica y la gestión administrativa.

Una de las que más ha traído provecho a la población estudiantil es el Centro de Consejería Académica. Su objetivo es el acompañamiento a los estudiantes para que logren cursar la carrera con éxito hasta alcanzar el grado. Durante los diez semestres, la Consejería se dedica a medir los índices de deserción y de mortalidad académica —que es cuando un estudiante pierde el cupo por razones no disciplinarias, como reprobar tres veces una misma asignatura o reprobar cuatro asignaturas en un mismo semestre—. Con estos datos, la oficina puede aproximarse a las causas y proponer acciones para reducir la deserción y la mortalidad.

Este despacho surgió en 2009 por idea de Sonia y aprobación del Consejo Superior. Y aunque ha ido perfeccionándose poco a poco, desde su origen ha desarrollado estrategias para salvar la situación académica



Sede principal, Torre Norte, Terraza piso 6
Inauguración: **20 de Julio de 2015**

de un estudiante o de un grupo de estudiantes. En casos individuales, la Consejería cuenta con psicólogos y practicantes enfocados en el área de la psicología educativa. Estos profesionales le ayudan al estudiante a descifrar por qué le está yendo mal en alguna asignatura o le ayudan a encontrar cuáles son las causas para que tenga en riesgo su semestre. Si es el caso, la Consejería le ofrece tutorías especiales con profesores.

Para casos colectivos lo que hace este despacho es identificar las características del grupo de estudiantes; después, organiza talleres focales por grupos más pequeños que se arman según el semestre: unos, los que están entre primero y tercero; otros, los que están entre cuarto y quinto; y otros, los que se encuentran de sexto hacia arriba.

La Consejería también acompaña a los estudiantes sobresalientes. A quienes obtengan un promedio superior a 4.3 y cumplan con exigencias de disciplina se les reconoce con menciones de honor. A los cinco primeros de cada carrera se les hace un reconocimiento especial. Entre los planes a futuro, esta oficina quiere implementar un sistema de alerta que permita hacerle un seguimiento aún más detallado a cada estudiante. De tal manera que si comienza a faltar a clase muchas veces o a bajar su rendimiento académico, el sistema lo anuncia con antelación y se pueda evitar una consecuencia grave. Todo este esfuerzo tiene como fin reducir el índice de deserción y mantenerlo siempre por debajo de la media del resto de las instituciones de educación superior del país.

La actual directora de esta oficina es Elizabeth García, una egresada que durante su pregrado destacó por su excelencia académica. A media carrera fue elegida por los mismos compañeros para hacer parte del grupo de gestores estudiantiles, cuya misión es la de liderar procesos de mejora en la vida institucional. Este grupo de líderes del que ella hizo parte logró sacar adelante varias iniciativas entre las que recuerda haber creado la emisora virtual Konradio y la instauración del Día del orgullo Konradista.

Por dedicación, Elizabeth terminó siendo elegida como la representante de todo el grupo ante el Consejo Superior. «Fueron dos años en los que pude conocer a fondo cómo funciona la Konrad Lorenz desde

el punto de vista administrativo y académico». En aquellas reuniones, Elizabeth conoció más de cerca a Juan Alberto Aragón.

Cuando ella llegó a su primera reunión de Consejo no olvida que el rector la presentó con detalle a los demás miembros: contó quién era Elizabeth García, qué promedio tenía, de qué carrera venía, cuáles eran sus competencias y cómo se había desempeñado en los Gestores Estudiantiles. «Eso fue impresionante —dice—. El doctor Aragón me distinguía entre más de dos mil estudiantes. Fue muy chévere para mí».

En otras reuniones, Elizabeth también participó en discusiones académicas con Juan Alberto y notó que él «no era envidioso con el conocimiento» y sí le gustaba mucho compartir las ideas. Tenía un humor inteligente, era muy humano, honesto e inspiraba respeto con sólo verlo. «Siendo una persona tan inteligente, nunca fue arrogante y siempre buscaba compartir lo que sabía o iba descubriendo».

Durante la cena que las directivas organizaron para celebrar la tercera acreditación del programa de Psicología, Elizabeth recuerda que quedó sentada en la misma mesa que él, pero a sillas de distancia. Era una mesa de gente mayor, todos destacados profesionales. Ella, la única estudiante. Y al segundo de que cada quien hubiera ocupado su asiento, Juan Alberto le preguntó a Elizabeth su opinión acerca de este reconocimiento para la institución. «Él y todos los de la mesa me escucharon con atención. Eso me marcó mucho. El doctor Aragón siempre mostraba interés por lo que uno tuviera que decir».

Pocos meses antes de que se graduara, Elizabeth fue candidatizada y finalmente seleccionada para quedarse trabajando en la institución. Se le ofreció el cargo de la Coordinación Académica. Ella aceptó feliz. Desde su ingreso a primer semestre se había propuesto que algún día iba a trabajar en la Konrad Lorenz. Y ese día le llegó en julio de 2012. Detrás de ella hubo otros exgestores estudiantiles que también fueron vinculados laboralmente, algunos como profesores.

Dos años después, en julio de 2014, Elizabeth fue encargada de la dirección de la Consejería Académica. Y a su llegada vio que la oficina había crecido, había más colaboradores y realizaban más funciones. Los

estudiantes, por su parte, ya habían desarrollado un alto sentido de pertenencia y sentían que esta oficina era una instancia fundamental para el bienestar académico. «Creo que parte del crecimiento —explica Elizabeth— está relacionado con que hay todavía egresados que estuvieron conmigo en Gestores y que ahora se sienten parte de lo que es la Konrad Lorenz».

Oficina de comunicaciones

Desde el primer día de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz, Juan Alberto Aragón fue rector y presidente del Consejo Superior. Pero a mediados de 2010, Juan Alberto le dijo a Sonia que ya no podía continuar con los dos cargos. El de la rectoría, sobre todo, le exigía más esfuerzo y tiempo, dado el tamaño alcanzado por la institución. A Juan Alberto una cirugía en sus rodillas cuatro años antes le había limitado buena parte de su movilidad. No había quedado discapacitado ni reducido a una silla de ruedas, pero le costaba mucho trabajo el simple hecho de caminar y prefería desplazarse por los corredores de la sede y hasta dentro de su apartamento en un coche personal eléctrico.

En su sentido de responsabilidad, Juan Alberto hubiera querido nunca faltar a un día en la Konrad Lorenz, pero ya se sentía menguado físicamente. Esto, justo en un momento en que se estaban tomando decisiones fundamentales para el plan de desarrollo de los siguientes cinco años. Para el resto de las directivas y para una gran parte de los colaboradores de la institución él se había convertido en la persona que tomaba la decisión más sabia. En otras palabras: las personas que le rodeaban siempre estaban a la espera de una instrucción o de una orientación sobre cómo resolver contingencias del oficio.

Juan Alberto lo sabía y lo discutió con Sonia. Le dijo que él la iba a postular como candidata a la rectoría. Sonia aceptó, aunque le pidió que en principio solo fuera como «adjunta». Tras de lo cual, Juan Alberto la propuso ante el Consejo Superior que, en votación posterior, la eligió.

La experiencia de Sonia al frente de la institución era incuestionable. Nadie como ella conocía palmo a palmo cada detalle de la infraestructura, de la parte administrativa y de la académica. Pero al ella solicitar que fuera rectora adjunta, pretendía someterse a un periodo de prueba para demostrarle a la comunidad konradista que tenía la capacidad. «Yo estaba segura de que sí lo podía hacer, pero debía ganarme el respeto de los académicos de la institución». Para Sonia era claro que una cosa había sido su trabajo en la parte administrativa y gerencial —lugar en el que todos la admiraban— y otra distinta empezar a tomar decisiones que involucraban asuntos académicos.

En un lapso de cuatro o cinco meses, Sonia sacó adelante una serie de cambios rápidos y funcionales que modificaron para bien el espectro laboral de los docentes y los investigadores. Y todos se lo reconocieron. Fue entonces cuando ella sintió que había ganado su espacio dentro de los académicos y que podía continuar ya no como adjunta sino como rectora en propiedad. Finalmente, en marzo de 2011 fue nombrada por un periodo de dos años.

Durante este tiempo, Juan Alberto se encargó exclusivamente de las funciones de la presidencia del Consejo Superior. Y siempre estuvo pendiente de la rutina de Sonia, de las decisiones que había tomado durante el día, de los encuentros con el personal y de los giros que daba la institución. La mayoría de su tiempo Juan Alberto permanecía en su apartamento pensando en el futuro y analizando las circunstancias del país para anticipar nuevas políticas que fortalecieran a la Konrad Lorenz. La otra parte del tiempo se la dedicaba a la lectura, a recibir la visita de su hijo, Juan Sebastián Aragón, con sus nietas.

Juan Sebastián acostumbraba almorzar con su padre todos los jueves. Y aprovechaba la ocasión para que sus hijas —que estaban de brazos— compartieran tiempo con su abuelo. Luego del café, les gustaba pasar a la sala a conversar de cosas cotidianas, expectativas, temores, infidencias. Por supuesto, Juan Alberto casi siempre hablaba de la institución y los planes del futuro.

Juan Sebastián notaba que su padre sentía algún ligero remordimiento por no estar a diario en su oficina, aunque al mismo tiempo lo veía tranquilo y cómodo. «A mí me hubiera gustado verlo viajando por el mundo, conociendo restaurantes deliciosos, porque era un excelente comensal —dice Juan Sebastián—. Pero cuando por fin tuvo el tiempo y la manera, eso a él ya no le interesaba».

Era mediados de 2011 y el alcance público de la Konrad Lorenz más su intrincada organización interna estaban requiriendo con premura la instrucción de una oficina de comunicaciones, un despacho exclusivo que implementara un metódico y preciso mecanismo de circulación interna de la información y un estratégico plan de comunicaciones hacia afuera que fortaleciera la imagen institucional.

A lo largo de su vida, Juan Sebastián había visto a la Konrad Lorenz como el lugar de trabajo de Sonia y su papá. Pero él nunca se había imaginado vinculado laboralmente allí. Desde niño su sueño era ser actor. Y por influencia de su mamá, Gloria Triana, y su tío, Jorge Alí Triana, él siempre había estado cerca del medio. De hecho, a muy temprana edad Juan Sebastián había participado como actor en un programa de televisión y ya en su adolescencia había interpretado algunos papeles que le significaron reconocimiento y dinero.

En ese tiempo, a Juan Alberto las pretensiones de su hijo no le agradaban para nada. Hubiera preferido que Juan Sebastián optara por un oficio entregado al conocimiento y a la ciencia. Y que más adelante, en su adultez, terminara vinculado de alguna manera a la Konrad Lorenz. En el fondo, a Juan Alberto la actuación y otros trabajos relacionados con la televisión le parecían inestables y de mucho riesgo salarial. «Mi primer trabajo como actor lo hice a los 9 años —dice Juan Sebastián—. Y a mi papá eso le parecía terrible desde todo punto de vista».

Hasta que llegó el día en que esta tensión empezó a ceder. Tras una temporada de interpretar papeles en telenovelas y teatro, Juan Sebastián alcanzó a ahorrar un dinero con el cual se iba a costear un año de estudios en arte dramático en una escuela de Nueva York. Luego de haber realizado los trámites de ingreso se vio con su papá para enterarlo. «Se

puso bravísimo y me dijo que Nueva York era carísimo y que él no me podía pagar eso».

Juan Sebastián le contestó que no le estaba pidiendo plata, que tenía ahorros para el primer año y seguramente allá encontraría la forma de pagarse el segundo año. Dos días más tarde, Juan Alberto telefoneó a Juan Sebastián para que le mostrara los papeles de la institución en la que iba a estudiar y para que le contara en detalle el plan de esos dos años. Al ver que la institución era de prestigio y que el plan de su hijo era serio, le ayudó a juntar el dinero para el segundo año.

Entre sorprendido e incrédulo, pero agradecido, Juan Sebastián se inclinó a creer que su papá había reaccionado de esa manera porque era generoso con todo el mundo y no era capaz de negarse a apoyar a su hijo. Lo cual no significaba que hubiera aceptado su elección por el arte dramático. Sin embargo, Juan Alberto terminó de sorprenderlo poco después regalándole un libro de la historia del teatro. «Con ese libro mi papá me quiso decir: “acepta tu pasión”».

A su regreso al país, Juan Sebastián volvió a sumergirse en el mundo de la actuación y transcurrió un tiempo antes de que terminara acercándose a la Konrad Lorenz. De niño, Juan Sebastián había participado en algunas de las actividades extracurriculares que ofrecía la institución. Especialmente en prácticas de taekwondo en la sede de 77 con 11. «Allá mi abuela era la encargada de la cafetería y a mí me parecía elegantísimo que mi papá pudiera firmar en vez de pagar en efectivo». Todos los colaboradores y el personal docente lo distinguían como el hijo del doctor Aragón y le prodigaban afecto y cuidado.

Ya en la sede propia, veinte años después, Juan Sebastián empezó a dictar un taller de teatro como optativa para todas las carreras y lentamente fue reconociendo el valor de la Konrad Lorenz, así como el tamaño de la obra que habían desarrollado Sonia y su papá. «Toda la vida había visto a la Konrad Lorenz como un proyecto en evolución, pero luego comprendí que lo hecho por Sonia y mi padre era sumamente inspirador: sin un peso habían fundado una universidad. Y ahora uno va a montar un café y aparecen mil problemas».

Quizás por todo ello, Juan Sebastián aceptó encargarse de crear esa oficina de comunicaciones. Como si en lo profundo de sí mismo se hubiera dicho: «Voy a darle gusto a mi viejo». A partir de entonces se fijó que apenas la institución contara con su propio auditorio trabajaría para convertirlo en un espacio cultural, pero no únicamente para la comunidad konradista sino también para la ciudad entera, al estilo del Teatro Julio Mario Santo Domingo. De lograrlo, este espacio podría convertirse en una de las maneras más efectivas para conectar a la Konrad Lorenz con la sociedad y mostrarse de una forma distinta en Bogotá. «Como esta institución no tiene ánimo de lucro —dice Juan Sebastián— podría crearse una buena sinergia con la empresa privada para armar una amplia oferta cultural de bajo costo para toda la ciudadanía». Sin embargo, había muchas otras estrategias que tocaba implementar antes de ponerse a pensar en el auditorio.

Cuando Juan Sebastián se posesionó, la Konrad Lorenz estaba celebrando 30 años de existencia y uno de los objetivos que trazaron las directivas para los siguientes cinco años y que debía empezar a resolverse inmediatamente fue elevar el posicionamiento de la marca, pues en ese momento muchos ciudadanos seguían desconociendo que existía esta institución y los que sí la habían oído creían que era solamente una escuela de psicología.

El primer proyecto liderado por Juan Sebastián consistió en mejorar la página web para convertirla en la mejor vitrina. Era claro que la mayoría de la gente se informaba por este medio de las carreras, los costos y el enfoque. Al comienzo, la página web funcionaba más parecido a un blog interno que publicaba hechos de la vida cotidiana de los colaboradores como los cumpleaños y otra cantidad de datos de no mucha trascendencia para la ciudadanía. Pero con el perfilamiento, la página web abrió espacios específicos para estudiantes, profesores y personas externas, y se nutrió con información detallada de todos los servicios de la institución.

También se ideó un mecanismo para poner a disposición de quien lo necesitara toda la producción académica de los programas. Se comenzó a fortalecer el uso de las redes sociales, sobre todo como canal de comu-

nicación con los estudiantes en periodos de mucha afluencia para descongestionar los trámites. Y más tarde se contrató al prestigioso publicista Carlos Duque para que adelantara la planeación y ejecución de la nueva imagen institucional.

Hubo un par de años en los cuales Juan Sebastián tomó distancia para adelantar proyectos de otra índole, pero en 2016 se volvió a incorporar a la institución. Esta vez a cargo de la Dirección artística y cultural. Con la maravilla entre sus manos de inaugurar lo que había sido su temprana aspiración: el auditorio de 230 sillas, que llevó por nombre Auditorio Sonia Fajardo.

La inauguración fue el 18 de agosto de aquel año y tuvo como acto central un concierto de Totó La Momposina, al que fueron invitados colaboradores y estudiantes de la Konrad Lorenz, personalidades de la academia y amigos de la institución. Esa noche cobró forma lo que Juan Sebastián había anhelado: que este espacio no solo sirviera para asuntos académicos, sino también para actos culturales. «Mientras lo diseñaron —dice Juan Sebastián— tuve la oportunidad de sugerir cosas para que cumpliéramos con ese objetivo. Que tuviera tramoya, una barra de luces más robusta, salidas laterales, entre otras cosas».

En la actualidad, este auditorio es un recinto que se ofrece para varios tipos de eventos: los que tienen que ver con la propia institución —grados, celebraciones aniversarios—, los que guardan relación con el mundo académico —congresos, simposios, foros—, los que provienen de compañías y marcas privadas —lanzamientos de producto, lanzamientos de campaña, asambleas—, y los que se ofrecen a la ciudadanía como parte de la vibrante vida cultural bogotana: conciertos de todas las músicas, danza y obras de teatro. «En este aspecto, la Konrad Lorenz quiere marcar diferencia con otras universidades —dice Juan Sebastián—. Al ofrecer espacios culturales, la institución deja de ser únicamente un centro académico y se vuelve un punto para el encuentro ciudadano».

Fue así, paso a paso, que Juan Sebastián terminó formando parte del grupo de personas que trabajan día a día por mantener en las mejores



Presentación de Totó la Momposina
en el Auditorio Sonia Fajardo Forero
Inauguración: **18 de agosto de 2016**

Sonia Fajardo Forero, Juan Sebastián Aragón y Totó la Momposina
Inauguración del Auditorio 2016



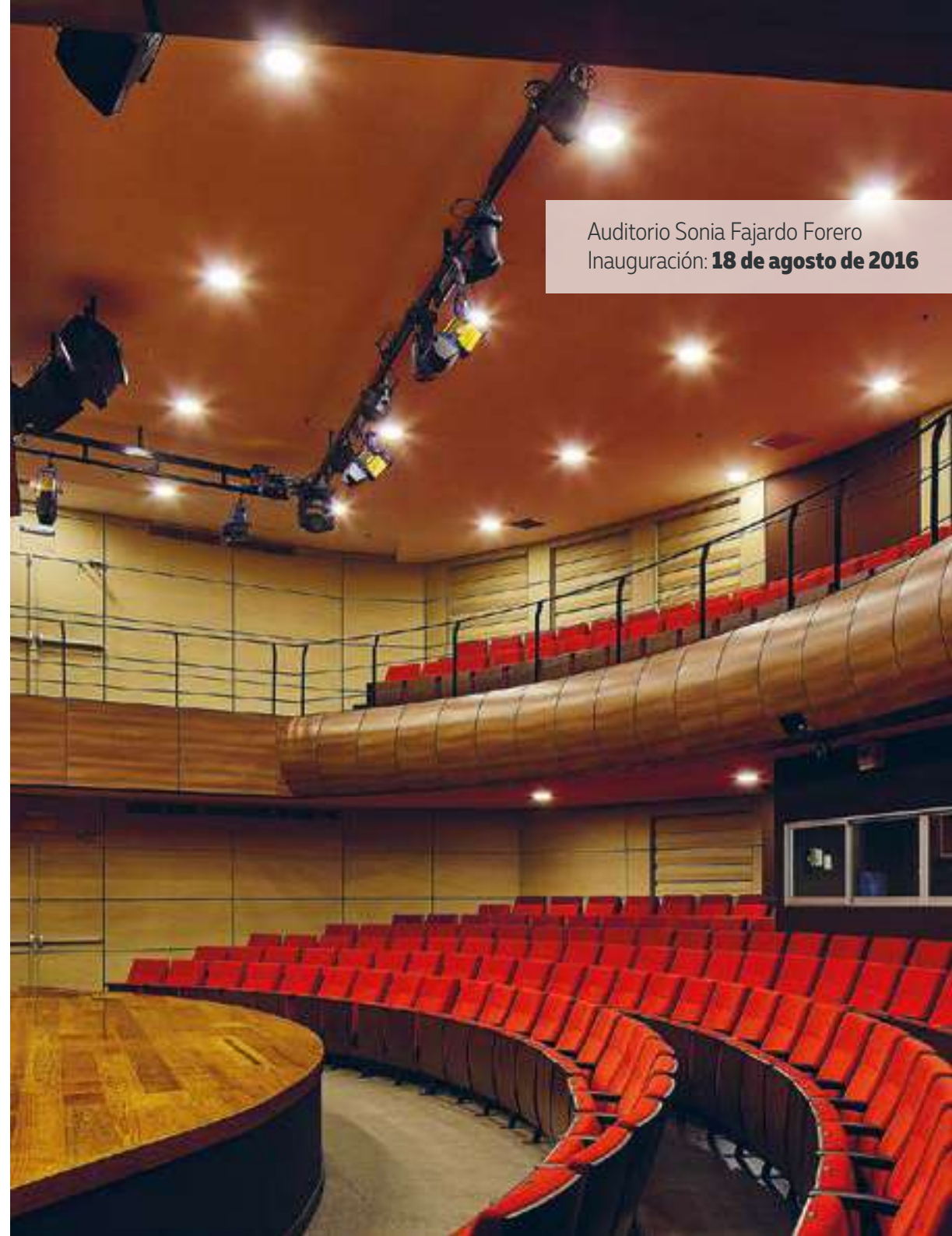
condiciones lo que siempre ha sido el proyecto de vida de los fundadores. Lo que siempre había querido su papá.

El nombramiento de Juan Sebastián Aragón en la oficina de comunicaciones fue el más reciente de los cargos dentro de la Konrad Lorenz asumidos por miembros de la familia Aragón Fajardo. Y sin embargo, lo que en otras instituciones hubiera podido ser pretexto para críticas externas o rumores mal intencionados, aquí poco de eso se escuchó. «Cada uno de esos nombramientos —dice Sonia— siempre se hizo pensando en la conveniencia institucional». Los que tuvieron lugar durante la primera década —por ejemplo la mamá de Juan Alberto que se encargaba de la cafetería— se justificaban porque eran personas de toda confianza y a quienes no les tenían que pagar salarios como si les hubiera tocado en caso de haber contratado a otras personas. Pero esto no eximía a los familiares de cumplir a cabalidad con las labores asignadas y de someterse a las evaluaciones de rendimiento.

Los que ocurrieron en años posteriores siguieron la misma lógica de la confianza, pero muchos de ellos debieron pasar un proceso de selección. La ingeniera Grace Bateman, prima de Juan Alberto, se ganó el puesto en la institución porque demostró competencias de alto nivel para realizar el trabajo. Como se dijo antes, Luis Fernando Fajardo pasó de la docencia hora cátedra a ser profesor de tiempo completo y luego a puestos administrativos porque siempre obtuvo muy buenos resultados en las evaluaciones. «Aquí los nombramientos nunca han sido por nepotismo», dice el doctor Fajardo.

Si alguno de los familiares nombrados no hubiera cumplido bien con su trabajo, la institución no lo hubiese mantenido en el puesto ni le hubiese seguido pagando un sueldo. Y si se hubiera necesitado una persona mejor preparada para ciertas tareas, la hubiesen contratado sin importar que el cargo estuviera ocupado por un familiar. «Lo importante es la institución y su crecimiento —dice Sonia—. Que la persona escogida esté calificada para el trabajo».

En alguna ocasión, Sonia tuvo la posibilidad de atestiguar el momento en que Juan Sebastián le contestó a alguien que él no había he-



Auditorio Sonia Fajardo Forero
Inauguración: **18 de agosto de 2016**

redado una empresa o un negocio familiar, que él había heredado una obra, la voluntad de trabajo en una institución de educación superior sin ánimo de lucro. No más que eso. Sonia sintió gran orgullo de él y renovó una vez más su fe en el futuro. «A mí me gusta mucho que la gente hable de que somos una familia. Y que nos admiren por eso, por que somos trabajadores y hemos empujado este proyecto juntos. No somos el concepto de familia que llega a desfaltar una institución».

Buenas manos

El 2013 comenzó con todos los procesos en marcha. El flujo de nuevos matriculados se mantenía en curva de ascenso, los proyectos de infraestructura estaban encontrando el espacio en ese sector de Chapinero, las investigaciones científicas y el posicionamiento de la institución en el espectro académico de la ciudad estaban en una situación óptima, y las finanzas seguían sólidas.

En marzo, Sonia fue nombrada rectora por segundo periodo con secutivo y su vida se desenvolvía entre las actividades de la Rectoría, las de la Vicerrectoría Administrativa —no habían nombrado a nadie en su reemplazo— y su tiempo junto a Juan Alberto Aragón. Por las noches, al regresar a su casa él la esperaba con más inquietud que sosiego, quería saber en detalle cómo había resuelto las contingencias y sorteado las complicaciones. No fueron pocas las veces que le reprochó una decisión. Hasta que Sonia le dijo calmadamente que ya no más, que ella estaba trabajando el doble porque a su tiempo en la oficina se le agregaba ese último encuentro con Juan Alberto que parecía ser un reporte de gestión. Él reflexionó y en adelante empezó a recibir a su esposa con atenciones y detalles. Nada que tuviera que ver con el trabajo. Veían películas, charlaban de cualquier cosa, Juan Alberto la enteraba de sucesos políticos de importancia global y tomaban uno o dos tragos de whisky antes de irse a dormir. «Pasábamos muy rico», recuerda Sonia con algo de melancolía.

La salud de Juan Alberto no era la mejor, pero tampoco era preocupante. Además de su escasa movilidad por las rodillas, padecía diabetes y tomaba

medicamentos a diario. Se le habían despertado algunas complicaciones en la piel que controlaba con tratamiento médico y el cuidado de Sonia. Nada de esto le afectaba el razonamiento ni la lucidez. Pero a principios de junio, en un viaje a Cartagena, Juan Alberto se vio afectado por una obstrucción continua del sistema renal. Y el día 5, domingo en horas de la madrugada, lo encontró la muerte en la camilla de una clínica, de manera inesperada. Tenía 76 años. Sonia siempre estuvo a su lado y tuvo la fortuna en esos últimos minutos de decirle cuánto lo amaba.

La noticia corrió entre familiares, amigos, allegados y los colaboradores más cercanos de la Konrad Lorenz. A todos los tomó por sorpresa. Nadie hubiera imaginado una muerte tan repentina. En muchos quedaba la sensación de que a Juan Alberto se le había interrumpido la vida. De que cargaba energía e ideas para varios años más. Y como el lunes había sido festivo, el resto de colaboradores de la Konrad Lorenz se vinieron a enterar hasta el martes en la mañana. Para todos fue un lapo moral irreparable. Lo lloraron como se llora al familiar más querido. Al que más iban a extrañar.

Cada quien lo recordó en su manera más cercana. Al profesor Carlos Pereira se le vino a la memoria el momento en que Juan Alberto le dijo: «Ya llegamos a la edad en que no podemos hacer planes a largo plazo». Y aunque estaba embargado por la tristeza, en el fondo sentía alivio: en su opinión, su amigo entrañable había muerto satisfecho de su obra, fiel a sus ideas y convencimientos. «Una de las grandes cosas suyas era que si él planteaba algo y tú con argumentos le decías “No, Juan Alberto”, él te daba la razón».

Sus estudiantes Claudia Caycedo y Maritza Sandoval recuperaron momentos vividos con él, escucharon sus enseñanzas y lo vieron caminando por los pasillos de la primera sede de la institución cuando ellas apenas eran unas adolescentes y él era su maestro. Claudia recordó la reunión del cumpleaños número 76 y el momento en que le comentó la posibilidad de adquirir un equipo para el laboratorio de neurociencias; lo vio contento, emocionado y lo escuchó decir:



Juan Sebastián Aragón, Juan Alberto Aragón
y Sonia Fajardo Forero
2011

«Tenemos que conseguir el mejor, que sea el mejor». Y Maritza trató de llenar el vacío diciéndose que si él estuviera viendo todos los proyectos que la Konrad Lorenz estaba adelantando se sentiría muy satisfecho y orgulloso.

A Patricia Valencia la asaltó el recuerdo de la vez que Juan Alberto la llamó para preguntarle a manera de reclamo que si ella lo estaba postulando a él para el premio del Colegio Colombiano de Psicólogos en la categoría «Vida y obra». Y escuchó que le dijo:

—No, no te pongas en eso. Yo no quiero. Te agradezco mucho. Muy querida tú. —Y se vio insistiéndole, haciéndole ver que era una modestia innecesaria, que su obra debía ser reconocida—. Bueno, lo que tú digas. Está bien. Como quieras. Pero no deberías ponerte en esas cosas —lo escuchó responder.

En las honras fúnebres Juan Sebastián leyó unas palabras en las que narró algunos de los momentos compartidos; destacó las virtudes del educador y la generosidad del rector. Más tarde, en lo profundo de su habitación, se dejó regresar a su infancia cuando tenía 4 o 5 años y con su papá dibujaba historias animadas que ellos mismos se inventaban, y los momentos en que se sentaban a ver en la televisión la serie Cosmos de Carl Sagan, y los momentos en que su papá lo empujaba a estudiar cosas más avanzadas que lo que le imponía el colegio.

Para Sonia, como para nadie más, la muerte del amor de su vida fue devastadora. Entendió que la soledad era la ausencia. Que el desamparo podía ser un sentimiento cotidiano. Y que las noches ya eran más frías.

El medio de la Psicología en Colombia se manifestó solidario. Y entre algunos de ellos se discutió la dimensión exacta de la obra de Juan Alberto Aragón y su aporte al conocimiento y dominio de la profesión.

Lo primero que quedó claro es que Juan Alberto no llegó a ser un psicólogo de obra escrita ampliamente citada por otros autores. Pero sí, un psicólogo que propugnó por defender esta profesión como una ciencia que pudiera validar el conocimiento, por alejarla de las corrientes interpretativas y ajustarla al método científico. Y como poco de esto era posible en la Colombia de los años setenta, tuvo la determinación de crear su

propio centro de estudios para convertirlo en una escuela de psicología científica. Y este centro de estudios se convirtió en un claustro de varias carreras que para la fecha de la muerte de su fundador ya le había dado al país poco menos de cuatro mil egresados.

El Colegio Colombiano de Psicólogos no le otorgó el premio a la vida y obra el año en que fue postulado por Patricia Valencia. Y luego de muerto, la Asociación Colombiana de Facultades de Psicología, ASCOFAPSI, le hizo un reconocimiento póstumo. Durante la ceremonia de entrega del pergamino, Sonia subió al estrado y dijo sin que se le doblgara la voz y en tono neutral:

Gracias por reconocer el trabajo de un hombre esencialmente bueno, un hombre que compartió en forma desinteresada su conocimiento, que desde que llegó a Colombia luego de culminar sus estudios en Polonia fue generoso con lo que sabía y lo enseñó. Muchos de los presentes fueron sus estudiantes. Un hombre que nos deja una institución de educación superior sólida, con generaciones de relevo dignas, bien preparadas y capaces de continuar con su legado y mantenerlo vigente.

En seguida, se saltó el protocolo y anunció un corto video que describía a Juan Alberto. Uno de sus auxiliares de la oficina de comunicaciones ya estaba en la cabina de control y le dio play al reproductor. Entre los asistentes había cualquier cantidad de egresados konradistas que recordaban cálidamente a su rector, pero también otras personas que por alguna razón habían terminado distanciados o enemistados con Juan Alberto y Sonia. Finalizado el video, los egresados se pararon de sus sillas y aplaudieron con vigor.

Tras la ausencia de Juan Alberto, Sonia en calidad de rectora y vicerrectora administrativa debió asumir el cargo de la presidencia del Consejo Superior. Y como desde hacía unos meses nadie se estaba desempeñando como vicerrector académico, también tomaba decisiones en esta área. Hasta que llegó el momento en que se hizo impostergable buscar a una persona que liderara, precisamente, la vicerrectoría académica.



Condecoración "Orden del Congreso de Colombia"
en el grado de Comendador, entregada por el Senado
de la República a la Fundación Universitaria Konrad
Lorenz por sus 35 años de labor educativa
20 de abril de 2016

Recordó que mientras su hermano, el doctor Luis Fernando Fajardo, cursó la maestría en Dirección Universitaria tenía una compañera llamada Lina Uribe Correa que siempre destacaba como la mejor estudiante. Sonia le preguntó a su hermano por ella y se dieron a la tarea de buscarla.

Nacida en Popayán, Lina residía en esa ciudad y se encontraba trabajando en temas completamente relacionados: había elaborado los estudios de factibilidad para la creación del Instituto Tecnológico de Educación Superior de Comfacaucá (hoy la Corporación Universitaria Comfacaucá) y hacía parte de la Comisión Nacional Intersectorial de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior CONACES — del Ministerio de Educación. En otras palabras, conocía al detalle las políticas estatales que regulan este campo. Además, se había graduado como PhD (Doctora en Filosofía) del Departamento de Administración Educativa y Estudios de Política, en la Universidad del Estado de Nueva York, en Albany. «Su formación y experiencia eran idóneas para lo que necesitábamos —dice Sonia—. Y además era de la misma ciudad de Juan Alberto. Para mí fue como una señal».

Así que, a partir del segundo semestre de 2013, Lina entró a ser parte de la comunidad konradista como vicerrectora académica. Su nombramiento completó un tridente femenino en el mando de la institución: junto con ella y Sonia estaba la egresada Yadira Blanco como directora de Planeación. Y en un medio tan dominado por el género masculino, estas tres mujeres podían imprimir un sello muy característico en las decisiones administrativas de la Konrad Lorenz.

Como egresada de Administración de Negocios Internacionales, Yadira dirigía esa oficina desde 2011 y tenía en la cabeza todo el plan de desarrollo del quinquenio 2011—2015. Había llegado a esa instancia por decisión de Sonia. En opinión de la rectora, Yadira destacaba por su alto sentido de pertenencia por la institución y sus cualidades en la organización de procesos y toma de decisiones, sin olvidar que había sido una de las mejores estudiantes de su carrera y había librado una corta y exitosa temporada como docente.

A lo largo del 2014 estas tres mujeres más Luis Fernando Fajardo, como asesor de la Rectoría, lideraron varios proyectos de infraestructura, planeación administrativa y académica.

Los registros del 2010 decían que el 79 por ciento de los 2565 estudiantes era de Psicología. Para variar esa cifra se crearon campañas centradas en la idea de que la Konrad Lorenz es «más que Psicología» y se desplegaron avisos en prensa que enfatizaban las varias carreras que ofrece este centro universitario. También, se iniciaron acciones concretas de divulgación y discusión sobre los otros programas. Internamente se debatieron los contenidos y la pertinencia de los currículos. Y los decanos y coordinadores académicos empezaron a visitar colegios para explicar esas carreras.

Tal parece que estas acciones surtieron efecto porque a finales de 2017 la proporción de matriculados era otra: de 3740 estudiantes el 66 por ciento eran de Psicología y el restante de las otras carreras.

En planeación administrativa también fue urgente fortalecer la internacionalización de la Konrad Lorenz unificando los esfuerzos que algunos programas venían haciendo de forma independiente. Para ello fue creada una cancillería y contrataron a una profesional llamada Sandra Guarín que se encargó de establecer tres líneas de trabajo: internacionalización en casa, internacionalización del currículo y movilidad saliente y entrante tanto de estudiantes como de docentes. Y en las tres líneas ya hay avances.

En cuanto a la infraestructura, se trataba de procurar que la ampliación y modificación de la sede central no tuviera contratiempos y que la construcción de los edificios que se estaban alzando alrededor no se viera interrumpida. Sin embargo, tal crecimiento de las paredes y la consecuente expansión del espacio para acoger a la numerosa población estudiantil debía estar sujeta al menos a dos aspectos: el desarrollo de la infraestructura tecnológica y la incorporación de más docentes.

A comienzos de 2015 todos estos puntos avanzaban incólumes. Si un observador externo hubiera tenido la opción de mirar con lupa todo este panorama se hubiera sorprendido de la eficacia en los tiempos de



Las directivas de la institución acompañadas por parte del equipo académico, administrativo y de la comunidad estudiantil, celebración de los 35 años de la Institución
2016

ejecución, de la exactitud en la satisfacción de las necesidades institucionales y en la rigurosidad en el manejo de los recursos. «Todo ha sido posible —explica Yadira Blanco— gracias al método konradista que es autoexigente y orgánico». También se debe a que desde su origen la Konrad Lorenz tuvo claro que sería una institución diferente. Un proyecto de una pareja de enamorados con sólidos criterios de honestidad y rectitud, convencidos de que la educación es el mayor bien social.

En los anaqueles de la oficina de Yadira Blanco reposa el documento con los estudios de factibilidad que Juan Alberto escribió a lo largo de 1980, cuando le dijeron que su proyecto no era apenas para una institución tecnológica sino que tenía todo el alcance y la profundidad para ser el de una institución universitaria. Hay ocasiones en las que Yadira lo hojea y se detiene en alguno de los apartes. Y se sorprende o se aterra al darse cuenta de que lo escrito allí hace más de 36 años es exactamente lo que hoy es la Fundación Universitaria Konrad Lorenz. En marzo de 2015 el Consejo Superior le entregó la rectoría a Lina Uribe Correa. Sonia Fajardo, feliz, le sucedió el cargo. Fue la primera vez que el timonel de la institución quedó en manos distintas a la de los fundadores. Sonia sacó sus cosas de la Rectoría y se las llevó para la oficina que había sido de Juan Alberto Aragón. Desde ese momento comenzó a usar el escritorio que había sido de su esposo, con el computador y la silla.

Liberada de los afanes de responder por la Rectoría, se dedicó a buscar en el pasado y a reflexionar sobre la vida que había construido. Encontró los álbumes viejos con las fotos de todas las épocas y se dejó llevar por los recuerdos. Al volver del ensueño puso en palabras su pensamiento. Se dijo que el proyecto Konrad Lorenz había funcionado porque había sido un trabajo de dos: Juan Alberto, con la certeza de que la psicología científica era necesaria en el país y se abriría a pesar de la obstinación; y ella con su cuidadosa manera de organizar y resolver cualquier proceso administrativo. Ambos convencidos, concentrados y determinados. «No sólo era nuestra pasión. Teníamos los conocimientos y la preparación». Se dijo que si en algún punto de la historia el proyecto hubiera fracasado ella hubiese sido capaz de empezar otro distinto desde

cero. Juan Alberto, por el contrario, no. «Él no tenía plan B. Él no podía quebrar. No podía fallar. Nunca lo hablamos así de claro, pero yo sabía que él sabía que no podía darse el lujo de fracasar».

Sonia salió de la oficina y paseó apaciblemente por la terraza del edificio desde la que se ve toda Bogotá. Iluminaba un sol de verano y las calles bullían. Se sentía plena. Al haber dejado la rectoría en nuevas manos estaba lanzando un voto de confianza en los fundamentos de la institución. Estaba probando que nadie, por importante que fuera, resultaba imprescindible para el futuro de la Konrad Lorenz. «Juan Alberto murió y fue un golpe emocional, pero todo continuó como si nada». Y finalmente estaba experimentando lo que era ver a la institución con cierta distancia. «Me estoy haciendo a un ladito para que los que están aquí tengan espacio y medida para tomar las decisiones». Aceptó que delegar es ceder el lugar y que ahora son otros los que deberán elegir y errar y elegir y acertar. La Konrad Lorenz fue el hijo que Sonia y Juan Alberto concibieron. Y aunque nunca es fácil soltar al hijo, Sonia sintió que ahora ya le quedaba más fácil.



EVOLUCIÓN DE LAS SEDES DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA KONRAD LORENZ



Primera sede
Calle 76 No.8-44
1979-1984



Sede de la Facultad de Administración de Empresas
Calle 70 No.9-69
1991-1998



Segunda sede principal
Calle 77 No.11-63
1984-2006



Sede de la biblioteca y prácticas del centro de Psicología Clínica
Carrera 12 No.70-44
1991-1998



Sede de Posgrados, Rectoría y Vicerrectoría Académica.
Calle 70A No.10-52
1991-1998



Sede Edificio Administrativo, adquirido por la Institución en 2011
Carrera 9A No.62-27
Inauguración: **Semestre I-2012**



Tercera sede principal
Calle 73 No.10-45
1998-2006



Cuarta sede principal de la Institución, Torre Central.
Carrera 9 Bis No.62-43
Inauguración: **29 de julio de 2006**



Cuarta sede principal
Carrera 9 Bis No.62-43
Inauguración: **29 de julio de 2006**



Cuarta sede principal, Terraza piso 6
Carrera 9 Bis No.62-43
Inauguración: **20 de julio de 2015**



Centro de Bienestar y Deporte,
Calle 62 No.9-43
Inauguración: **22 de enero de 2016**



Terraza Centro de Bienestar y Deporte
Calle 62 No.9-43
Inauguración: **20 de julio de 2015**



Cuarta sede principal de la Intitución
Carrera 9 Bis No.62-43
Inauguración: **20 de julio de 2015 (Torre Norte)**



Cuarta sede principal, terraza piso 6
Carrera 9 Bis No.62-43
Inauguración: **20 de julio de 2015**





Vista del jardín interior Torre Central de la Cuarta sede principal
Carrera 9 Bis No.62-43
Inauguración: **20 de julio de 2015**



Sede Edificio Corpocentro (Centro de consejería académica y Centro de psicología Clínica)
Carrera 8 No.64-42
Inauguración: **2 de agosto de 2011**

Agradecimientos

Un libro como este es el resultado de un esfuerzo colosal hecho por un grupo de personas. A pesar de que la firma de autor solo sea la mía, lo cierto es que hubiera sido imposible mi trabajo sin la ayuda sostenida de otros nombres. Empiezo citando el apoyo editorial que tuve de Sergio Rosas, un joven reportero aplicado y culto, quien fue mi estudiante universitario y ahora hace parte de la plantilla de revista Semana. Le doy las gracias a las directivas de la institución por haberme dado la oportunidad de escudriñar en sus vidas, de escuchar sus temores y anhelos. Agradezco a los docentes e investigadores que me ayudaron a entender el estudio de la Psicología y la admirable tarea que ha llevado a cabo la Konrad Lorenz en esta área del conocimiento. Por último, miles de gracias a Omaira Gil Cely y a Flor María Ortiz por su disposición y voluntad a la hora de resolver asuntos menudos, siempre urgentes, a lo largo de todos los meses de trabajo que tomó este libro, pero principalmente en los últimos días, cuando ya la energía de todos nosotros parecía agotada. Que la historia aquí consignada honre el esfuerzo de todos.

Juan Miguel Álvarez

Este libro presenta los orígenes, desarrollo y consolidación de una gran idea, impulsada por una gran pasión. La idea se refiere a brindar educación universitaria basada en la ciencia y en la búsqueda de la verdad, y al mismo tiempo relevante y contextualizada en el aquí y ahora. Una educación a la altura de los estándares internacionales, coherente y articulada, y que sirva para mejorar la calidad de vida de las personas. La pasión fue el empuje que dieron los fundadores, Juan Alberto Aragón y Sonia Fajardo, a esta idea.

Durante más de tres décadas la Fundación Universitaria Konrad Lorenz (FUKL) ha sido líder en investigación científica en Psicología, en aplicaciones socialmente relevantes y en la formación de profesionales con reconocimiento nacional e internacional. Más adelante también ha liderado otras áreas como Matemáticas, Ingeniería de Sistemas, Ingeniería Industrial, Mercadeo y Administración de Negocios Internacionales. La obra muestra las facetas humanas, administrativas y culturales de la planeación y desarrollo de la F.U. Konrad Lorenz. Da luces sobre la psicología en Colombia, el contexto social y profesional. Es una obra que demuestra que el tesón, la obstinación, y que tener “la mirada en los cielos y los pies en la tierra” produce muy buenos resultados.

Rubén Ardila, Ph.D. Fundación para el avance de la Psicología

Es un libro difícil de describir... a mí me gustaría llamarlo: Una historia de amor. Pero,... ¿una historia de amor entre dos personas?, ¿una historia de amor entre un genio y su sueño de vida?, ¿una historia de amor entre dos personas y la educación de su país?...

Es cierto que este libro trata la historia de amor de dos personas y además, es una bonita historia; lo segundo también es cierto, y es una historia de lucha, de búsqueda y de superación. Lo tercero, es la verdadera historia. Una historia apasionante de amor por la educación de un país, basada en el profundo respeto por la Ciencia. Es imposible decir nada más, por favor, no se pierdan la oportunidad de leerlo...

María Belén-García-Martín, Ph.D. Directora Posgrados Psicología Clínica, del Grupo de Investigaciones en Ciencias del Comportamiento y del Klinik Lab. Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

No es un cuento de hadas. Todo lo contrario. Es la historia de un destino forjado con pasión, tenacidad y un gran amor por el poder transformador de la educación. “La Historia Íntima” nos conecta con el pensamiento y propósito de los fundadores de nuestra Fundación Universitaria Konrad Lorenz, en un apasionante relato que plasma los inicios de este proyecto, en un tono muy humano y sencillo.

Resulta muy gratificante compartir con las nuevas generaciones la historia que nos precede. Una historia que le da cohesión y coherencia a la misión que desarrollamos día a día. Un testimonio de una pareja maravillosa, que nos demuestra que una institución educativa comienza su tarea con el ejemplo. Un liderazgo comprometido con la ciencia, el pensamiento crítico, una filosofía liberal y el convencimiento de que no existe labora más noble que contribuir al desarrollo del potencial y la pasión de nuestros estudiantes.

Juan Sebastián Aragón Triana. Director Artístico y Cultural Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

Una historia de persistencia confluye con una historia de amor, ambas bellas, genuinas y perdurables. ¿Quién puede contar que tuvo dos amores apasionados e inseparables durante su vida? Juan Alberto Aragón y Sonia Fajardo, en cuyo trayecto construyeron a la Konrad Lorenz con la fuerza de la juventud y la convicción de la educación como movilizador de la sociedad hacia el progreso.

Y más allá del ímpetu que hizo parte de su entrelazada existencia para superar toda dificultad, ambos sabían lo que hacían y ladraban juntos y confiados, con la seriedad de quien no tiene Plan B (le escuché a Sonia que nunca lo tuvieron). ¿Quiénes pueden contar que su idea de universidad legítima, enfocada a la excelencia y a la probidad, la llevaron a cabo con creces?

Lina Uribe Correa, Ph.D. Rectora Fundación Universitaria Konrad Lorenz

